

# AVES DE PASO



IVÁN URIEL  
ATANACIO MEDELLÍN



# AVES DE PASO



IVÁN URIEL  
ATANACIO MEDELLÍN





AUTOR: Iván Uriel Atanacio Medellín.

DIRECCIÓN EDITORIAL: Domitille M. Delaplace.

CORRECCIÓN DE ESTILO Y REVISIÓN DE PLANAS: Karina Rosalía Flores Hernández y Lilia Alejandra Morales Cerda.

DISEÑO Y FORMACIÓN: Ana Lilia González Chávez y Gladys Yvette López Rojas.

PORTADA: “Anhelos”, Athenea Marypaz Atanacio Martínez.

CONTRAPORTADA: “Senderos”, Athenea Marypaz Atanacio Martínez y Apolo Francisco Atanacio Medellín.

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Karina Rosalía Flores Hernández y Karen Trejo Flores.

ILUSTRACIONES Y DIBUJOS: Perla Rosalía Atanacio Medellín, Apolo Francisco Atanacio Medellín, Mercy Esther Pérez Arévalo y Athenea Marypaz Atanacio Martínez.

LOS POEMAS: “Aves de Paso”, “Víspera”, “Saberes”, “Mudanzas”, “Papalote”, “Guitarra”, “Flauta”, “Yo Yo”, “Trompo”, “Rehilete”, “Lotería”, “Canastas”, “Carrito”, “Juguete” y “Aretes”, son autoría de Iván Uriel Atanacio Medellín.

Primera edición, 2025

D. R. © 2025, Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México.  
Av. Universidad 1449, col. Pueblo Axotla,  
demarcación territorial Álvaro Obregón, 01030 Ciudad de México.

[www.cdhhcm.org.mx](http://www.cdhhcm.org.mx)

*Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.*

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta publicación, siempre y cuando se cite la fuente.

La opinión expresada en este texto es responsabilidad exclusiva de la persona autora, por lo que no refleja necesariamente la postura de la institución editora.

*A quien viene del mar y besa del olimpo su alma  
A quien viaja del colibrí senderos de esperanza  
A quien abraza la misericordia de la infancia  
A quien anida la paz y vive en las montañas  
A quien migra, sueña y ama.*



# Índice

|                         |     |
|-------------------------|-----|
| <b>Prólogo</b> .....    | 5   |
| <b>Prefacio</b> .....   | 12  |
| <b>Parte I.</b> .....   | 15  |
| <i>Lía.</i> .....       | 16  |
| Norte .....             | 27  |
| Sur .....               | 40  |
| Este .....              | 52  |
| Oeste .....             | 64  |
| <b>Parte II</b> .....   | 76  |
| <i>Adair.</i> .....     | 77  |
| Verano .....            | 90  |
| Otoño. ....             | 102 |
| Invierno .....          | 114 |
| Primavera. ....         | 126 |
| <b>Parte III.</b> ..... | 138 |
| <i>Enzo</i> .....       | 139 |
| Tierra. ....            | 151 |
| Agua .....              | 163 |
| Fuego. ....             | 175 |
| Aire .....              | 187 |
| <b>Epílogo</b> .....    | 200 |

# Prólogo

*Cuando se abandona un lugar, se dedica un tiempo a decirle adiós a la gente, a las cosas, a los sitios que uno ama. Pero yo no abandoné el país, huí de él. Dejé la puerta abierta de par en par detrás de mí y partí sin mirar atrás.*

Gaël Faye, *Pequeño País*, 2016.

Migrar, dejar el lugar de pertenencia, familia y amistades, para llegar a un sitio en donde empezar de nuevo, sin importar si implica recorrer un sinuoso y arriesgado trayecto por varios territorios que muchas veces obligan a ocultarse de la violencia y la persecución, que exigen apaciguar el miedo y la incertidumbre incesante por preservar a cada paso la existencia, con el fin de sostenerse en la esperanza de tener éxito y de poder hallar un lugar seguro que posibilite trabajo, sustento y una mejor calidad de vida, son parte de los anhelos de las personas en contextos de movilidad humana en el mundo.

En la Región de las Américas, concretamente en países como El Salvador, Honduras, Guatemala y México, los principales motivos de estos desplazamientos se relacionan con escasas o nulas fuentes de empleo; abandono de la tierra ante daños ocasionados por desastres naturales; abuso familiar; extrema pobreza; afectaciones por el crimen organizado; temor de sufrir persecución; amenazas a la vida, seguridad o libertad; surgimiento de conflictos sociales o bélicos; situaciones

sociopolíticas opresivas; violencia generalizada; desentendimientos familiares; y tráfico y trata de personas.<sup>1</sup>

Los países afectados por el fenómeno migratorio han seguido sumando esfuerzos para hacer frente a estos contextos de movilidad humana, a través de la creación de leyes nacionales y la incorporación de normas internacionales a sus legislaciones, con la idea de garantizar los derechos humanos de las personas en tránsito. Sin embargo, a pesar de estos avances y del interés de los Estados por tener marcos legales específicos para atender la necesidad de protección reforzada de este grupo de población que enfrenta situación de vulnerabilidad extrema, la problemática avanza y se transforma.

Algunos datos de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) de las Naciones Unidas señalan que en 2020 había alrededor de 281 millones de personas migrantes internacionales, es decir, casi 3.6% de la población mundial; una cifra que ha ido en aumento en las últimas cinco décadas. En ese mismo año, Europa y Asia acogieron a casi 87 y 86 millones de personas migrantes, respectivamente, sumando 61% del total, en tanto que América del Norte albergó a casi 59 millones, lo equivalente a 21 por ciento.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Instituto Interamericano del Niño, la Niña y Adolescentes de la Organización de los Estados Americanos, *Niñez y adolescencia en contexto de movilidad humana. Aproximación al rol de los sistemas de promoción y protección de Derechos*, IIN-OEA, s. f., p. 9, disponible en <<https://iin.oea.org/pdf-iin/publicaciones/2021/movilidad/Ni%C3%B1ez%20y%20adolescencia%20en%20contexto%20de%20movilidad%20humana.pdf>>, página consultada el 23 de abril de 2025.

<sup>2</sup> Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México, Boletín 08/2023, La atención a la migración debe incluir al ámbito local, en este contexto se puede dar respuesta a los fenómenos globales, 22 de enero de 2023, disponible en <<https://cdhcm.org.mx/2023/01/la-atencion-a-la-migracion-debe-incluir-al-ambito-local-en-este-contexto-se-puede-dar-respuesta-a-los-fenomenos-global>>, página consultada el 23 de abril de 2025.



América Latina y el Caribe únicamente albergan 5% de la población total de las personas migrantes en el mundo, número que se ha duplicado en los últimos 15 años.<sup>3</sup>

En el caso específico de México, que se ha caracterizado por ser un país expulsor (el segundo después de India),<sup>4</sup> de tránsito, de destino y retorno de personas migrantes, desde hace 10 años se ha observado una gran transformación en la dinámica de la movilidad humana,<sup>5</sup> de manera que hoy no sólo se observan cada vez más familias en los flujos migratorios, sino una mayor presencia de infancias y adolescencias. Hace cinco años todavía las personas menores de edad en los procesos migratorios eran adolescentes mayores de 14 años que deseaban llegar a Estados Unidos, pero actualmente hay más niñas y niños menores de seis años, acompañados o no acompañados, que migran,<sup>6</sup> de aquí la importancia de garantizar el principio del interés superior de las infancias y adolescencias en contextos de movilidad establecido en la Convención sobre los Derechos del Niño, incluso ante emergencias sanitarias como la de la enfermedad de COVID-19 y otras condiciones adversas.<sup>7</sup>

---

<sup>3</sup> *Idem.*

<sup>4</sup> *Idem.*

<sup>5</sup> Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México, Boletín 65/2024, El rostro de la migración ha cambiado en los últimos años y ahora familias enteras se movilizan, 17 de junio de 2024, disponible en <<https://cdhcm.org.mx/2024/06/97839>>, página consultada el 23 de abril de 2025.

<sup>6</sup> Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México, Boletín 39/2021, Ante las condiciones adversas en las que continúan los procesos de migración y movilidad humana, el reto es la inclusión social, 7 de marzo de 2021, disponible en <<https://cdhcm.org.mx/2021/03/ante-las-condiciones-adversas-en-las-que-continuan-los-procesos-de-migracion-y-movilidad-humana-el-reto-es-la-inclusion-social>>, página consultada el 23 de abril de 2025.

<sup>7</sup> Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México, Boletín 65/2024, *loc. cit.*

En 2022, el Instituto Nacional de Migración reportó que 70 019 niñas, niños y adolescentes migrantes fueron canalizados a los albergues del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia: 43 476 tenían menos de 11 años, casi 98% viajaba acompañado y el resto lo hacían solos.<sup>8</sup>

Conocer las cifras y motivos del fenómeno migratorio permite comprender los cambios, las tendencias y la evolución de las variables demográficas que derivan de los movimientos de personas y que evidencian las carencias en los modelos actuales de gobernanza global, regional y local.<sup>9</sup> Ello obliga a abordar los contextos de movilidad humana desde la perspectiva de derechos humanos y a reflexionar en torno a las causas que los motivan y sus efectos, pues éstos se han complejizado con el paso del tiempo.<sup>10</sup>

Considerando lo anterior y ante la necesidad de seguir visibilizando esta problemática, la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México presenta esta obra, a través de la cual se propone una forma distinta de conocer y abordar el tema de la migración, con la narrativa del destacado escritor Iván Uriel Atanacio Medellín, quien mediante el uso de la prosa poética describe con singular detalle las vivencias, los sentimientos, las emociones y las contradicciones de tres adolescentes con distintas historias de vida, que junto con algunos miembros de sus familias son obligados a desplazarse hacia territorios complejos para

---

<sup>8</sup> Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México, Boletín 89/2023, Llama CDHCM a operar planes de restitución inmediata de derechos para niñas, niños y adolescentes en contexto de migración, 9 de julio de 2023, disponible en <<https://cdhcm.org.mx/2023/07/llama-cdhcm-a-operar-planes-de-restitucion-inmediata-de-derechos-para-ninas-ninos-y-adolescentes-en-contexto-de-migracion>>, página consultada el 23 de abril de 2025.

<sup>9</sup> Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México, Boletín 08/2023, *loc. cit.*

<sup>10</sup> *Idem.*

escapar de la violencia que amenaza sus vidas, obligándolos a cambiar y a resignificar sus existencias entre el revuelo de grupos de personas migrantes que buscan trascender las fronteras.

De esta manera, conocemos a Lía, una niña imaginativa que evoca el recuerdo de su padre en medio de las estrellas, con dibujos en su mente y trazos en el suelo, quien con su madre enferma sueña despierta e intenta olvidar el día en que abandonaron su casa cuando grupos de violencia organizada extinguieron su hogar.

Y también está Enzo, que se aventuró con su familia en la travesía del migrar, pero hoy está solo. Él no viaja por ser perseguido ni a causa de la intolerancia, viaja por desplazo y porque está convencido de su movilidad, porque anhela saber qué son los sueños y las emociones, disfrutar los días sin pensar, correr de un lado al otro con libertad, donde sus pasos lo lleven y, al subirse al tren, dejar el dolor atrás para continuar.

Con 12 años, a Adair, que es propenso a enfermarse, le gusta imaginar, leer y cantar; siempre está alerta y, aunque no duerme, tiene pesadillas. Él tiende su mano a quien pide ayuda o lo necesita, emulando con cada acto el abrazo que le dio su padre para protegerlo con su vida. Él es quien más reflexiona y en medio de lo que vive cuestiona su fe, y la nostalgia le hace pensar en retornar.

Así, en medio de una camaradería fortuita y originada por una migración con acompañamiento forzado, comparten lo que han sido, lo que son y quiénes esperan a llegar a ser, con todas sus circunstancias y reinenciones, ante un camino pleno de vicisitudes que desconocen y, por lo tanto, que es todavía más incierto, lo que les recuerda que, al final, en ese transitar y existir, ellos también son aves de paso.

Nashieli Ramírez Hernández

Presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México

## *Ave de paso*

No lo impidió la tregua  
Escalar la montaña anhelada  
Y quedarnos sin balsas al río  
Más el río es muy profundo  
La montaña es muy alta  
Y morimos al pie de trincheras  
Y vivimos al combate sin armas.

Al humo de escape a poleas  
Los demás han partido  
A nudos tus cintos soportas  
Oculta entre muelles y estribos  
Y crees lo que otros cuentan  
Y crees lo que no has visto  
Cuando la ilusión ya se aleja  
La esperanza ha partido.

Quienes odian decir adiós  
Son los primeros en irse  
Yo tanto temí que te fueras  
Y al final he sido yo quien se ha ido.

Ave de paso he sido un día  
A prueba de dolor hice camino  
Tuya es la codicia de mis ansias  
Hasta el último sendero destruido  
Y se abren tus brazos como alas  
En los árboles hay ya uno... y hay mil nidos.





# Prefacio

Un día sentiré lo que los sentidos sienten, beberé del manantial el agua cristalina que derrama entre mis labios su frescura, como aquellos arroyos aparecidos a mi visita, y miraré en otros ojos el reflejo de los míos y podré apreciar desde el alma los sabores de la vida; acariciaré de ternos la noche y sentiré al sereno madrugadas que al verdor recorrer el agua hasta posarse en la bruma. Un día no sentiré más dolor ni tendré más agobio, no escaparé de las voces ni celaré decir las palabras; un día abriré mis brazos al deseo y al anhelo impulsaré de libertad todos mis días.

Un día no será frontera el cauce del río, las montañas invitarán a los peregrinos a ascenderlas, no habrá más desiertos que ahoguen, ni más tormentas que azoten de sofocos torbellinos; un día brotarán los árboles y avistarán las flores, habrá un lago para bañarse entre risas y un gozo que susurre los amores; un día ya no habrá quien persiga ni desplace ni subyugue, no habrá desigualdad ni quien discrimine ni habrá más violencia ni más mentiras, los sueños surgirán al no haber más pesadillas, no habrá quien difame ni abata semillas; un día no viajará por urgencia la prisa, no habrá más amenazas, ni coacciones ni rencillas, los rezos crearán uno, ninguno y mil dioses, y podrán feligreses envolver devociones, y ateos sin rezos ser libres. Un día los prados hablarán sin resguardo decires, y gritaré dentro los cantos y cobijaré las emociones que aviven sentirles.

Un día no habrá espacio que no alcance, ni tiempo que evapore ni sendero que rebase, habrá poesías enhebradas de *te quiero* y recuerdos harán viajarles; un día no habrá escape que separe ni terror que

esconda ni búsqueda que ahuyente; un día no habrá más abuso ni más corajes, ni pólvora que hiera ni heridas que no curen ni valientes someterán a cobardes. El valor del intento será anhelo y no guarida; un día no habrá quien haga la guerra cuando la paz comparte, llantos serán alegrías y los refugios un sinfín de hogares; un día las aves abrirán sus alas y se harán al vuelo sin muros que intimiden.

Un día nos reflejaremos en la otra, en el otro, tenderemos puentes que permitan unir corazones. Un día diré *te amo*, y hacia el cielo recorrerán sus espíritus las almas firmes, y avistaremos del horizonte los variopintos infinitos del universo, donde el tiempo exista, sea eterno y el espacio no sea el límite. El respiro lo mismo llevará en el aire una letra que pronuncia la palabra que sienta, sentires no serán palabras, ni el silencio será vacío ni ruido, las palabras serán acciones y el silencio el espacio donde el sentimiento encontrará una y mil formas para expresarse, y descubrirá su andar uno y mil caminos.

Un día los padres no abandonarán más a sus hijos, y no se verán maniatados en la vera de los barrancos en que desaparecen las ignominias, no habrá más dádivas en forma de limosna que soslaye dignidades, no habrá la consigna que señale de las almas objetivos deleznales, no habrá quién llore por recibir lo inicuo ni quien haga del lamento su motivo.

Un día el sol resguardará en sus rayos los alhelíes nacidos del verano y entre la inflorescencia vendrán vestidos de lila, de rosa y de blanco, y podrán los jardines en lozanía albergar todos los juegos, y con los juegos el barullo de las risas, de los besos; un día las esquinas no serán rincones del miedo, y las veredas verán resplandecer los chispeos deslumbrantes de tus ojos, posados en la cima de la montaña más alta, y de su veedor contemplar los collados, los parados y los valles, y sentir que podamos andarles sin el recelo que sospeche

intenciones ni juzgue cruzarlos, y cada minuto será un suspiro y cada hora el corolario en que habremos de complacer al escenario facundo de la natura al sembrar árboles nuevos y apuntar de su tinta las ideas y de las ideas utopías.

Y en el ensueño de vivir de nuevo un día, la risa de ternura llevará la inocencia de las infancias vueltas cielos, ahí donde se dibujan todas las especies juntas y todas las plantas y todas las rosas, y todos los lances de una fábula, y sucesos de aventura que configuran un cuento, un mito, un relato. Un día las infancias no serán robadas ni perdidas, y los encantos tendrán los nombres de quien abraza. Un día diremos *te amo* y al amarnos seremos libres, como el vuelo de las aves al abrir sus alas. Un día.

# Parte I

# Lía

Lía cerró sus manos para formar las figuras con las que envolvería la noche, apenas avisa la sombra vestir la luna de soles y profiere su relato entre siluetas que fulguran las estrellas donde cree que habita su padre, entre la audiencia cautiva y las fugaces rocas que al firmamento asoman, seguro la mira desde donde vive quien desaparece pero no ha muerto. Lía está convencida de que su padre vive, pero que, al igual que las estrellas que se aproximan y desvían, debe estar cerca y está lejos; cree lo que dicen por confianza, lo que cuentan por la fe y lo que le ordenan por resignación, y nítido observa cómo una estrella aparece y desvanece al escoltar el húmedo alunar de los andares peregrinos que recorren los campos empedrados y los desecados ríos.

Unos se alejan por supervivencia, otros para dilucidar la vida, como si fuesen aves migratorias que cortan sus alas y sustraen las ganas de soñar al emprender sus giros, sin importar dónde vayan ni de dónde vengan, por qué están, ni cuál sea el sentido de su viaje, ni si el origen es su punto de destino, acaso una escala entre la suerte y el azar inadvertido. Flores crecen silvestres y especies hurgan raíces donde plantas escasean, la sierra termina y el desierto es inicio, la risa evapora desnudos y rebosa la *numeralia* que indica cuántos pasos tardará la tierra en girar sobre su eje al surgir un pensamiento nuevo, así como la palabra *noche* se escribe con las mismas letras que se escribe *sueño*.

Lía no duerme porque tiene ilusión de soñar despierta y pide a su madre velar la expectativa, si ella integró el peregrinaje, si la historia dista dispersar el insomnio al pensarle; su historia encuentra un alcorce que implica ver otras vidas sin atender la suya, viajar para ella no

fue una aventura como se suponía, ni fue la consunción que lastró dar un paso pidiendo permiso un pie a otro para dar el siguiente; entretiene el hambre mientras aprieta suspiros, la lejanía aísla de la estrella fugaz en la que su padre vive en cautiverio. Le hará feliz iluminar la lóbreguez de la noche, volar como las aves y ver contenta a su madre tras caer el aguacero que anegó el camino.

Lía afirma que nada le pertenece y juega a las escondidas sin que la encuentren; conoce los días que por fuera mira dentro, capaz de cubrir al corazón y explorar los pensamientos en figuras que, al reflejar su sombra, proyectan deseos que cumplirá al compartirlos, rodeada de las penumbras que están preparadas para morir, pero no están dispuestas al amor. Las aves resignan que no serán libres, aunque perciban soñar la libertad, creen que, si un instante de alegría no vuelve, habría oportunidad de vivir momentos nuevos, no todo puede ser lamento ni dolor, el alma también ríe, el alma también es amor.

La dinámica aletarga los ánimos que agotan las fuerzas, plantea que lo malo y lo bueno ignora qué vendrá y cuál es el camino correcto ante el acertijo que adivina su figura, si un ave vuela sobre coníferas, si un pez se asoma desde el río, si un felino salta sobre la llanura, si el tifón avista la metáfora del regazo que atenúa vacilar analogías hilvanadas de adivinanzas, si exige saber qué resulta del misterio, si la vida perdura más allá de la fragilidad de estas paredes improvisadas que cubren de la lluvia y no soportan un diluvio ni el calor agobiante que escurre por la tela porosa, el plástico agujera el peso de las gotas como rayos de sol que extienden su fibra al sentenciar que ningún refugio dura por siempre si depende de la mortaja efímera.

Ensueños son alucinaciones vueltas un oasis, las figuras que Lía idea avisan que el tren pasará de noche, es el único momento que podrá mimetizarse con la resolana que confunde a las aves de rapiña



que aprestan la emboscada; correr en tinieblas sin detener el intento de subirse al tren, mientras escucha que se avecina una caravana integrada por aves provenientes de sitios remotos, ahí vendrá quien empacó maletas de mudas que adquirió la incertidumbre, como ella y su madre, que dejaron su lugar una madrugada. Su madre quiere verle contenta, y Lía pregunta sobre su padre con ansia de responder que quizá él está donde flores cargan tallos y plantas invaden; cada adjetivo delinea la dolencia que no extingue sentir miedo. La sed deseca áridos llanos abatidos al desierto que inculpa del sujeto no tener predicado. Aquí llegan las aves perseguidas por pensar distinto y las aves abusadas por sentir demasiado.

Aquí llega quien guarda secretos y debe dejar lo que ama, quien da los abrazos demorados y profesa suspiros al vacío, llega quien no recibió invitación de recorrer una calzada y substituyó al exilio los predios donde ungió la sobrevivencia sofocar la desidia por encargo; llega quien subsidia albergues prolijos y también quien no tiene permiso de enfermarse, quien requiere asilo, quien huye del fuego por secarse el río, quien se atrevió a irse y desplazó el olvido, quien ocultó el rostro entre la memoria que desvanece del eco su grito. Lía tiene la edad que elucida lo que las lágrimas sean, creció como espiga que coligió las ilusiones, quizá no sobreviva sin el maná que al andar descende hacia los lugares que olvida; resulta increíble que emerja la neblina que no distingue del vapor la lluvia ni del resplandor sus rayos. Hace mucho calor o demasiado frío, según acaezca la noche o amanezca el día, la niebla custodia parajes que admira sin evidenciar historias que tejen leyendas que rememoran su huida, la persecución, el escape.

Lía acaricia con sus manos cada una de las estrellas que dibujan la noche, cada uno de los pensamientos imagina a su padre aguardar su llegada con esa sonrisa que a su lado le hacía sentirse segura, nada

pudiera suceder más fuerte que el dolor de ver sufrir a su madre, aún no intuye cómo es posible llegar hasta este sitio donde nada esperan y nada tienen, como sucedió que un día les fuesen cerradas las puertas de la que era su casa, y al siguiente día era el lugar del que escapan; ahí está, con sus ojitos clavados en la acera que advierten vendrán las aves a derribar condenas, siente que dejó de ser quien era, la niña que soñó los sueños que interpreta y ahora dibuja entre sombras, aunque su historia sea ajena, la historia que integran otras historias; dejó de ser y sentir porque no puede sentir quien ha perdido los sentidos y se ha hecho insensible a medida que no explica por qué el mundo rechaza sentirlo. Y Lía cuestiona qué hace brillar las estrellas, de qué están hechas, cómo pueden iluminar el universo y apagarse al ser penumbra, así, fugaces como los instantes de felicidad que se evaporan al concluir la sonrisa. Lía pregunta en qué piensan las estrellas y les dibuja un rostro como si tuvieran, siente que tienen alma y que en su alma hay tantas vidas como huellas.

No es que antes no tuvieran, cuesta más no tener algo y parece que vales por lo que tengas, en esa premisa sólo resta esperar a que vivas o mueras, a que alguien te extrañe o hiera, a que lleguen las armas, los disparos, las grietas, a que alguien explique qué será la esperanza, si la ilusión existe o es quimera, si la expectativa es placebo que soporta la densidad del aire, y el dolor de vivir ansía la felicidad que nunca llega. En su villa, las aves anhelan tener alas, el revulsivo que impele tenerlas, ansiarlas o perderlas, como si el acto de volar fuese una opción sin albedrío, determinada por la fortuna de la circunstancia; incluso al arbitrio de la propuesta, hay aves que buscan cambios, que no quieren cambiar y que se resignan. Lía quería cambiarlo todo, quería soñar, no resignarse, tener alas y volar tan lejos sin que no pudiera captarla ninguna mirada que enjuicie no sentir ni hablar, sin más alianza que su

padre para tolerar el detonar de las balas, sin más cariño que el de su madre al comprender cada palabra; configurar el pasado que no determina el universo infinito de la expectativa, el suyo quedaría vedado por las amenazas que nacen cuando un grupo somete a otro por la fuerza de las armas, que violenta las decisiones que secuestran, coaccionan u obligan la voluntad de seguir vivas.

Así, lo que era la ida cotidiana a la escuela se convirtió en una trinchera de la que podría esconderse quien no ansía poder, y quien lo ostenta, y al medio ella, que no aspira tener poder alguno, está convencida de que el mundo le ofrece posibilidades nuevas y que por ello los sueños se reinventan, de ahí que acometa volar como las aves y tener alas para planear con ellas; no le importa lo que otras aves hagan, digan o piensen, por eso guarda las palabras sin pronunciarlas. En Lía importa sentir, pero, ante el dolor, no sabe cómo sentir una sensación distinta.

Los días en Lía acumulan arboledas que dibuja donde pueda detenerse para ver las gerberas, pensó en ser una pintora que bordase posadas nubes coloridas. Su padre salía temprano rumbo a la tienda que atendía, llevaba siempre consigo un guante de tela para levantar con la mano izquierda la cortina de acero que la entrada sella y luego la abría con la mano derecha; ella le miraba mientras él le preguntaba cómo se sentía y Lía respondía como a su madre para no angustiarse al verla macilenta.

Es la lívida efigie de quien no prueba bocado ni ha remojado los labios en agua. Su madre le lleva hasta el colegio, luego acudía por enseres para preparar su comida. Lía se dispone a entrar al salón de clase y escucha a su maestra con el encanto que hace firme sentarse al pupitre y atender la clase sin reclamo de no jugar con su muñeca.

Las palabras adquieren un sinfín de significados, datos estipulan las estadísticas cual lagrimeo matemático, así ronda la mañana que llueve o atempera del bochorno la canícula, haciendo de las horas una ráfaga de diáfanas enredaderas. A diferencia de otras aves, ella ama las clases, no pierde ninguna materia y no habrá en su libreta hojas en blanco al concluir el grado, dibuja bordes al cuaderno de rayas o a cuadros; un lápiz le permite crear lo mismo que ahora crea, sólo que en vez de dibujar sobre una hoja o la pizarra, tiene de lienzo una pared donde plasma las figuras con sus manos afiladas, tiene facilidad de captar la atención y su carisma le permite tener amigas y no estar al receso sola. No había minuto que no dibujara o hiciera de la interpretación de los sueños un recurso para no estar sola; ella sabía que la soledad sería, a partir de esa noche, su única compañía.

Con su padre al trabajo, desde muy temprano hasta caer la noche, sin hermanas ni hermanos, y su madre dedicada a preparar al guiso viandas, podía contemplar la estrella en la que concibe habita su padre, debe ser en esa, no en otra, porque claro la siente, los sentires no fingen amar, y amor siente cuando mira la estrella, y desea en el fondo que su padre no esté tan ocupado que no le atienda. Esa mañana escuchó en la escuela que lo que oía como rumor era verdad, que los negocios quebraron por falta de ventas, por no pagar cuotas; había una razón de peso por la que los maestros no llegaban, algunos temían dar clase sin protección, las calles que un día fueron del día una expectativa quedaban clausuradas por el terror; y a Lía le angustia escuchar el martirio y opta por crear una realidad alterna; su padre dijo no hacer caso a las noticias, nada podría pasarles si estaban juntos., Lía sentía paz, no le atemorizó la primera solicitud ni la seguidilla de ataques que replicaran, era la normalidad en esos rumbos, era probable que fuera un derecho de piso que, como en los parques, se paga para mercar.

Lía dibujaba el vuelo de la mariposa cuando escuchó del estruendo estallar una barda que separa el cerro del colegio, y en la vacilación de la confusa estampida no volvería a ver a sus maestras, a sus amigas, ni a las aulas que ya no existirían. Corrió sin detenerse, como si las alas de pronto le crecieran y buscaran afanosas encontrar a su madre que estaba cubierta de polvo en la entrada, sabía que los días no volverían a ser iguales y que la noche sería interminable. Previo a la amanecida, su mamá había dispuesto un bolso con lo indispensable por si debían irse. Lía no llevaría sus dibujos, no pudo grabarlos todos, sabía que no podrían quedarse y serían quemados como se queman las pertenencias que a nadie interesan al incinerar despojos, llevaría entonces en su mente las siluetas de sus creaciones como ahora plasma las historias entre las sombras. Detrás quedan las horas acopiadas en los juegos de la escuela que se evaporó y ya no existía, no habrá clases en aulas destruidas ni habrá de correr con las amigas, ni expresarse las risas; la vida no era idílica, pero era vida, y hoy sabe que no habrá más días azulados ni las mariposas aletearán tras la ventana de la prisa.

Lía presente que no verá el río ni buscará asirse del techo que guarecía de la mohína llovizna, sólo polvo se levanta entre la afluencia que no distingue si serán las almas que buscan refugio, hayan muerto o sigan vivas; mira sus manos de sangre bañadas, no será del corazón su latido, ni del suspiro el aliento, ni del origen destino.

Ella reza por un milagro que a su madre mantenga viva, ¿qué será de ella sin su madre? ¿y qué sería del mundo sin ella?, la respuesta refuta el ramaje de la natura que anhela bregar el asfalto que diagnostica que no basta ni sobra la indolencia si aspira a vivir su destino; sus ojos reflejan el dolor como si fuera suyo, concibe que la ciencia cure los días que resignan del origen causa, la cercanía divide el brío individual al arrojo colectivo. Todos los extranjeros pagan un precio

por llegar a un lugar ajeno, pero quien es refugiado ¿cómo puede pagar tributo en un refugio, donde la gente ya vive en la calle y no hay direcciones donde escriban deudos? Para Lía, la noche hizo de la fúnebre obscuridad, una oportunidad para aprovechar la luz de las veladoras y darse cuenta de que sus manos podían formar figuras que se movían, a partir esas imágenes en movimiento se dio cuenta que podía hablar al contar sus historias.

Lía se recuesta en el pecho de su madre, mientras ella serena respira, se ha quedado dormida tras las horas de dolor que le tienen tendida desde que salieron de su casa y cerró con candado la puerta que quizá ya no exista; siente cómo el torso materno se acomoda a su cabeza y adecúa con curia absorber sus pensamientos, entre tanto, su madre le cuenta cómo se enamoró de su padre, cómo sintió un día que después de él no habría mañana, no podía explicarle aunque lo intentara, cómo el amor se posa diligente en la energía inextricable de una mirada. Al escucharla, Lía le abraza con ternura pidiéndole callada que no muera, más no sabe si el tiempo se detenga por que más lo intenta, es una de las obsesiones que más comparten las aves en la espera de tener alas.

Y viene a la mente su padre, quien tenaz podía envolver sin tiempo desvelos con la sagaz argucia que al rostro conserva cada recuerdo, y suscribe el ritual que hacía todas las mañanas al despertar, y les daba un abrazo que detenía el tiempo, ahí fue que concibió por vez primera hacerlo, al estar en la compañía de su padre, el tiempo no avanzaba, se quedaba suspendido en el abrazo como ahora en los latidos que, al corazón de su madre aquieta los quejidos.

Ella encontrará a su padre, lo sabe, sabe que nada podría separarles, ni siquiera su desaparición, ni siquiera su destierro; él debe haber cruzado las fronteras, no es que haya muerto ni pudo haber sido eliminado de los pasajes ni del imaginario que no secuela. Y si ella habrá de

subir al tren lo hará para buscarle. Su madre le acaricia lento el cabello, acopia innumerables anécdotas que quisiera contarle, pero siente estar agotada del escape, ha estado fatigada desde antes, profiriendo en los remilgos curaciones, sólo ella discurre ¿qué será de las palabras si Lía calla?, ¿qué será de Lía si ella muere?, por ello su madre le alienta a dibujar en el aire, sobre el pavimento, en la tierra y sobre las paredes, y le alienta para que invente tantas historias como sueñe.

Lía dio cuenta de que las figuras que proyectaba en las paredes cuando la luz ausentaba representaban ser aves que volaban sin fronteras, sin límites, ni radas, y todas las historias llevaban al silencio sus palabras, y Lía concibió así que no podía detener el tiempo sino entretenerlo, y que su padre en algún lugar le esperaba.

## *Víspera* *(Fragmento)*

Ven junto a mí cuando acabe este mundo  
Ven que no cesa el relámpago ataque  
Ven que no voy si no tengo certeza  
En guardia vigiliás congojas persuaden.

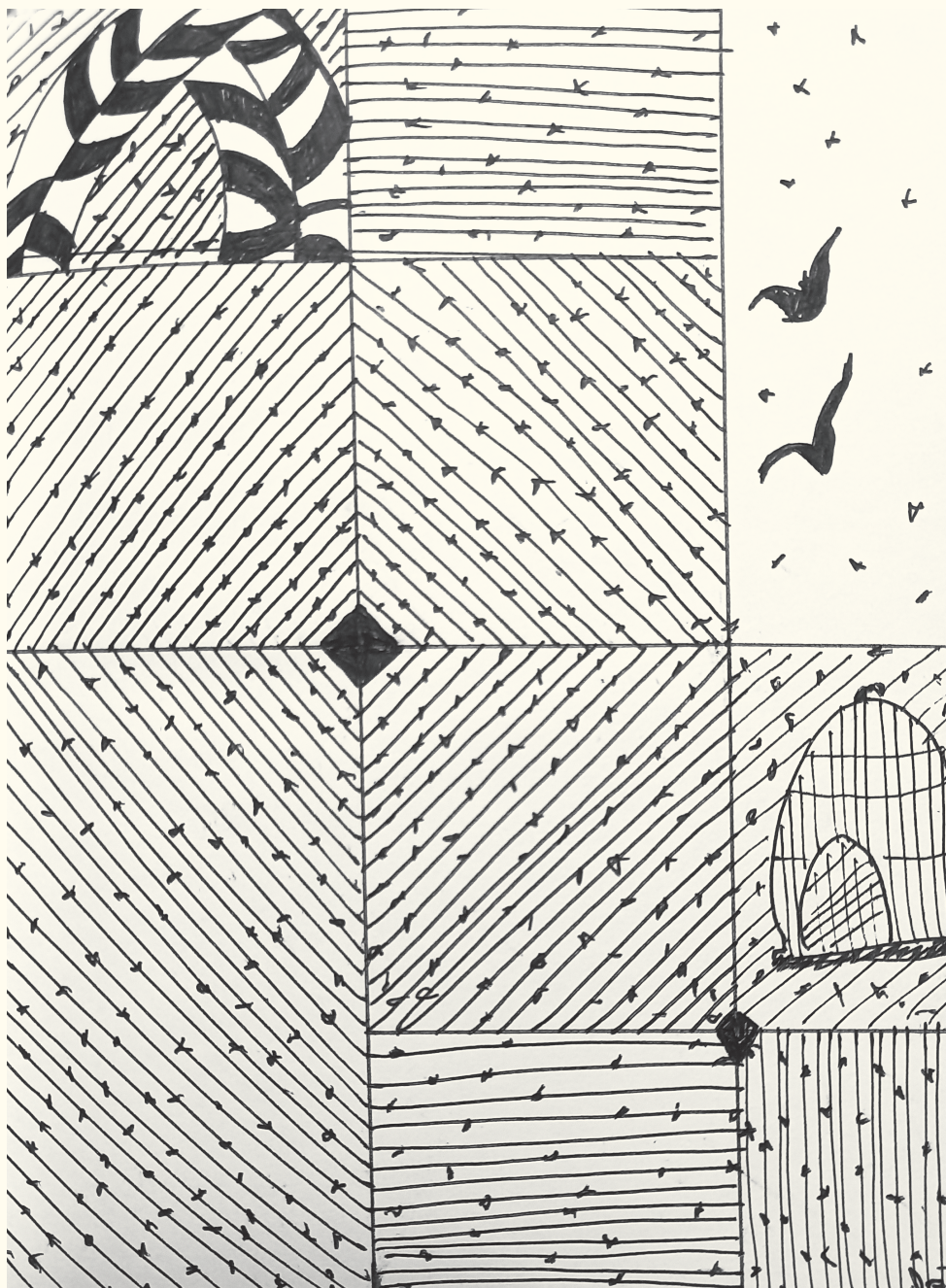
Ven amor mío, enciende una pira  
A través del cristal se mira lo visto  
Ven amor mío, no dudes, no temas  
No sabemos del alma, si viva o si muera.

Ven amor mío, no tardes ni alargues  
De lapso los pasos, habrán de fraguarse  
Ven amor mío, al pábulo vasto  
Habré de servirte, a estratos ofrendas.

No verán nuestros ojos  
Amanecer devenires  
Ni sentirán los sentidos,  
El agua a tormentas.

Más algo es seguro  
A la víspera inquieta  
Amarse no agota  
Revive la espera.  
Norte





## Norte

Este lugar se ha convertido en un refugio, no es una parada del viaje ni es su destino, aquí todo resulta ser una consecuencia del entorno, una secuela de las acciones, una suerte de escarmiento que recibe castigos inmerecidos, no es el cruce de la frontera ni el paraje del trabajo, ni es el puente roído que una vez unió sentidos, es la fortaleza que guarece a quien debió desplazar su cuerpo, más no la mente que sigue vagando sin rumbo por salvar su vida; quien viaja, asume que nada tiene relevancia, el valor de las cosas será puesto por quien las nombra. Aquí bullen los tiempos que solicitan permanecer en la memoria, con la finitud como certeza que morirán las aves un día y no querrán morir sin haber volado desde el impulso que lo intenta.

Son tantas las generaciones de aves, que de parvada he visto diversas estaciones, unas prefieren la lluvia o divisan el aroma de la tierra que anuncia la llovizna, el olor a polvo humedecido que despliega acercar o alejarse en la encomienda. El día pasa como una pesadilla, hasta llegar la tarde que avista la noche, quizá de donde vengan todas las aves no exista el día; no se pueden suprimir sentires al pensamiento, comer entre la imaginación o tener hambre, la historia inicia cuando se cuenta, las aves forasteras hacen comunidad con quien se aleja; vivir tiene sentido si logras encontrarte.

Lía concibe que la mejor forma de escribir la historia es volver a vivirla; lo hacen las aves en algún momento, dejaron de escuchar lo que sucedía, dejaron de mirar lo que pasaba, era tal el terror que les rodeaba que decidieron erigir una coraza que les ahuyente de las violencias, han hecho una alianza que aleja el dolor del abuso, saben lo que sucedió con su villa o lo que habrá de suceder a sus familias si prolongan la estancia, no cambia la causa que le tienen al refugio, sólo

queda inventar nuevos mañanas. Quisiera saber cuál es el arrebató y el desatino que emocionó el momento, la palabra incorrecta que fue una ilusión vana; podría ir hacia el fondo del mar, pero incluso ahí no escapa del dolor ni habita el centro de la tierra. En Lía, las palabras toman forma del silencio, y el discernimiento opta por no relatar nuevas historias sino vivirlas.

Cada sombra crea al reflejo nuevas siluetas, por si acaso las viejas no vuelvan a ser grietas, y es que no todas las historias debieran ser contadas, tampoco debieran borrarse como si el sufrimiento esfumara las pasiones que motivan no obsesionar el camino. El norte no es un punto cardinal que complete un atlas, es un pleno donde llega quien huye de las armas y recibe advertencias para amar el alma.

Aquí observo cómo las aves se conocen por vez primera y con el mismo encanto tratan de olvidarse y, sin embargo, se recuerdan. Al azar es posible limitar la neblina, aquí amotinán liberar la realidad o explorar las alternativas de la fantasía. Las aves adultas dirimen cómo hacer para dejar este sitio, permanecen sin arriesgarse, a este lugar llegaron, no nacieron ni ensayan fundar poblados. Yo llegué aquí antes de que las aves estuvieran, nací de los cimientos prolijos y en cada viga coloqué al compás el plano que no recurrió a los sentidos, la memoria preserva rostros que expresaron sentirlos; debajo del puente fue el primer lugar que coparon las aves al descanso y, después, extendieron al entorno sus muros, como si se protegieran de los balazos que prosiguieron al cansino, y sobre la explanada donde estacionan vehículos que son carcasas abandonadas, se atrincheran las aves que calculan estar menos tiempo, un pronóstico que, a modo de anuncio, profiere refugios, no sabe si habrá continuación o regreso. Las aves recogen camastros improvisados, nimias estufas de conexiones hechizas por el estruendo.

La pólvora sacude los cartuchos que se lleva quien escapa por urgencia, al llegar los fusiles no quedaría nada, sólo el descargo que indaga por qué los gendarmes rondan a tenor las estampas que Lía dibuja. Yo llegué la mañana cobriza que provino de donde el material forja trabes que resistan, así sucede con las vidas que antecedieron a su paso el mío. ¿Cuántas vidas habrá previas a la mía?, ¿cuántas habrán sido las amanecidas que postraron al pantano?; no alcanzarían fangales para colmar el barrizal que cubre los cuerpos embozados que nadan la ciénega; me ubiqué en una esquina elaborada de madera, donde no hay recurso más noble que el árbol, porque nada resiste más ante la fuerza del viento, eso supuso quien asignó unir terrenos separados de este a oeste por el cauce del río que cimbró el acero.

El lado este encamina los desiertos, el lado oeste las montañas que avistan molinos, el lado norte destierra el pasado, el lado sur los pasados olvida; Lía anota las perspectivas que aprecian los puntos cardinales de quien mira. Mi función consistiría en unir dos caminos en uno, al transitar el tren que ampara del presente el futuro.

La madera simbolizó la templanza del cariño, el acero la sinergia que refuerza la vía del regato que al sentimiento existe al no ser al pensamiento autómatas, no era una línea colocada sin rumbo ni destino, la vía condujo a la conmoción de sentires que reaccionan al estímulo, no emprenden andar sendero sin motivo, la razón indicó a dónde llegarían, asumiendo que detrás nada quedaría; así, conferí soldar el río sin que la tierra se hundiera, la armonía del idílico capricho aisló la humedad del riego que cultiva; el alimento manó la raíz que sustenta la fuente inagotable que conspira de señas estrechar las palabras. Mi función vincula los dos lados de la tierra para formar un camino, tenía la sinergia del ímpetu y el vigor del beso, tenía una viveza juvenil y la estridente algarabía desde el ruido que crea la idea que anida en la tierra, sin tildar

tradición sin cosecha y costumbre sin clima, donde la natura es fuente de vida.

Lía siente más allá de las razones, piensa más allá del sentimiento que no aguza sentidos, sino que migra las aves al vuelo, las paredes retozan al no ser origen sino destino que aproxima al venir de latitudes que deambulan solitarias entre la parvada que busca un sitio idóneo para descansar el recorrido, travesía que ostenta el hogar del que las aves parten o regresan. Aquí se angustian dentro, como si zarandeara los pensamientos sin copar ideas, la suspicacia recela aproximarse en los encuentros, penden del refugio a medida que fragmentan apegos; el aprecio extravía la estima, las aves perciben que nadie atiende su vuelo, la fosa que asila intempestivos efectos en conciencia del tiempo. Cualquier sonido asusta la escasa quietud que reacciona ante lo que respira como acción mecánica que circunscribe emoción del aliento; las ganas amainan, los pasos vuelven lerdos, y la energía azuzó de fuga la encrucijada: pedir perdón en madrugadas. El hábitat acompasa las intenciones viajeras y los propósitos peregrinos que buscan encontrar el regazo sin regreso, conocí vidas que no recuerdo, quizá reconozco unos rostros más que otros, no de quien dañó sin mostrar el rostro.

No subió al tren ni nadó el río, ni rozó llanuras que avistan montañas que cubren el dolor que no borra cicatrices ni cura heridas, el dolor constriñe incluso la planta que se arranca en la raíz que avecina las vivencias

Las gotas de lluvia que caen sobre el suelo evaporan al firmamento, así sucede con quienes dejan más sonrisas que llanto, lo que genera gozo no puede borrarse ni las aves al irse buscan pacto; este lugar se inauguró para unir ambos lados de un río, no para buscar a alguien o necesitar algo, la gente que cruzó lo hizo por un motivo, yo facilité el recorrido al avezarlo, afincando el mirador que admira fluir al río;

escuché cómo llegaban al mar sus aguas dulces y abrían la tierra para convertirse en aguas saladas, unas aguas entran y otras aguas preservan la esencia del olivo, y admiraba los parajes que conocían los viajeros, las innumerables paradas que dejan al camino regocijo. Desde la esquina más alta oteo un horizonte infinito que muestra la tierra que cavamos a sabiendas de no llegar al centro, suponiendo que debe tener un final, pero por más intentos que hagamos no llegaremos a conocerlo.

El mar avista ser inmenso y su misterio advierte que, aunque nos hundamos en lo recóndito, la natura se empeña en que el horizonte semeje observar el universo; las estrellas no reflejan su coraza por no herirnos. Aquí llegan aves desplazadas por la ignominia de profesar doctrinas impuestas, quienes a causa del terror no tienen hogar ni familia y buscan un albergue que difiere al celador del verdugo. Lía sólo lleva consigo su muñeca, y es la única muda que portará la figura que describirá su historia.

Para Lía, vivir no afirma si después de la muerte exista; no sabe si habrá un Dios ni cuántos días viva, dibuja paisajes en el pavimento y colorea el reflejo que matizan las ocultas escaleras que sostienen al muro. Y mientras observa el andar de las aves, se pregunta qué parajes unirán las alas, le intriga saber qué motivos tienen los viajeros por subir al tren, antes que los gendarmes deporten a quien asaltó desesperado, no sabe cuándo habrá de irse, si alguien la auxiliará, si volverán o aliviarán la oblación el terruño. La estación imaginaria no es destino, ni empalma el cerro confluír al río, puede morir por la pesquisa, por la desolación o el hastío, no por inanición voluntaria ni por falta de valor ni por la censura del ímpetu intempestivo de la incomprensión.



Lía vetó los gritos que ahogaron la ráfaga que resonó los cobrizos resplandores que se tornaron carmesíes, imaginó que jugaba en la explanada donde paisajes izaban del gis la montaña, donde el calado deparde del verano sofocar el invierno y los adioses despliegan a prebenda la ausencia; habita el limbo que acampa en calles sin nombre ni pilares inconscientes, donde velan aceras errantes y azares divinos que inventan de cautos relatos la escasa paga que desde la extorsión solicitó por amenazas. La tienda de abarrotes que su padre atendía ofreció dar viandas sin ganancia, no pensó en pagar la cuota por usar el suelo al que pertenecía; el dueño del predio, sin mostrador ni bolsillo, negó abrir la puerta de su negocio a mercancías prohibidas, en la resulta sentencia sobrevinieron cristales rotos a cerraduras abiertas. Días al púlpito desmoronaron de pronto las paredes que fueron su casa, serían calles asoladas que no cansan su paso, aquí no existen cumpleaños, fechas exactas o cálculos, sólo escuchas la voz que a tu mente irrumpe la rutina que por alguna salvedad tu mente retumba, nada es noticia, y la oquedad ronda la quietud del silencio que grita.

Lía graba los sucesos que configuran su encuentro con otras aves en la otredad de los días, no sabe cuántas vidas tocará su historia ni cuántas habrá de tocar la mía, sabe que escribe sobre vidas intervenidas por azar, donde números, letras y sueños acompasan los astros y vislumbran horizontes infinitos bajo el cielo y frente al mar; cuando el tiempo vuela, sueña, y para Lía en los sueños anhela volar. Y, en la sinergia de las conexiones interminables ilusiona calmar la violencia que lacera, y entonces, como si un vendaval acaeciera, humedece la garganta para no gritar.

El norte se considera como la zona en la que varios ofrecimientos se avocan por conquistar, ahí podría haber muchas respuestas a las preguntas eternas, y quizá ser la plaza a donde llegan a quienes reclutan

a las personas para integrar las fuerzas de trabajo, trajinar los cuerpos al deseo y desplumar de las aves sus almas para soñar, donde las pequeñas aves, aun sin explicarse por qué viven infligiendo sus penas, dan a su infancia el ultimátum del juego para travesear, y el trabajo aparece como la única opción para desenvolver lo que resulta precoz a la edad: el amor, el deseo y el gatillo de las armas que las aves reclutas podrán disparar.

Lía impele sortear la borrasca entre las otras aves que rodean la entrada de la lona que funge de casa de campaña para ella y su madre, mientras aguardan que llegue el tren al que casi todos esperan. Adair pausa el hircismo eludiendo agujeros; Enzo sostiene con su fuerza el paso de los días; Lía abre su sombrilla grana cuando llueve y se inunda el refugio improvisado como la estación imaginaria. Adair borda celajes al terciopelo; Lía relata cómo en el cuerpo de su madre mutan células que evaden el foso sin fondo que provocan *días que la nostalgia no sea melancolía de lo vivido sino un instante que celebre al presente estar viva*; los días que elucida paliar el pacto que de una vida envuelve otra vida.

Los días extienden la discreción de las horas que acortan los días, y el contexto ambiguo franquea la cigüeña del arranque que nada controla. Lía sabe que su madre no estará siempre con ella y se afana en estrechar losetas en calles vacías que despintan grietas sobre la acera que ojea una lluvia que, distinta, es la misma, reda en devaneo de acompañar su vida, mientras envuelve su remera nívea, y disocia la sayuela que brisas limpian, no resigna soñar mientras nadie sueña.

Le angustia saber qué habrá tras la muerte, *teme que al cerrar los ojos no haya nada*. Morir exige simas que lidian sobre para qué amar si olvidará lo que ama. De laurel repica la impasible entereza de bosquejar al atlas la congoja, cree que no verá de nuevo el mar y siente que morir es un convite dispuesto al dispensario donde agenda visitas que nunca



llegan, vivir inicia y ultima resolver la cuestión del por qué existe un Dios donde dirimen varias religiones, por qué la fe no comulga con lo divino, por qué existen tantos pobres, habiendo quien sea rico. Uno nace y muere al mismo tiempo.

Morir no abandona lo querido, no puede matarse lo que no vive ni puede volver a donde nunca se ha ido; Lía no cree ni ruega sin evidencia, lleva consigo el sol y trae de milagros ausencia, cree que algo la mantiene viva, una fuerza que remota tener fe en lo que no ve por creer que trascenderá lo divino, sabe que no elegirá nacer donde la vida es plena, ni opta por velar la sala de espera donde escriba su carta al destino. Lía cierra los ojos ante la oscuridad que la noche ha hecho, escucha alrededor susurros como suerte de una posibilidad infinita que empeña desazón en prenda del insomnio.

Su padre llegaba fatigoso del trabajo, apenas abría los ojos para ver su rostro y extenderle la mano sobre su cabeza para saber qué pensaba, entonces los relatos eran un pasatiempo que hacía de las tardes una estación del día menos aburrida, ya que en la mañana se distraía en la escuela, y la noche la ocupaba para mirar las estrellas y ante los argumentos de hacer su tarea, se atrevía a disertar si valoraba que los cuentos revelaran su final en el título, escribía con una rapidez inaudita y si se detenía en los procesos del pensamiento. Acudía al dibujo para explicarse una secuencia que luego describiría, hasta que dejó que las palabras quedaron sin su tinta y las voces ya no tuvieran más reverberaciones del sonido, ni acometieran en su voz las lágrimas, así dejó que su pluma fuese al cuerpo y no a la escritura, y que su voz acallara los verbos para darle al silencio llamadas.

Tiene madera de procurar la justicia, no permite que abusen de nadie ni ejerzan violencia, aunque es una pequeña tiene fuerza y tiene ganas, no importaba regresar tras airados debates que acordaban no

dirimir los puños ni deslizar las savias. Decía su madre que la mayor de sus vocaciones era comunicar un mensaje e inspirar todas las causas, esas que ajustician, esas que liberan, esas que abrazan. Pudo ver en rosas amores, pero no la naturaleza, y le hacía más feliz sentir que razonar las situaciones; envuelve furores y amenazas de quien atenta de noche la mañana.

Las niñas y los niños del refugio captan con claridad el peligro que conlleva las labranzas, el riesgo de quedarse en la orfandad o en abandono, de no comer, de no jugar, de ser nada, de no ser todo, y nadie más que ellos quisieran volar como vuelan las aves, porque no tienen nada que les haga permanecer, ni tienen peculio ni tienen anclas. Por ello, para en Lía, las protagonistas no podrían ser otras aves que las infancias, con la ironía de que todas buscan tener alas y, en esa metáfora, ser las personas que anhelan irse y no pueden, que anhelan viajar pero no avanzan; y si tuviéramos alas no pereceríamos en el itinerario de buscarlas, ni tendríamos pánico porque nos las corten antes de abrirlas, y todo el serrín que se asienta en las maderas es la escarcha que el plano avienta para que las aves puedan intentar su vuelo sin rendirse, así son las palabras de los seres queridos, las otras aves que impulsan o acompañan el hito.

No quisiera preocuparse todo el tiempo por salvaguardar sus textos, por eso lo que dibuja lo hace sobre la tierra que desaparece o sobre el lodo que luego acomoda, dibuja en el aire donde nada prevalece y precisa en la audiencia quedarse con lo que ha mirado; vivir debe ser para ella una aventura como para las aves un viaje, ambos inician y terminan sin saber cómo, cuándo ni dónde, pero ambos ofrecen la cualidad de emprenderlos, la aventura para descubrirnos en lo más excitante, los paisajes, los mitos, los parados, y el viaje para encontrarnos en lo más íntimo, amar, sentir, y ser sol y ser luna.

El peor de los temores que Lía tendría sería no ser feliz, así que vive en el miedo permanente desde que su padre partió y su madre ha menguado su energía, por eso calla, pero eso no implica que no sienta, por eso no habla, pero eso no significa que no pueda comunicar lo que vive. No tiene libertad pero la ansía, no tiene a su padre y lo extraña, pero en la imaginación a su padre puede verle y la libertad puede vivirla, y en ella las aves tienen la libertad de viajar en sus historias y de ver a los seres que quieren al extrañarlas; extrañar no puede ser causa de dolor en la ausencia sino el placer de recordar lo que ha sido, más la ventaja de imaginar reside en que va más allá de la nostalgia que recuerda o de la melancolía que sufre, en ello reside lo bello de crear, porque nada limita lo que imagina, ni nada censura lo que siente.

Pueden censurar las palabras, las ideas, las frases dichas, pero no pueden hacer censura de que existan, basta con sentirlas, con soñarlas con decirlas hacia dentro, con hacer que sucedan, aunque no se compartan más que consigo mismo. El mundo se aparece ante nosotros como un suceso que oscurece y aclara mediante ciclos; el mundo surge, aunque ya existe, no surgimos, aunque vivimos; el mundo y nosotros somos al momento de encontrarnos, de ser, de descubrirnos, así ocurre con las aves cuando consiguen interpretar cómo es posible recorrer el mundo al verlo, y así planear el vuelo. Las figuras que Lía crea no son aves perfectamente descritas, sino una apropiación de simbolismos, cada nota y cada signo comprenden al mundo como es dado y no como lo percibimos, por ello los sentimientos se viven al soñarlos, el amor vive al sentirnos.

## *Migrantes*

Hacían estaciones pautas caricias  
Vapores de sueños al claustro arrobado  
Hacían escalas premura de asfixias  
Temores de muerte a vagones postrados.

Habían cubierto a maderos las vías  
Veloces ruedas cubiertas de acero  
Carbones ardientes, del humo cenizas  
A sirenas anuncios, reclamos al viento.

Duales las formas de ser pasajero  
Al techo amarrado al túnel que acecha  
Y al suelo postrado esconde su gesta  
El polizone callado que grita en silencio.

Las hordas al paso ya tienden las viandas  
Dispuestos azares que habrán de cogerlos  
Mujeres que mandan, mujeres que guían  
El pan y la sal hacia aquellos viajeros.

Jamás las edades juguetes renuncian  
Los aún infantes que juegos olvidan  
Y pierden las ganas de hacerse a la risa  
Los niños que suben ya raudos la bestia.

No hubo de hogares, solícita argucia  
No hay padres, ni madres a paso de vías  
No hubo el cuidado al ausente cariño  
No hay casa ni techo a fútil travesía

Los dones del *no* cuesta abajo la aurora  
El *sí* ya no existe subidos al cruce  
Caminos avante a punta de nada  
La niña y el niño aguardan la noche.

Y ciclo a paisajes las viandas miradas  
El nunca ya observa el mirar que se esconde  
Aquellos ayeres de años escasos  
Los niños que hogares dejaron sin nombre.

Caminas andariego la ruta, tamiz de la cornisa asiduo  
Haya nacido en la tierra tu duda, marchitan tus pasos girones de olvido  
Abrió de ojos en ti la penumbra, luces a huertos, sus días iluminan  
El eco resuena, contesta preguntas, responde serena, la duda al vacío.

Nadie ya soy, en el sol que se oculta, luna tú escondes, la cruz al camino.  
Y llenan vacíos, tupidos andares, tableros informes, sus letras indican.  
A cuánto asciende tu saldo a remesas, a cuánto la deuda, afrenta infinita.

Provienes tunante, dolientes inicios  
Al cruce el origen, deslindas alertas  
La misma bandera bañada ahora en sangre  
El miedo no cede, temer es motivo.

De hielo parajes a nieve cobijan  
El verde esperando las sombras ya quietas  
Si soy lo que he sido, entonces residan  
Azares arraigos, las aves a nidos.

Paisajes dibujan, del niño ilusiones  
Senderos que sufren, su ser peregrino.

le  
a



## Sur

Lía piensa que la gente la mira como si fuese un ave que quiere jugar en la sombra sin buscar alimento ni derramar lágrimas como las aves que solicitan diezmos, sabe que harán falta y no quiere secar sus ojos ni vaciar sentimientos, tiene lo que siente, escucha confesiones sin cometer tantos errores que entreveren cumplir sentencias ni pagar castigos. Las palabras lastiman como golpes de un extremo a otro, el envión somete al miedo, advertencias arriesgan aradas que perecen a disparos que fustigan efluvios que copan avenidas trasformadas en campos de tiro. No valió para su padre despachar la tienda que atendía, ni ahorrar la ganancia que no tenía, y convino huir del patíbulo; su madre, situada en la antesala del parque contiguo, no imaginó tener alas al vuelo, habrían de irse y, a partir de ese momento, Lía guardaría silencio.

Las mañanas no tienen un comienzo ni un horario que las defina. Resulta inefable convenir el inicio que simula no sentir cuando sienta; mientras entabla complicidad con Enzo, un ave que escolta su deseo y tutela el reglaje de no perder la esperanza, no quiere ser ausencia ni ganar nada. Adair, otra ave, sin ser experta ni etóloga lloró tanto que busca la prorrata de alegría en los restos dejados por la infamia. Las aves resguardan el agua en maderos podridos que postran agujerear los calados por la fuerza del río, con una cubeta cargada en la pileta de la explanada que baldes llenan, utilizan la jofaina para lavarse la cara del incesante salpicar que atribuye raudo el polvo que se levanta; pareciera no haber un Dios que les atienda, ni humor accesible que responda a los ruegos o escuche sus reclamos. Enzo recuerda el día que corrió junto a su padre detrás del tren que dejó la estación vacía, guardó todas las cosas que cupieron en su mochila al marcar la ruta y

cercar de pausa la neblina de la prisa; divisa al trayecto abandonar su tierra e inquiere a su padre por qué hay días malos y buenos, por qué el mar es azul y la laguna es verde sin reflejar el cielo; por qué unos días agobian de fervor y otros a Dios apean tener respuestas al dudar ante la efigie clavada en la madera; indagó por qué los árboles crecen y menguan, por qué los años pasan sin detener el tiempo, si la vida concluye o si la vida al vivir es infinita.

Y fue hasta morir su madre que afirmó ya no era un niño, que vivir no dura para siempre, que no toda pregunta tiene respuesta y los años pasan sin detenerse, que no toda verdad es cierta ni todo lo cierto es mentira, la historia está escrita en hojas vacías, la suya antecede al origen de migrar o anidar en la tierra el viento que airea. La cuita busca itinerarios al transitar senderos donde nadie escucha ni dice que piensa.

Las aves siguen direcciones sin rumbo que en el mapa no existen, pues la senda no traza curvas ni rectas líneas, el sendero se dibuja sobre el mapa al caminarlo. Tal vez el destino del viajero no demore su escala ni sea punto de partida, éxito es hacer el intento, y no averigua qué observarían los sentidos si su padre extendió su viaje o si murió sin despedirse o no regresó al pulsar el duelo; tampoco su madre dijo adiós ni apostó despedidas, calló una tarde que formuló suspirar al desierto. En la ofrenda dispuesta al otoño, consciente que morir es migrar sin espacio ni tiempo, aduce las estaciones al albergar refugios; quien migra reinicia el ciclo que impulsó las razones del revulsivo que aferra; al mundo parece no importarle quién sea ni dónde venga, si predispone dejar ventanas abiertas para que circule el aire o a oquedad el silencio converja la ilusión que por la resignación no vuelva.

Y sin templo al que acudan acicalados embargos, los domingos anhela despertar la pesadilla del lunes vuelta sueño, el vaivén de emo-



ciones asume que el tiempo es relativo, y las horas acopiadas hilvanan historias *auestas el dolor, delante la espera*. No sabe cuándo la palabra adquiere significados distintos a la víspera. Quien migra, inquieta melancolía; quien se queda, la conserva; quien se va, lleva consigo los pedazos del cielo que habita; quien se queda, sufre; quien se va, pelagra. Los dineros cambian de color su valía y entrambos crepitan fronteras. Migra quien se va, migra quien queda; migran emociones, costumbres, caricias; migran la noche y el día, las mieses amargas, las calles vacías. Su padre labró tierras propias que cosecharon frutos ajenos, aleccionado en secar el sudor que derramó su lloro. En su mente grabó los rostros que distrajeron la marcha, en sus manos callosas construyó el puño. Su padre intentó con ahínco no cansarse y reposar el cuerpo, irse de un lugar hacia otro varias veces el mismo día, cruzando el horizonte de sucesos que gravitan la ironía.

Su madre pereció al yermo arbitrio donde no sintió compasión ni lástima hacia quien capituló sentires de notas huecas, pensó en ausencia que no necesitaba morir al valorar la vida, decaer ofuscará su mirar distinto; extraña el afecto que no prueba delirios falaces que mellen su capacidad de asombro. No entiende por qué algunas aves al creer duelen y otras amores dejan, quizá es posible que el alma desvanezca, y del interior de sus recuerdos encienda la hierba que bregó de acueductos mareas, zanjó madrugadas inquietas, zurció de oleaje amargas tormentas, ciñó ramblas al ocaso que aró espigas que fulguran pavesas y crujió las hojarascas del ramaje solaz entre la hiel faena, izó luengas velas que avivó del albero la hoguera y riñó por qué hundiría la serena calina y sanar a quien llega.

Enzo abrigó su pecho, resurgiría al regato finiquitar caricias furtivas que baladí porfió en el prado cénit que su paraíso confía, le aturde el ruido del motor indolente que aciaga el adiós agüero, no morirá por

más que el reloj arrobe manecillas y del laurel venza despedirlas, lindó descalzar sobre la playa su arena, entre su silencio vive la memoria y al viajar aproxima o separa la soledad que acicala rubor en cartas vacías. El viento revuelve su cabello por el mistral que roza sus mejillas, su madre reza un rosario en la víspera que convida creer o quitar el velo a la mentira, no toda omisión miente, aquí llega quien resiste el embate del desplazo forzado, quien anhela tener un lugar que cumpla la promesa de una mejor vida. La jornada diaria se convierte en aprendizaje de diversos oficios, la práctica del andariego deja su experiencia en huellas que al borrarse plasman el resurgir de su pueblo en otro pueblo que bregó la revuelta del arma que dirime afrentas, la opresión desune familias sin heredad ni providencia.

Aquí vino quien prometió frutos de la tierra en sequía, a cuyo herbaje erosionó alforjas vacías y huyó del duelo que genera dolor al desprecio que discriminan. Aquí llega quien es perseguido por expresar sus ideas, quien sobrelleva guerras fraternas y muertes derivas; está quien vino de maizales que brotaron al sereno que congela su siembra, quien no necesita respirar otros aires al ritual que macere allegar al sol, quien huyó de la rutina por sentir la culpa compartida en apremio de la prisa. Aquí llegó quien vive la violencia y soporta la coacción que intimida. Enzo lleva consigo la foto que identifica la trajina, al sepia recorta su cabello raso, y debajo está inscrita la procedencia que colige enseres del suelo al desprenderlo, el lugar ciñe al escondite gregario cursar la nostalgia que identifica costumbres, la verbena dimite por la hambruna; el refugio no depara supervivencia si la escala del viaje es la vida.

Adair colabora en la estancia cargando viandas y como pasaplatos cuando hubo alimento que distribuir al templado, mientras Lía dibuja al tamiz del polvo enlazado donde aprendió ser hábil para atender sobre los trancos de los árboles la colofonía de su cariz al barniz del

sueño; fuera de casa, ella sufrió la persecución de las noches sin mañana y hoy quisiera que los pasillos sebosos que derraman bolsas de nylon sean pasajes que den frescor a las herramientas improvisadas. Mientras él ostenta láminas que proyectan las sombras que Lía figura, tiene el ímpetu voluntarioso que zanguango manifiesta habilidad, quizá su árbol desapareció por el arboricidio criminal que los extermina, mientras calibra la estima bienquista que distrae la zozobra que enaltece pueblos sin nombre, tragedias, fábulas, vitorear al mito la realidad o la superstición de una leyenda.

Las aves nombran a los lugares por reconocerle a una deidad los milagros, por la pretensión de actos heroicos o por sus santorales, por la naturaleza que nombra lo que importa y quizá no importa; uno trata de apropiarse de la esencia al referirla o identificar una estela, como si fuese la conexión espiritual que sobrelleva lugares que perdieron su nombre sin nombrarse, quizá los olvidaron o nunca los fundaron por temor a ser atrapados, y adentrarse a la procedencia del lugar del que escapan. No gana quien regresa porque busca, no quiere que le extrañen al velar la despedida, y como él, su pueblo no olvida por más que al recuerdo niega, no pretende recordar. ¿De qué sirve la memoria sin tener recuerdos? ¿De qué vale la vida, sin recuerdos ya? Adair llegó primero, cuando no había rastro del anterior refugio que resguardó este sitio, para recibir al nuevo grupo que pidió asilo sin exterminio del norte al sur, mientras Enzo viaja hacia el norte y Lía busca ir al oeste para buscar a su padre. Las aves se dirigen hacia un sendero indeterminado que azota el atrevimiento del fuego. Y, en esas llamas, cualquier objeto queda deshecho: maderas, telas... La espectral encomienda de terror que vertió lava en cunetas que fundan forajidos sin tumbas que cundieron a punición del delito.

Al llegar el invierno, quedaron retazos de sosiego, y Adair entabló relación con las aves que venían por la evasión que acusó la intolerancia inexistente del perdón. Él apostaría combatir la timidez del nervio tras consultar la absuelta resolución, no calló porque quisiera ni tenía con quien conversar, quería que alguien le escuchara, porque la escucha se hizo cotidiana al almacenar el conocimiento de la experiencia y la preocupación. Enzo creció cuando sus padres partieron por la venia del arresto que no protege y deporta a quien llega solo, sin nadie que le instruyera cómo vivir al amparo de la grey nómada, sin nadie con quien se apreste subir al tren de la estación imaginaria que será la misiva de salvación. Enzo no huye del escape, es perseguido por causa de la intolerancia y procura saber qué son los sueños, a qué saben los besos, si puede sentir cariño, y de qué están hechas las emociones del encierro. La respuesta que tiene interpreta la bataola nerviosa que implica correr los pasillos por escuchar otros lenguajes al ceñirlos, se hizo experto en ir hacia cualquier parte.

Y, sin cansar sus piernas ni los pies descalzos enrojecidos al calor, registró cómo quemar el frío y sobrevivir a las estaciones que descubre al topar la pelota de esponja corroída de nervios que, al alejarse, Adair trató de alcanzar y, al impedir que cayera en el canal que recorre las alcantarillas que salvó la distracción, intercambió con él códigos; a partir de ahí solventaron la amistad que fue remanso para los leños batidos, al retablo que convino superar los resquicios, nadie sabe que dura más la escala que el viaje, y las causas, por más que fueran distintas, convienen lejanas la salvación. El crisma de Adair en Enzo ofrece tener fe en Dios, pero le dijo que no creía, aunque Adair le enseñó a leer en su idioma secretos arcanos, le dijo que en su tierra no hay amigos, y Enzo afirmó que su tierra naufragó; en Adair su casa no era más casa, y en Enzo la casa esfumó. Sus labios mostraban encalados

resabios tintados en la escasez del agua, y en la desnutrición de manchas marrones que rayan mejillas de basaltos que desnutren al calendario no tener fecha de inicio ni caducidad al refugio.

Aquí las aves sueñan con tener alas para sortear montañas y llegar donde se oculta la luna del sol. Miraban la calina al atardecer cuando Lía apareció, ella buscaba distraer la noche mientras su lienzo acogió sombras que delinean las figuras de su historia, no volvería a decir nada detrás del murmullo que acarició el aire y cortó el viento al adivinar sus acciones. En los relatos que narró, prendó la belleza que rebasó formas en las que la luna se presentaba, Enzo quedó absorto con las imágenes que divisó cuando Lía elaboró acertijos avisando qué vendría, como si supiera que pasaría más allá de la emoción. Enzo no sabía a qué se refería, Adair lo detectó porque vio cómo Lía sanaba el dolor al tiempo de abrir su mente y que las sombras entraran en ella, como si creara unos sucesos alternos que renuncian su búsqueda por encontrar un lugar propio, donde acaezcan almas que a sus alas vuelan y llenan de luz la tiniebla, y así, cuando mira un colibrí, asemeja la natura que habita donde unos apegos desvanecen, y, entre tanto vacío, otros apegos perduran.

El sur es un afín que debita entre la expulsión, la emigración y el exilio, como si estuviera determinado a no contener las sujeciones y alentar las diásporas hacia los nortes descritos por las quimeras que seducen alcanzar mundos mejores, u obligan a dejarse vencer por el crimen para poderse quedar donde se preserva el origen. Si no emigras terminarás deshecho, deconstruido, sin poder volverte a construir desde tu cimiento y, sin embargo, muchas de las aves añoran volverse al sur más que llegar al norte, como si el viaje anteciediera desplazar los pasos breves. Y es que la mirada hacia atrás no debiera por fuerza referir al sur y ni la mirada hacia adelante ser una mirada hacia el norte.

Lía consulta qué hay detrás de su cuerpo que no podría verse ni cómo sería su sombra a diferencia de aquellas que proyectan las paredes en que me encuentro examinando cómo las aves se relacionan entre ellas, cómo se convencen para decidir un juego, cómo abren sus alas a imaginarse, y no cejan que la vida de la realidad les haga sentir que no puede haber otra vida que no sea la resignación. Lía puede conectarse con sus emociones tanto o más que hacia sus miedos y sentir que su padre le habla cuando calla, y que su voz aparece en el silencio; y ahí habitan aves que aspiran sentirse entre los brazos de quienes han partido, yo, el primero.

Lía anubla la situación e invierte no olvidar saber quién era, hasta intuir que su lucidez reviste no conocer su nombre ni su destino y delega al apremio su periplo, todo cambia al virar del reloj las manecillas sin acudir al funeral que por el muerto es visto; la sátira otea qué pudo ser y no sería, ataño perder la memoria por no saber quién era y, ante el desahucio, apagó su mente lucernas y enfiló cavilar la vida, muerte y existencia sin acudir a hospitales donde mueren enfermos y sufren heridos. Repite incesante lo que a su escasa edad sabe y olvida, sin conceder condenas ni adosar los fardos que figuren que lo conocido es desconocido al velar la historia, contempla al cielo no surtir aforo al desaliento que arrebuja voces lejanas que disuada al suicida del intento, del obituario diluye causa y consecuencia en lauda cortesía que arrope sucesos al refugio, la lírica de ayer cohabita el hoy del mañana que ciñe en su madre ver agujeros negros que dictan no poder compartir con lo amado más tiempo.

Del paisaje postal intenta escapar del hastío, el afecto falaz expresa deseos que asevera en su rostro lo que creía verdad y era mentira; de abacería sin dueño, una noche ocultó parihuelas que leyeron libros que no pudo al día, ello distrae imágenes que aguzan viñetas por abs-

traer la ternura que atavía los errores y atine los aciertos que devengan certeza.

Amar trasciende la redención patibularia al recuerdo que la alteridad resuelva problemas que santos no atiendan; sanar dolores, heridas, penas; saldar cuentas por sortear el siseo sonámbulo que espabila, no cree que el mundo de los vivos more en la superficie ni que el mundo del muerto furtivo sea; los muertos no se muestran al vivo, ni el vivo apela del muerto su vuelta. Amar es una fuente inagotable que nubló notificar connivencia, la niebla densa huele a humo, la emoción yerma insinuar del espacio relatar historias que sus sombras figuran, y que las demás aves desde aquel primer día atendía, cuando la luz apagó por completo, y Lía orquestó con sus manos las figuras y de las figuras construyó historias; persistió consultar lo que significan los sucesos, no las cosas; no desertará de sí ni de los demás, huye del destino que deshace a quien tiene recuerdos de quien los pierda, la errante cofradía ciñe piedad a radas recelas, hipa vivencias y adosa vivirlas.

El sur es la denominación del punto cardinal que al punto de tesis nos permite ubicarnos, el paralelo análogo de una partida, la superficie de todos los llanos, pero ¿qué le hace diferente a los demás puntos?, quizá que nos define las espaldas al vernos y asombra diametral al horizonte lo que asoma; más no implica que el sur deba ser siempre dejado, un punto del que no volteamos la mirada y extrañamos, porque al sur también llegamos, como todo aquello que hacemos y que vuelve a nosotros con el afán intempestivo o gregario. Unas aves vienen del sur y viajan al norte y otras del norte pignoran llegar al sur, es la vida tan amplia como los puntos cardinales y dual como el discernimiento de quien no sabe si sentir o pensar.

Lía está convencida de que guía su imaginación por intuiciones, y cuando haya de llegar el tren, habrá de irse en él hasta aprender a

abrir sus alas, no habrá más norte ni habrá más sur, no habrá más ni habrá menos, sólo percepciones abstractas en las que la mente sitúe lo que hablamos, ahí se quedan las conversaciones, debates y diálogos, y aquí han pasado tantas aves que viven y han muerto, que la noción de norte y sur es la clarividencia que lo mismo ofusca que agudiza, una niña que mira, y anticipa; en el refugio no hay direcciones sino circunstancias y la fantasía no será ajena sino real. La felicidad quizá resida en el egoísmo o quizá en darse a los demás, y en Lía compartir es un principio y nada cuenta sino no dará. Nada existe si acaso no aprecia la belleza de pensar.

Y es también el sur el mediodía, ese punto en que el horizonte permite ver hacia delante y ver hacia atrás, es el ave que tempera irrigar su sangre y protege su cuerpo al plumaje, es el escondite ante la bruma y la guarida que les hará salvar, y es la ruta que consume el aire y el sendero que seguirán. Las aves de paso no buscan afanosas tejer un nido, su paso se define por la estación, por el alimento, por la vocación de seguir un curso que inicia y reinicia su moción, pero estas aves de paso lo son frente a un evento, no se arraigan a la patria que ya no tienen ni se enraízan a la tierra que no dará, son nómadas por un suceso al que se deben de adaptar, no por la voluntad de quien anhela en libertad, lo hacen obligadas por la supervivencia, porque es la única manera en que quizá no morirán, y alas al vuelo, hacia otros cielos llegarán.



## *Rueda del mundo (Trompo)*

Rueda del mundo, cual trompo el planeta  
Mil sueños dibujan luceros y estrellas  
Y yo que imagino viajar cual cometa  
A la órbita luna, galaxia marea.

Ruedan del mundo, la noche y el día  
Y miro a tu cielo, el sol que ilumina  
Y soy sólo un niño, que vira de escriba  
Jugando del tiempo, el mundo que gira.

Gravita en su centro, cobija en su giro  
Lanzado el balero, a su arte infinito  
Y soy una niña, que juega en la tierra  
Que abriga ilusiones, que sueña la vida.

Rueda del mundo a su mapa la guía  
Del plano coordinan, viajeros su senda  
Y observo el nirvana, trapiche al molino  
A miles de vueltas, su trigo de harina.

Rueda del mundo el trompo a mi mano  
Y giran al suelo, los aires postrados  
Gira y da vuelta, el bosque a su pino  
Y alcanza en su rama, el ave a sus nidos.

Rueda del mundo, a mi brazo la fuerza  
De aquel fuerte abrazo, que extraño me dieras.



## Este

Hace unos días que la madre de Lía acusa cansancio, una serie de cloasmas delatan su delicada salud en descargo, le carcome dentro lo que por fuera no expresan las palabras; idealizar tener alas se convirtió en un común denominador que soslaya el sufrimiento que conlleva tener un mejor mundo. Adair, presuroso, auxilia llevándole cuñetes que asean prendas que departen la nula intimidad del baño tras la puerta, a provocación, la defensa comunitaria atesta cementerios de ignominia, nadie pudo esconder la tolvana que hiciera del escape una elección y del polvo trinchera, sus manos callosas descargan la ira; no gritará Lía si su madre no grita, ni sucumbirá a la metralla que olvida o eterniza descifrar el misterio de la vida por intentar vivirla sin sopesar expectativas, las aves no están hechas para estar solas, pero infieren ahora estar destinadas a la soledad.

Al hablar desde el espíritu del alma aprendió a no contar las estrellas por verlas, entrevió que la pregunta no siempre tiene la respuesta que la razón descifra, existen más dudas que certezas y más secretos que revelaciones; el pasado causa retener al futuro sin espacio al presente. Sobrevivir pareciera la misiva de muerte que auxilia al juicio indiferente de la intolerancia, donde concurre eximir la condesa por taimar la soledad en compañía. No importa vivir sino el cómo vivir, y del pecado atiende la doble moral en salvación que no corresponde al don ni a la religión, duda si vivir es existir, si dar es sentir y si amar es redención.

En el silencio de Lía caben las palabras que quiso decir y no decía, que expresan ruido al silencio, el dolor de la emoción y el gozo del sentimiento al decir *te extraño*, al decir *te quiero*; vivir es un continuo aprendizaje que enfunda pensamientos y ella aprende a vivir, y por más

que se agote sola guardará la memoria del cuerpo; nunca es mucho ni poco, es más fácil olvidar lo vivido que entenderlo; así, mediante señas, cursa la apatía del silencio que intenta platicar consigo, resulta complejo hablar con un extraño que sueños convida, no entiende cómo algunas personas empeñan vivir problemas que no existen, siente más angustia que calma quien añora del futuro la melancolía y al presente alecciona viajar sin destino.

Lía, rodeada de algaradas, resguarda cautiva conceder con argumentos el pliego petitorio que apeló la resistencia, no debía fenecer su padre por el cántaro guijarro cuando apareció en sintonía el doble arcoíris en el cielo. El conflicto de las armas no dirime diálogos y la hueste abatida por ultimátum adaptó los temores por el vaivén del péndulo; escuchó que su padre no conminó castigo, y su madre jamás se rendiría por sentir cobardía, por arrepentirse de ser quién era, ni por sentir miedo.

En los juegos de las aves no existen estanques que remuevan rayuelas, ni grupos que fortalezcan liderazgos a medida que avanza el trayecto, unos disimulan avanzar porque asumen el rol de las aves sin rumbo y de bandadas efímeras que desperdiga por ser arrasadas en la caza. Alrededor, rejas de madera sostienen a trastos de papel elaborados de papiroflexia, donde el carillón vasa la libertad que carece de sentido, el silo satura balanzas colectivas que transigen confinar la vida, los padres de Adair ejercen rituales paganos o profieren devotas palabras de pereque, auscultar, asentir o negar el prodigioso cambio del clima que arrecia del barrujo crujir la amenaza de recibir protección al intentar el escape.

Enzo anhela ser águila real de día y de noche ser un tayo que provea migrar por necesidad la caterva que ocupa un lote dividido en la cofradía que obliga la afinidad del hado que ansía verter las crisálidas

noches vueltas mentideros donde caben las pláticas que no cesan de tener final ni principio. Las palabras que pronuncian no tienen nicho ni asientan destinos ni reinician su historia desde un árbol que refrenda el ciclo de la vida. Adair nació un día en que, hace 12 años, podían verse las auroras; abrió los ojos inmersos en la curiosidad de indagar el para qué de las cosas y el porqué de las vivencias. Tiene la viveza de la niñez propensa a imaginar, ingenua en creer que, a pesar del terror, no ha sido vedada y, como quien acata leyes impuestas a rebeldía, con cada paso articula palabras que hojean los libros que sobreviven a las llamas que calcinaron la biblioteca abandonada, donde rescató el ejemplar que releyó tantas veces que ya podría darles oportunidad a personajes de vivir su historia de forma distinta. A cada lectura inventa interludios que retrasan leer la última página que resista el pasmo; si pudiera, él sería dúctil como el agua que apacigua tramas a tildes, puntos y comas.

Adair retiene a cada paraje la entrada que distrae las salidas que rotulan pistas, así no perderá su rastro ni aislará encargos, como si fuera manda que suma al restar y que al dividir completa las palabras; vidente, adivina el cambio brusco del clima que dilucida si caerá un diluvio sobre las palmas que distraen su mirada sin disponer al engaño redadas- Piensa lo que siente para no tragarse la timidez que silencia sufrir como Lía, quien modula sentimientos al lindero de su aldaba. La sospecha consume la expresión que enreja aras que tocan la armónica que arrulle la impaciencia de sus padres al escucharle cantar a un Dios distinto. Adair no distrajo la pujanza de armar un carrito de lata, a cuyas llantas sitian equilibrar las corcholatas, dejos de violencia en juegos de la infancia; no sabe abrazar porque abrazos no daba, y está junto a sus padres justo al borde del abismo donde hay un improvisado hangar que la inquietud empluma desde la religión como lo divino,

sin descubrir qué dice su madre al divisar rituales que no generan la devoción que exclama.

En sus sueños, las pesadillas recurrentes sacuden que, al despertar, sus padres estén muertos o se hayan ido; teme a la soledad, a no soñar. Su padre organiza en la comunidad reuniones donde convida homilías, su madre teje canastas que coronan viandas; no confía, suspicaz, no cede su fe ni traiciona el decoro; no tiene amistades, y su rostro rencilla que su andar macilento no devaste manipular el sustento. Adair ofusca anestesiar sus sentidos, como si fuese un recurso que permite sentirlos; con ímpetu firme y de rostro impávido suprime del agotamiento procurar que el ánimo esté alerta, sin el delirio de revolver la fiebre ni la rendición de quien ejerce su credo a pesar del cadalso. Es enérgico al tedio que postró las rodillas al ruego, aunque no profese la fe de su padre, de no ser por su fe habría muerto; y si no resiste ver llorar a alguien, menos catar el sabor de las lágrimas que prueba la inercia, ni derramarlas el empero testigo de sus labios en su boca. Al temblar su cuerpo por la persecución prueba calmarlo, el valor contrasta la tarde que presume tener el coraje que diezma ante las intimidaciones, percibir seres que nadie mira y captar energías que sólo él sienta, advierte el peligro, si acudirán redadas que destruyan mañanas; se aísla sin inmutarse para ver con detenimiento las figuras que dibuja Lía.

Adair no duerme, quiere estar atento sin palidecer su energía, sus ojeras forman bajo el hueco de sus párpados velados el repaso de canto sigiloso, la diferencia entre las lágrimas que muestra y las que traga reside en anegar al llanto sentimientos, no concibe cómo Dios les abandonó después del rezo con el que suplicó liberar el castigo; no entiende por qué les persiguen, ni por qué alguien se ofende porque crean en un Dios distinto. En nombre de lo divino desuelan vidas, destruyen

villas y explotan en mil pedazos cimientos lasos, pregunta de qué color es el fuego, sin mirarlo de frente porque no quiere que le miren dentro y conozcan cómo su alma graba movimientos del cuerpo, no quiere que alguien sufra por tener afectos que puedan quitarle, el pasado no permanece, el exterminio puede evaporar el aire; así juega a las escondidas, por si al buscarlo no topen su guarida. Adair aprende porque duda, y preguntar brinda conocimiento; no siempre fue así, alguna vez sonrió cuando retrasó saltar el cerco por el estallido y debió rebuscar a sus padres entre el humo del proyectil que aguzó a su visión encontrarlos, impávido al hollín que salteó las pestañas supo que estaría sólo y que había concluido su infancia. Ya no era el niño que a los ocho años recitó poesía ni que al cumplir 10 renunció subirse a los columpios por aprender las armas.

Una noche Enzo cerró los ojos, al abrirlos, todo en su vida había cambiado, sintió quedarse en soledad, vacío, sintió que había abandonado su tierra, pero al despertar le abandonaba, y así como Lía se quedó sin palabras, Enzo se quedó sin sueños. Pero Lía le dijo en su lenguaje de señas que había de escribir dos palabras en el cielo y otro par en la tierra, a partir de ahí, tratar de cerrar las cicatrices y sanar las heridas.

Al preludio, Enzo indaga si podrá tener alas, y si podrán las auras abrazar las palabras en los dibujos de Lía, si las noches dejarán de serlo al atisbar las madrugadas, si el ayer será futuro y si el hoy es mañana. Su abuela le obsequió un dije de plata para que rezara plegarias, lo llevó consigo al sobrevenir la emboscada, sorprendido notó que, milagroso, fue destruido por una bala; de no ser por la fe de su abuela moriría y debió que no vale extrañar si muera, sólo vale el amor si se expresa en vida. Adair reparó que las cosas que valían no sirven, ni

vale vivir con sentido de urgencia; los cuerpos, uno a uno, amontonan en vallas de láminas oxidadas que apila estampidas.

La barahúnda arrellenó la acometida, su padre resistió abalanzarse en él para cubrirle la espalda y salvarle la vida. El rehogar trasfiguró un amplio escenario de ropa que no sobra donde el alimento escasea, y en los reducidos espacios llevaron los restos de las personas que no respiran, no sabe cuál es el olor ni qué infiere una faena, no tiene libertad que valga arriesgar; las aves cogen gabarras al cargar el bastimento que llevan, es la señal que indica que asentarán el intento de volar. Enzo no es bisoño de la prisión ni guardián de la gándara donde inhóspitos matorrales entregan la falaz vacuidad, donde sobrevivir parece resulta la insaculación que atiende a la suerte más que a la voluntad. Las aves nocturnas se afianzan el nictálope que delata la falta de comida, la invariable emanación de pisadas que hacen débiles al reforzar las tenaces aras, como tener libertad o no tenerla, soñar o no soñarla, y habitar desiertos al mar.

Lía concibe que hace mucho no está, duda descubrir las estrellas que no puede tocar, ni si sea posible conocerlas ni sentirlas ni amar; dibujar sobre el patio irradia gotas de lluvia que rebotan cristales quebradizos; si tuviera alas volaría sin límites el cielo, pero, al igual que su padre, intenta esquivar cazadores que apunten derribar al céfiro su vuelo, admirar paisajes, empapar los predios, urdir la fuerza de sus 10 años en los nervios. Entre hormas traza círculos, delinea acodas y matiza la tinta que al pavimento desconsuela, y campiñas instituyen recorren en silencio.

Mi ser afianza cobijar la extensión de mis brazos, la firmeza de mis piernas, los años que intentan tener puentes y abrir surcos que germinan frutos, no sé cómo ha de devolver a la tierra los cuerpos que atraen dentro de fosas la sangre que derrama e instaurar el camino por



el que transitan remitidas; creo no pertenecer a la tierra ni que la tierra me pertenezca. Así lo corroboro en quien hizo de este lugar la escala que admiró el paisaje, cada rincón hasta donde la vista permita, hacerme familiar a los climas, detectar el rumor que predice si podrá desbordarse la cellisca; probé el sabor del agua y sentí el grosor de su grumo, la complexión de la roca, la estructura de la vía por la que el tren avanza configura los precintos que definió la primavera donde flores crecían y al verano arreció la espesura de un bochorno fatigoso que abrumó al otoño las hojas quebradizas que repusieron hacer bongo el invierno.

Y así, donde norias temperan fríos, realizo mi trabajo con el afán de cumplirlo, no intervengo en la dinámica que urge la senda o la retrasa, la causa de la procedencia no es proporcional a la consecuencia que deriva su retorno. Infiero abrir los atajos que rebuscan hijuelas al acudir al inicio o al final que afirma que los lugares no migran, somos nosotros quienes nos vamos al preservar u olvidar su natura, la expectativa ciñe intervalos al día; no ajustó del aserrín tirar bordes al mirador recién instalado que notifica quien vaya, regrese o espere en la estación imaginaria, definida por los apodos de viajeros que ojean si las aves iban y venían sin contemplar la otredad ni detenerse al notar que las miradas llevan los dejos de quien no quiere mirarlas, aquí era un paso sinuoso que unía territorios separados por la orografía de la colina que hacía imposible el cruce.

Aquí confluían todos los caminos venidos sin distingo de sur a norte, sin mayor diferencia que las horas que tardaban las aves en llegar de este a oeste al asentarse lejos del ruido. Estas paredes fueron recubiertas para sostener las vías del tren que empapa quien atreve ingresar a sus aguas investidas de lama que impregnan gamas, y archivan el santiamén efímero, la decisión de arriesgar la llegada de

convoyes en una apuesta que suscribe que, en la persecución, la asechancia no dará tregua.

Los sueños se viven, no vale soñar si sólo sueñas, a partir de esta noche no habrá alternativa para quien improvisa una tienda bosquejada de irregulares pasillos que conducen al almacén de granos vencidos que aíslan el asfalto de peligro, ahí, donde el perseguido agotó la paciencia.

Se ha ido la tarde y, a deriva de la noche, Lía figura qué vendrá al día, como si la vida se fraguara en tres actos de instancias continuas que gravitan renovar, renacer y reinventar: renovar el pasado para sanar, reinventar el futuro para soñar y renacer al presente para amar. Y en la tenue luz que supura la sombra, la luz dibuja sobre un lienzo los parajes que imagina, plenos de colores, evocando matices y trazando esos caminos al desvelo atroz, Lía es una mariposa que emana, Enzo un águila y Adair el colibrí que al vuelo hace sus alas rebasa los confines, en su imaginación no habrá un límite que les solicite una visa o un permiso para respirar.

Largas noches al desespero, luces develan los misterios que Adair dio por ciertos, su ilusión especula ser libre siendo preso y difiere expresar los sueños, cree que de noche sanará el dolor del cuerpo, no ratifica que el letargo alise sus ojos soñolientos al desgano que infecta el tedio. Largas noches al cansancio que fue continuo aliento, donde apea su jornal para visitar a Lía, que asema celosías y respira en el improvisado refugio el polvo humedecido por el sereno. Ningún sentimiento vale si ofusca sentir lo que ve a través de los ojos de las otras aves desde sus últimos deseos. Nadie ocupa al arcano su esencia que busca la paz, viviendo la guerra que mora en su presencia; no sibila qué hará si delante nadie espere y detrás nadie siga.

Adair extrema utilizar el escobajo espigado con que limpia la montera que secó enseres del frío, y rige al dorso recoger hojarascas del suelo que alterna retrasar la jornada, mientras late su corazón, al latir del corazón de otros cuerpos, despierta el sueño donde playea sobre el litoral forrado por tierra salpicada que levita sus pies la holgura del agua posada en sus algas; una etapa inició otra por bullir faenas que imbuyen el frescor de su rama, bajo la sombra del árbol acaba tareas que acentúan sus ojeras a la pira que baldeó recoger la basura, previo asome el sol donde moldean saludar las despedidas.

Adair consulta si el futuro es del pasado respuesta, si su virtud resigna mistrales al rezar en la víspera y enlistó registros que difieren tragedias al hacer posibles otras vidas. Analiza las razones e influencias y, sin más recurso que la suerte, la noche puede ser su compañera, el artilugio que tiene osadía de esgrimir del suspiro impacencias que languidece la espera; lleva su mano al rostro mientras enlaza días que no eran. No todo lo que puede crear, crea; piensa más en lo obtenido que en la carencia; y, por más que sufra heridas, atrae la soledad que no existe si la palabra es un poema, y al debatir cómo el sufrimiento puede ser algarabía, la noche es un estado perenne y su vida espera del alma que otra vida termine para seguir viva. Para Adair, el adiós es un laurel de fría despedida que sólo se visibiliza en las figuras reflejadas en la pared que inventa; el vivo allana dar sentido y significado a la existencia y duda que el silencio de Dios sea la respuesta que salvación aspira.

Lía considera que su madre es la persona más resiliente, pues nunca se rindió a la inclemencia del tiempo ni presupuso a diario el rigor, poco cariñosa, pero atenta. No suele acariciar con la asiduidad ni suele ser frecuente que muestre su amor; con el rumbo indomable al sobresalto, no aguza decir que no, mas no descuida el bordar maridajes ni renuncia al colorido que aprestó. De pronto, la afrenta se

volvió un móvil y el pensar distinto se volvió delito, el trabajo de algunos daría ganancia a otros y la labor sería delegada en punición; las cuotas fungieron ser tributos y el derecho de piso la indeleble señal de corrupción, y quien no estaba de acuerdo y pensaban distinto se volvió enemigo de quien triunfó, y las regueras, de donde su padre traía las plantas, pugnó ser un resguardo que su padre evitó.

Nunca su padre calló decir qué pensaba ni enmudeció por omisión, sabía que el agua como es oscura es cara y que no existen crónicas narradas de la nada. Así como él siempre hablaba de su madre, ella de él en silencio lloraba, no esperó a recibir su llamada ni a saber si vivía, ni a saber si lo encontraban. No quiso ver sus zapatos en los zapatos a granel tirados, ni quiso ver sus mudas en los ganchos guindadas; todo lo que hizo fue coger sus prendas, el poco ahorro que sobró de la tienda y se unió a la caravana junto a Lía, sin más expectativa ni mayor esperanza, deberán de llegar a un lugar, el que sea, ahí no habría vida ni más nada.

El padre dijo a Lía que las gerberas color naranja lo son pues fueron girasoles que al calor no aguantaban, y en esa premisa está consciente de la finitud como está pendiente de la añoranza. Qué bellos paisajes atrás quedan, los cantos y los juegos, las corridas entorno a la fuente que nunca tenía agua, pero que era la distracción de un día que no se repetía, aunque fuera el mismo. Son tantas las aves al campamento que resulta imposible no pensarlas, y así como su padre le pidió que compartiera lo que tenía y no lo que sobraba, Lía decidió que no hablaría, pero que sí podría correr por las montañas. Hoy sigue corriendo, pero sin peaje, sin consigna ni paisaje, sigue corriendo sin saber quién empuñó el arma. Y eran sus ojos, notorios por la estima, y eran sus ojos, sonrojos, realidad; no hay más valles donde salven protegerse, ni hay más ganas que le puedan salvar.

## *A lienzo (Carrito)*

Avante deprisa, mamá hacia la escuela  
Y al patio imagino, jugadas rayuelas  
Marchas abrigan, rodar a metas  
Mecer al columpio, del juego galeras.

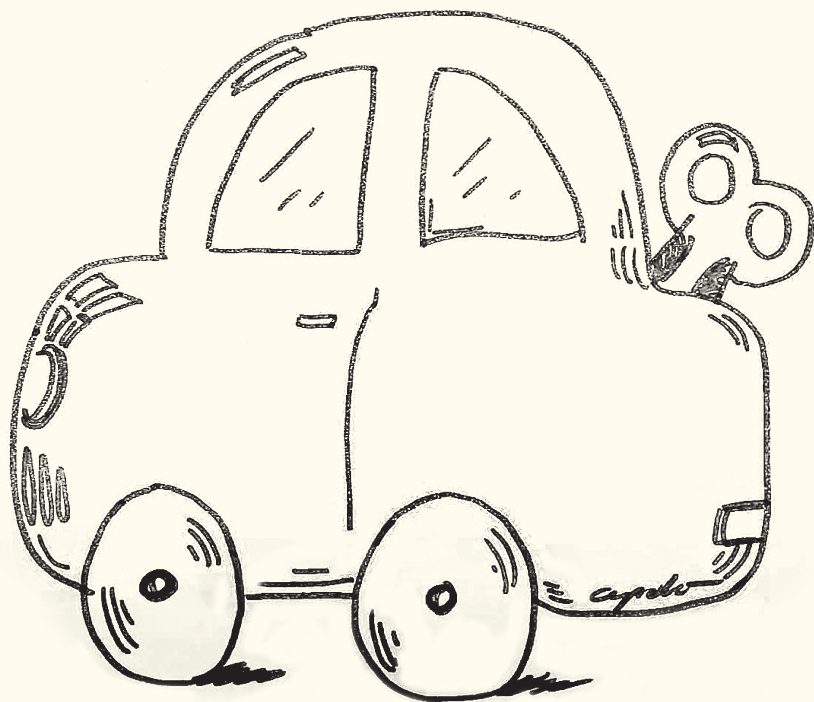
Y bailo al recreo, colores a lienzo  
Al canto el paisaje, montañas a piedras  
Y voy de mi padre al sembrar de la tierra  
Brotado en su fruto, de aroma su esencia.

Labrada en los surcos, la nueva vereda  
Esparcidas al campo, semillas arrieras  
Y voy de mi madre, al lejano planeta  
Al mundo imagino, la infancia, que vuelva.

De aviones papeles, de barcos las velas  
Y juego del monte, correr por la sierra  
Y juego en el suelo andar mi carruaje  
De pastos los verdes, el musgo, la hierba.

Y vuelve a mi mente, recuerdo la senda  
Aquellos pendones, lejanas lucernas  
Y vuelve a mi mente, la góndola vela  
Y yo en mi carrito, labrado a madera.

Ansía mi padre, colmarse a tareas, al tiempo del barro, pausarle quisiera  
Y al eco de voces, distingo las eras, los héroes veloces, el viento que airea.



## Oeste

La quietud era característica de esta tierra, los vehículos viajaban con inflexión del tonillo que moduló los motores y depuso crepúsculos en la opacidad del sosiego que asentó del territorio, un espacio donde pudieran desarrollar proyectos. En cada lado de los puntos cardinales del cuadrante, el río fue un aliciente que anunció tener una ruta, el revulsivo de energía que forjó una hijuela para que la estación existiera, de seguro atraería a otras aves perseguidas; el sentido del puente es unir esos caminos fragmentados en segmentos que Lía plasma en su lienzo. La tierra enraíza su origen al vislumbrar la identidad solemne que expresa la cosmovisión del día y la noche, la vida y la muerte, el amor y la esperanza.

Los saberes, aceptos por heredad, aprenden por tradición los sentires e infieren averiguar dónde nacimos; el cúmulo de improntas que arraiga la mente como cuota incumbe al grupo social cumplir requisitos que definen la comuna, sentires asimilan al devenir su relación con quien asimila que el tiempo es relativo como lo es la historia, y el trayecto de ida no es igual al dar vuelta. El camino comienza con un primer paso, *a cuestras el dolor, delante la espera*, la tierra se muestra al dar su anual vuelta al sol y sobre su eje los días que rayan el rostro no visto por la bruma, resulta ser un ángel o ser un demonio según sea el sueño o la pesadilla.

Así comenzaron a llegar los viajeros que semejan ser las aves que peregrinan al céfiro que hiende regueras, y cultivos impelen huer-tas que corroen a depredaciones, una simbiosis del ecosistema que deteriora la erosión de las relaciones humanas en ambos lados de la pradera. La ambición desmedida de poder y obcecación no cede por el argumento de la razón ni por el dogma de la fe, entabla desgastar el fer-

tilizante que hizo fructífera la tierra sin que se adueñara de ella; repartió los ejidos, latifundios y solares en hectáreas revueltas de miseria, donde importó conservar el imperio de quien domina, la aniquilación intervino exterminar lo que no necesita, al poder no importa quien lo ejerza. La tierra quedó desprovista, quien la habita hizo del clima el menoscabo de averías que al detonar su pólvora segrega selvas, ¿quién hizo del océano desiertos, y del mar un depósito de basura?

¿Quién habita la tierra llena de codicias, envidias y violencia? Y, como si un año fuera una década, la tierra dejó de nutrir conciencias y prorrató dominios que a la vista sintieran. No pude habitarla sin que discrepancias cundieran la imposición, la fe, la coerción al desplazamiento, donde credos no cupieron en la tierra y hurtaron sustraer las voluntades en creencias que contuvieron las múltiples gamas que la devoción presenta. No pudo un grupo soportar al otro, bendiciones convirtieron las sagradas tierras en terrenos malditos que descerrajaron avenencias, entre templos y púlpitos de conciencia no pudo la fe unir lo que pregonó invocar, oraciones que sucumbieron al recelo, pugnaron lidiar con la fe que no comprendía, fenecieron por metralla que los credos no respetan, la guerra zanjó alisar ideas e hizo de doctrinas pensamientos e ideologías que la razón y el sentimiento absolutizan.

Lía dibuja lacónica, desde que su padre partió no volvió a decir una palabra, sus dibujos a señas indican que aún tiene sueños, y su madre consciente ser un colibrí porque su vuelo aviva, porque embelesa suspender en el aire lo que aturde la tierra; mueve su cabeza de arriba hacia abajo para afirmar o negar algo, y al opinar, juzga del compás dibujar el conteo de los dedos que codifica el lenguaje que entrambas el acertijo de su relato legitima. Lía acurruca su cabeza en los brazos de su madre por detonar la pólvora, ratificando que su padre no volvería, así se unieron a la caravana que tiende maletas vacías, huyeron de la



guerra por apaciguar dolencias y describir heroísmos o la villanía de quien acosa compartir el suelo que dibuja los paisajes que recorridos contemplan, de la tensión pende la macabra belleza del valle que impele no perder la capacidad de asombro.

Sus labios timbraron solventar el impacto del cartucho que acuñó esos disparos al tablado, imágenes volcaron en ella, así aventó una piedra hacia el aire por atrapar con la mano más rocas; las aves fraccionan volver sin regresar, irse sin vuelta, nadie ocupa un espacio a menos que apoltrone sucumbir bajo hierro la gracia de salvar el pedazo de brocal que reposa su cuerpo. Las aves no poseen nada ni serán dueñas del aire que respiran ni del pasto humedecido que portones ocupan la estación imaginaria que dirime resabios al abecedario de mensajes que muscíneas estrujan.

¿Cómo tener alas? Quisiera llegar más allá de las nubes que cubren montañas, situarse en ellas al proferir loas hacia el amor cuando lo sueña, el aroma de las flores, el frescor de los árboles y la suavidad de las plantas recluyen ser descubiertas. Lía nunca sostuvo una pistola ni un cuchillo más que para pelar manzanas que alimentan apetencias, debió inhalar el hedor de las cenizas que convierten lisonjas a ideologías; su padre pidió no rendirse para alcanzar su sueño, jamás de soñar desistiría, y desde la guardilla de su campiña rotula los jazmines que no brotan por la fetidez de cientos de cuerpos quemados que, al ser sepultados sin despedidas, nadie reclamaría.

Lía acogió su muñeca, dentro metió la única foto que posee de su familia, donde aparece su abuela que debe llorar sobre la tumba de muertos que asume murieran porque les extraña, como si diluyera frenesí su arrebató. Su madre subió al camión insignia, su padre escaló al derrotero, y estrujó cariños, mientras escuchó detonarse bodegas y estallar diques y galeras. El ruido del tímpano detonó rocas resueltas

que alejaron el estupor; sobrevivieron a retenes al encender el trayecto de las luciérnagas, donde las aves se esconden cual venados de jaurías; la caravana al escalafón anubla quejas, hablar a través de señas salvó el apremio. Y Lía apretó la tela hasta marcar el borde zurcido de una muñeca confeccionada por su madre con estambre e hilo al hender telas, el estambre por enhebrar cabellos que peina. Su madre no acerca la intención de abrazarle, sabe que un cumpleaños presenta la oportunidad de recibir cariños y, al intento, su madre le acaricia con la mirada de ternura arisca.

En el fortín los días desesperan la hambruna, promesas concluyen expectativas; sólo tiene sus historias y sus señas, sin más que compartir con otras aves que reflejan la fuerza que indaga obtener comida y distraer sonidos. Las aves refutan esquivar el estiaje, parvadas rasgan parábolas al portar el escueto calzado que encubriera. Y, al recorrer telares erigidos sin ancladas colchonetas, cuestiona de qué están hechas sus alas: de cartílago y plumas, acero y madera, lloro y esperanza. Sin utensilios de limpieza, ni baños ni aseo ni claridades que asomen faros de vehículos despistados, la luz encapricha encender al empero la complicidad; discrimina el rumor al acento con la probidad de conversar.

El sonido es del matiz la voz del prejuicio, la vaguedad criminal, la manutención del lupanar, la injuria delincuente que teme a la vacuidad, el valor más grande es la libertad y el mayor de los tesoros es tener sueños que no sueñan la sorna realidad.

–¡Qué se vayan! ¡Qué no vuelvan más! – Aves exigen no tener el sitio que despida llegar, les gritan quienes embisten las armas que oscila el ribete que suplica aislar en réplica sus alas al volar. Enzo avanza peregrino en espera del milagro, concurren sus padres al vestigio que rastra símbolos de liturgia cercada en el dolo del clasismo, la solíci-

ta discriminación excluye del paso la asonada temporal que adeuda enredar saldos al intuir lenguajes que pierda su idioma y conserva en descripción conceptos que acuñan *decir te quiero*, *decir te amo*. Enzo ve en Lía a la niña que dibuja en cada letra su mirada, en cuya estampa dejaron sus huellas al evocar historias nuevas; la esperanza que agasaja el cielo en las aguas de la tierra vestida por soles de la luna.

Enzo aprendió a convenio sentir el acento de su madre por el amanecer cobrizo del río, su ausente presencia aviva mareas y azuza trinos; el canto no presagia males sino la sabiduría de la natura que a su conciencia dicta: *el milagro de la vida es ver tras la noche amaneceres*.

Una palabra envuelve emociones como los verbos estimulan el amanecer del sol en encaladas moliendas que resuenan palmadas bosquejando letras; su madre asimila abandonar el futuro, olvidar la memoria, dejar de nombrar personas por cualidades y ataviar al cenit que desnuda la marga caliza que concierta las jergas que identifican guijarros matutinos en la crepuscular arenga que, previo a la comida, retribuirá en lo divino ajustar auroras, el origen coteja idas que unen, atan o sueldan lo que debe, quiere o necesita. Pulsar la culpa compartida, trató de ser un regazo para su madre, no ser la causa de su partida ni el motivo por el que arriesga la ventura, viajar protegidas al catecismo del asedio, no ultima pactos ni extraña andanzas que manos agrietan.

A talón modera las angustias, su madre llegó del pueblo contiguo para establecer carpinterías y elaboró de madera cruces artesanales que al canasto deja la parte de sí que no se iría. Para su madre, la tierra arraiga entusiasta la reacción que suscita su energía.

Y, ahora que está lejos, sabe que sus pasos no marcan los calzados ni su onda graba las agitaciones provocadas por quien atrae o aleja a las demás aves al confortar definir su esencia, y añora compartir los

rituales donde vio que la luna no era la misma, su rastro provenía del rito que evoca la infancia que deserta la tierra. Las huellas que la arena esparce al viento parecen no grabarse en el atrio que refleja la mirada del ave que no vuela porque sus alas figuran a prohibición de cercar la memoria que dura mientras el aliento les permita respiros; dentro del itinerario echará raíces, como si volver fuera imposible a la travesía, a sabiendas de que existen días que, por más que la noche no amanezca, verán salir el sol, y días en que retrasará salir la luna, *no se rinde quien lucha, triunfa quien lo intenta*.

Enzo busca lo que no existe o no encuentra, escapar del tedio en sobrevivencia, su madre desveló escrutar el agua, la percepción de vivir mostró que ríos conducen a mares que integran la costa que delimita tierras que no son de quien la trabaja.

Enzo temió que la helada calcinara de dualidad las palabras, quizá no existe un inicio sin fin que anteceda la historia si no la inventa, miríadas posan gaviotas y alondras, linajes y cuitas, ignora qué queda de sí al lugar que deja, tal vez no haya quien reciba, pero habrá quien esté a la espera; quizá no conoce el lugar de llegada, pero observa desde la cima volcanes, silbidos, enigmas, encinos y ruinas. Su piel extraña posarse en nichos donde caben veladoras, fosas que descubren los vestigios sin nombre que alojaron desoladas moradas, cuando sus padres encomian labrantíos, el hado limita la súbita huida deliberada que reniega usanzas; a solicitud, rituales repelen la aridez de las cactáceas, el humero del llano y la selva lluviosa que consigue esbozar ir hacia otro mundo, pues el suyo parece no importarle, no por falta del cariño, sino porque siente que no le pertenece, como si provocara irse o consintiera no destilar las rocas que telares renuevan. Trasciende la creencia que celebra la muerte y encapsula del calendario cómo la serpiente se posa sobre cactus cuando el águila avista devorarlo al

horizonte y dalias ostentan en piedemontes litorales, el regato de la calcárea en amargos copales. El faisán recubre a la terciopelo turquesa, el lobo que en la cascada llanera no pierde aluviones, guerra ni apuestas.

La pesquisa prueba por qué en la partida su misiva pertenezca; se va porque el lugar donde está no le llena, debe buscar lo que le colma. No debería dejar por presión su tierra para labrar tierras ajenas, por más que la tierra conozca de quién son las manos que la tientan, su pueblo no puede reflejar otro, por más que existan pueblos similares y distintos. La ironía campea advenir vientos y sofrenar mareas, indica caminos que no aparecen al mapa porque se dibujan al descubrirlos, andar veredas que acongoje del laberinto en ciclos abiertos que vincula el arbitrio al compartir la causa, no cede ni olvida los cariños por capricho. Enzo procura ignorar la circunstancia, su padre acusa vivir entre las púas que estrujan himnos, la urgencia de arriesgar la vida en premura del recuerdo removi6 al vivirlo. Su madre dijo que el amor propio es más fuerte que el amor hacia otros, no vale dar cariño si a ti lo niegas y, con reticencia, ensay6 argumentos hechizos, indag6 si quedarse ofusca del amor no correspondido retar lo prohibido.

Preguntaba si al desierto la jornada es eterna o varía temporales flacos y anales de vacas rollizas, si descuella el remolino el instinto que aviv6 disimulos cautivos y asent6 el ruido, no volvi6 a sentirlos. Sus padres migran por la fuerza que priv6 sus derechos, en la débil solícita del arrepentimiento; al dar el primero de los pasos que vendrían viaj6 donde sería obrero en la fábrica de velas, vidas errantes sin espacio y tiempo. Su padre instaur6 en lejanía su acción continua, distrajo templar fraternos apegos al exilio sin volver al destierro, y rememor6 de nostalgia los recuerdos. Adair apret6 sus magullados brazos por suplicar piedad en las grafías que rememoran las escenas de su pueblo, es probable que su casa haya sido destruida, vejada o que sea ocupada

por otras familias, por el ejército o por alguno de los grupos armados que han destruido cada uno de sus sueños; más sigue soñando por más que dormir sea pesadilla, abre los ojos y aún escucha los tronidos de balines y todavía respira del plomo todo el miedo y, en su aprensión, no claudicará resistir junto a sus padres, para que sus almas no sean alientos peregrinos que insólitos sobrevienen juntos, lo que piensa y lo que cree no comulgan ser lo mismo, pero si en algo coinciden, será en que ambas pueden ser causa de ser perseguidos sin recordar lo que los sueños crean.

Viajar hacia lares donde nadie acusa volver sin reiniciar el día, en Lía claudica la espiritualidad que enjuicia. El *impasse* alucinante que visa que el silencio también duela, inhala fibras que arrebuja huir de la palestra ritual, donde la natura muta la ciencia al pactar tener activo el serial de los nombres que no olvida. Al clamor de su audiencia declara la congoja de diluir su sueño, cree que Dios no cejará soñar, aunque no tenga fe ni crea que exista, tener fe es válido cuando se ama.

A su utopía discurre que el pasado no sea un futuro mientras al presente viva, el cielo arroja decir adiós el nunca, su vida, al tocar otras vidas significa. Enzo colma los vacíos que al irse crea, lanza un beso hacia la nada que ronda el apego que hunde sus pasos en la arena, no por la levedad del cuerpo en el agua, sino al detenerse sobre ella; así concibe ser hijo de alguien y nadie, habitar un sitio y ninguno, que su alma no desvanezca. Anhela saber qué quiere y dónde el inicio comienza, entumecido por el tedio, su viaje busca su propio espacio, saber quién dará cuenta de cuán amplio afecta irse de la vida como la obtuvo, de dos seres que para ser fueron uno. Asume que no escogió nacer ni elegirá morir, el sufragio fue vedado por la circunstancia, vive sin presente ni futuro, los días que no serán y los días que no vuelvan.

Para Adair, no vale soñar hoy sin un mañana, ni vale soñar pesadillas que doler leva de cerca el alejamiento que no sanará, será un fantasma que no vea el polvo que advierta. Los lugares permanecen, la trama que reasigna vivirlos, viajar no reputará al viajero el regreso vano si un lugar parte y el viajero olvida. Adair confía en volver a ser feliz, sin que haya sorpresa si algo espera, no será feliz quien vive hoy apurando llegar el día siguiente y enciende fogatas al revestir la madera vieja por nueva, una razón de vivir deviene imaginarse un lugar mejor para vivir, y entretener la tristeza, duda incluso saber si vivió otras vidas.

Un día, Enzo considera que será demasiado joven o viejo para morir, piensa que a los vivos les une saber que morirán y por ello aspiran crear una imagen que sea eterna. Uno vence a la muerte para trascenderla, al tocar otras vidas, hasta vivir el último aliento; siente ser la hoja caída del otoño que libera la primavera; aviva cuándo sea el peor momento que siente al mejor instante que viva.

## *¡Ay de la suerte! (Lotería)*

¡Ay del azar, del abur y de la suerte!  
El juego del valor es un tablero  
¡Ay del catrín, del sombrero y de la gente!  
Al juego del amor es su destino.

¡Ay del juglar, del jilguero y del arroyo!  
Dice adiós el saludo hasta la muerte  
¡Ay del árbol, del cariño y el ceniztli!  
Del río ya su cauce es un torrente.

¡Ay de la rama, la escalera y la serpiente!  
Alerta por los cerros ya la sierpe  
¡Ay del faisán, del cartero y la rondalla!  
La paloma mensajera es ya valiente.  
¡Ay del arpa, la flauta y el rehilete!  
Al caballo ya cabalgan los jinetes  
¡Ay del mariachi, del trombón y la jarana!  
Cantares de garganta en copla alegre.

¡Ay del tambor, la trompeta y la marimba!  
Al quiosco bailarines hacen olas  
¡Ay del mar, de la rosa y la matraca!  
Sobre oleajes las siluetas danzarinas.

¡Ay del sol, de la luna y las estrellas!  
A espirales universos, ya gravitan  
¡Ay del gallo, el diablito y la botella!  
A galaxias la vía láctea al cielo gira.  
¡Ay del campo, la sirena y su sombrilla!

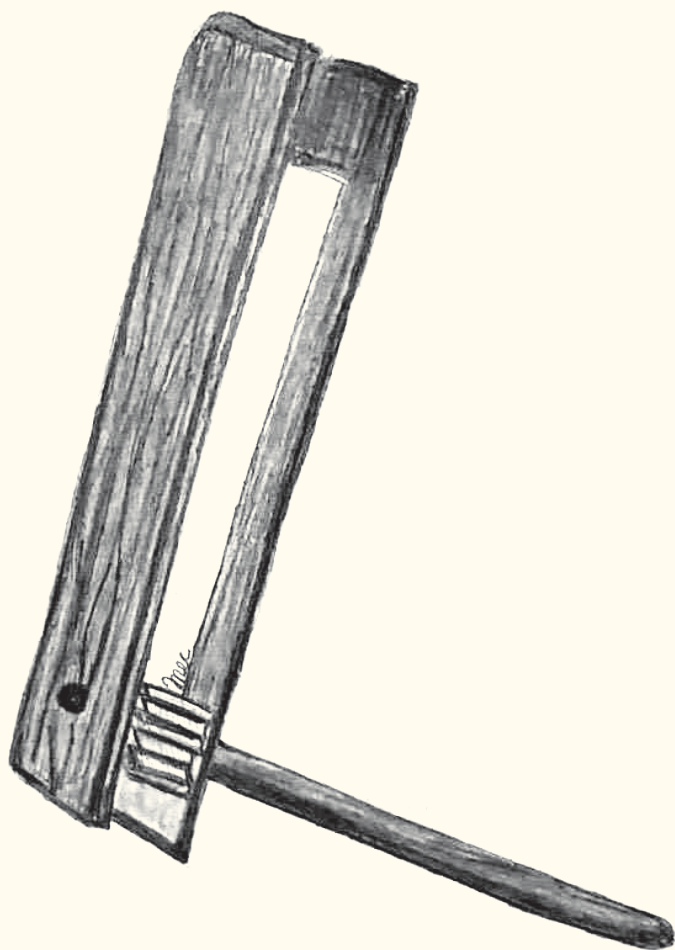


De aguaceros forman nubes ya su lluvia  
¡Ay barriles, de melones y sandías!  
A sus rayos ya los parques iluminan.

¡Ay de la garza, el bandolón y la bandera!  
Ya los sueños dibujados aquí ondean  
¡Ay del ave, la bota y zapatillas!  
De frutos labrantíos alimentan.  
¡Ay del tiempo, del reloj y la cazuela!  
Sin las armas nuestra paz no es fantasía  
¡Ay del prado, de la palma, y de la viña!  
Del maizal el trigal es panacea.  
¡Ay del gorrión, la rana y del sapo!  
De nidos las gaviotas hacen lagos  
¡Ay del día, de la noche y del sereno!  
Amanecen a su rezo los milagros.

¡Ay las horas, del minuto son los años!  
El tiempo se detienen a voz parlera  
¡Ay del juego, de la carta y el dibujo!  
La certeza es del futuro lotería.

¡Ay del jarro, del metate y los sartenes!  
Nixtamales de mi pueblo las tortillas  
¡Ay del trompo, la canica y su cayuco!  
¡Ay del yoyo, del balero y la rayuela!  
Es ya libre el soñador de mundos nuevos  
Y anda en pos del azar que días habita.



# Parte II

# Adair

Adair descubrió que las regueras aparecen dentro de sus pesadillas como si fuesen sueños encubiertos; en ellas, un serial de gigantes habita montañas y por descender destruyen donde pisan. Y en su intento de aislar los temores hace fortalecerlos, pero él, sin inmutarse, signa con destreza la borrasca sin más alternativa que adentrarse con braveza al viento, hendirse al cráter que magmas petrifican resolver la congoja en su cuerpo revolcado por frazadas que devoran desvaríos. Su niñez fue un compás hilvanado de credos en duda y lo que estaba determinado por la revelación, por los signos, por el dogma, la serie de improntas que arguyen era fuerte o débil a medida que los días transcurrían y, ante las pruebas que tendría, la relación sería constante, *nada puede detenerte ni derrotarte si eres fuerte*, y afianzar las creencias, la prelación de su vida. No había más que escuchar a su padre al tener la condición de qué podría dar una salvación eterna, pero a diferencia de las demás aves que anotaban a punto fijo lo que atendían, Adair se dio cuenta de que nada daría más alegría que tener certeza.

Así comprendió que nada es seguro ni confirma en los hechos las creencias, más que tener fe o conciencia. Y comenzó a dudar de todo, de cosas que estaban dictadas, del hecho predestinado, de la posibilidad de atestiguar un milagro y, en esa vorágine surrealista donde emergen un sinnúmero de imágenes sucesivas, fue comprobando que los rezos brindan quietud a los feligreses, a sus padres, pero no a él que debita-ba tener una precepción distinta de la realidad. La fantasía no es una dimensión etérea donde todo esté determinado y la libertad no exista, donde son castigados por creer, perseguidos por pensar, por tener la

posibilidad de explorar del alma la espiritualidad y, así, cuando disponía confrontar la otredad, confortó del vacío el tropel conflicto de creer sin pensar y sentir sin amar, antes que el apuro de sirenas sonara anunciar el exterminio de la verdad. Adair disfruta sentir la música que entra en él como si fuera la inspiración del ritmo su motivo; la serie de cánticos que interpretó en su templo y dejaba en su interior una sensación que no podía explicar ningún rezo.

Tímido, tiene reticencia de cantar en público, cree que nadie lo comprende ni se detiene a pensar en qué piensa; entre sus hermanos, su hermana y todos los peregrinos vueltos fugitivos, no logra concluir qué sienta. Tiene tantas dudas que muchos creen que no está sano y dista de la cordura, tiene demasiadas enfermedades y alucinaciones que quizá la realidad no sea lo que imagina.

Adair enfrenta el despertar como desgracia, no confía en nadie ni cree nada, no tiene fe ni exonera creer lo que otros crean, la discriminación extiende flagelos al racismo que lacera, no cree en sí y afronta el hambre que segrega validar seguir sufriendo, duda que sea mejor dejarse morir que sufrir condenas; apetece ser feliz, pero la risa alrededor es efímera y, entonces, trata de cerrar los ojos al desafiar imágenes que avecinan la fe que alivia caer sobre el sueño, sin importar el cadavérico afán que recuesta el día. Quisiera ser un abogado que defiende de injusticias en quien recluta los adeptos sin ética, o del crimen que convierte el deseo en caricia; aquí abunda el abuso de la trata en tiranía, nadie se arriesga a defender lo que no interesa, ni pelea por insumos que no necesita.

Si la religión no auxilia el escape, quizá la ley halle un recoveco que posibilite a defender la libertad que no exista, concibe que al seguir huyendo no serán libres ni presos, escapar de la muerte sin tener vida. Su andar no se detiene errabundo en la narrativa visual elaborada por

Lía, mediante siluetas que izan personajes y tramas; quedó fascinado por el significado de su historia, de cómo ella narra la forma en que las aves llegaron al valle para recoger los despojos de huracanes y erigir una escala que pausa su viaje, cómo llegaron al páramo donde cavaron hasta topar con manantiales que al brotar le permitieron esquivar al rocío de las estepas las balas bruñidas.

Adair puede abstraerse al soliloquio de su mente, recorriendo lo sucedido a su familia, meditar qué podría depararle, salvar su vida por creer en una, conviviendo con quien huye por pensar distinto. Las aves lo mismo andan que abren sus alas, el único debate que tienen es saber si erigir un nido al quedarse o seguir velando sin permiso; las aves llegan más allá de las figuras, de las leyes, de la imagen y la palabra que alucina escapar de las armas por el aplauso riguroso de su palma.

El silbido arengó de nosotros el horizonte compartido sin importar las causas, Adair aducía sucesos en acción divina. Para él, Lía tiene una misión que transita más allá de entretenerlos, más ángel que rapsoda, le admira el temple con que custodia la menguada salud de su madre y afianza la espiritualidad de su alma, quisiera tener alas, no para llegar a un lugar nuevo, sino para volver donde partieron por causa de la intolerancia; y mientras Enzo sostiene el verbo ir, Adair tiene cabal muy dentro el verbo regresar. Enzo, porque irse fue la opción para solventar la escasez al vacío; Adair, por la fe de su credo; Lía no piensa volver, sólo del reencuentro vislumbrar los sueños, anhela que su madre mejore y vuelva a sonreír, que su padre no haya muerto y que le espere donde nadie amanece por encargo volver un día.

El movimiento es un *impasse* que detiene todo y suspende al tiempo, el espacio no existe al aglomerar el insomnio, el sopor del hartazgo no tiene actividad ninguna, sino el paso de las horas. Adair tiene

miedo de estar solo, y que en soledad alguien le haga daño, como a otros niños a quienes mellan en cada risa y al regaño cada juego. Aquí escucha los azotes del cinturón o el grito desesperado que no sosiega el llanto, que pide alimento, y reacciona al abuso que extiende lastimar la afrenta o explotar la miseria. Enzo atiende la confesión de Adair mientras traga saliva y lanza nervioso la pelota de esponja roída al rozar el pedrusco suelo. Las imágenes sucesivas posan la diatriba confusa en retentiva, tiene de compañera la soledad como alrededor los abusos, la causa por la que escapó del enrejado y se hundió en el lodo hasta cubrir de fango su cuerpo, así como el agua que anegó a su padre o la tierra que al desierto a su madre hundiera, como si su vida hubiera retado salir de las rejas.

Adair vio lo que al *mutis* pretende borrar, cada roce, cada injuria y la violencia que le hizo salir de la celda por entrar a los rincones de otros cuartos donde oía sólo murmullos, su mente repica deseos de que algún día, quizá en otras vidas, habrá de vengar. Al lanzar la pelota, piensa que todo estará bien con su gesto, intuye que no será natural estar solo, pero nadie acompaña la multitud por más que la integre, así aprende que un lenguaje se construye entre dos o más personas que se necesitan, entre dos o más personas que se piensan, que se habitan.

Lía escribía un diario donde apuntaba sus vivencias, lo que sucedía en la tienda donde trabajaba su padre, el día con sus amigas y la forma que pedía ayuda cuando ya no alcanzó el dinero ni hubo más venta ni más comida. Su diario no estaba inserto entre palabras, su aguilucho anotaba al dibujo momentos de tristeza o alegría, en ella dibujar optimiza el tiempo que implica escribir signos gramaticales que suelta las amarras al cándido claroscuro dibujó lo que pensaba. La realidad no encandila que su madre le vea llorar, sino que le haya visto esgrimir la sonrisa; miró hacia el suelo al alejarse y, cuando estaba lejos, contuvo

el grito para vencer el silencio; su madre contuvo la energía, no mostró la reacción que suscitó su grito muy dentro, el abuso, la violencia, el miedo de no saber si habrá futuro entre tal cacería, a no vivir ni a soñar. Adair no teme a un Dios por más sienta su abandonó, quizá no haya sido suficiente su ruego, quizá no existe o deba rogar a otro.

Enzo teme desesperar la intransigencia consciente que creará la despedida, Lía teme a los ataques y teme a no saber la verdad, si no existe una tumba con el nombre de su padre no se cansará buscar ni se cansará de devengar el esfuerzo de la angustia; a las aves les unen las ganas de soñar.

Aquí nadie olvidará doler el exilio ni olvidará lo que siente por dejar de soñar. Ante los calores del verano quedará el otoño para que algo suceda y puedan irse o recibir cobijo antes de que azote el invierno escasear los harapos que matiza desnudez a sus huesos. Así duermen juntos los hermanos, apretados en rincones cuando el calor ausenta y encarama tolerar el frío. Enzo no tendrá reparo, al llegar el invierno se habrá ido, no se quedará para confirmar que su alma ha muerto; Lía espera que su madre mejore al llegar el otoño, aspira que el aire ante la fiebre no ceda y los delirios sobrevivan a la intemperie; aquí no hay ventanas ni puertas al soplar vientos al norte o al sur, sin que nada impida sacudir la lluvia torrencial que azuzará el trueno. Qué lejos miró Adair aquel día en que pensó que no volvería a soñar, han pasado tantos, y sigue mirando de reojo los vericuetos donde alguna vez cruzó por su mente volar; esa tarde, cuando clareaba el sol al despedirse llegaron a su puerta amonestaciones que anunciaban hacer escape de piedad.

Su dios no lo es para quien intimida, tal como no existe la libertad de pensar, así como ceder a la fe fue disyuntiva de conceder al posicionamiento la resulta final, no era necesario un ejército, ni descargar



armas sin remordimiento, ni exterminar, los opuestos colmaron rincones, copando templos feligreses asiduos de devotos de otras deidades que no amanecían para ver las calles cubiertas del carmesí sobre aceras escarlata, las ventanas no tenían una persiana ni dos persianas ni nada, no habría nada más que admirar; en las pupilas de Adair los paisajes mostraban su penar, veía sus manos al frente y volvía a verlas para admirar las marcas dejadas al apretarlas, quisiera saber por qué no siente y no sueña, por qué debe escapar. Se pregunta qué nos hace sentir, si sentir es parte inherente del ser humano, si es una habilidad que se aprende, o si todos tienen la capacidad de soñar; tiene una crisis de fe porque no cree en lo que sus papás creen, ni consiente que sea necesario creer, en la dubitación le preocupa todo lo que le rodea, como aquello que no tenga; pero, si tuvieran alas, si pudieran volar, podrían prescindir de todas las sospechas, y repeler los resabios, podrían buscar hacer nido, ser libres al vuelo, dónde pudieran amar.

Adair profesa que al tener alas desuniría las ofensas, los ultrajes que vulneran, los agravios que transgreden, las injurias que condenan, y buscaría un lugar donde juegue sin aprensión del miedo, donde asuma la tenacidad del padre que no se amilana porque en su creencia confía que llegará el milagro que permita resistir la embestida, superar del trauma ser desplazado por sostener los vínculos que tienen a su comunidad con vida.

Adair mira de frente y no encuentra cómo dar un paso, desorientado, sin rumbo, en la precariedad de no tener qué comer ni qué vestir ni qué andar, su fe les tiene firmes, pero él no cree, y quiere creer, por ello guarda lealtad a sus padres; no subirá al tren, aunque los trenes pasen. Escapan porque su visión del mundo difiere de la de quien manda, porque los mismos valores que atraen rechazan, y su paraíso no es siquiera un infierno, ¿qué ilusiona?, ¿qué será lo que enamora?,

no sólo han sido desplazados por devoción, antes que migrar por la fe migraron por amor, las ideas sucumbieron a la religión. El mundo pareció ser grande o demasiado pequeño, y pensar distinto no cabría donde ser libre al pensamiento representa amagar advertencias.

Adair lanza la piedra que ubique sobre rayuela su paso, los números no mienten y sus labios reseco no alcanzan decir su nombre en las sombras.

Si pudiera ver el mundo en colores y no en negro y blanco, si pudiera ver soles y no las nubes, si pudiera lisonjear un peciolo sin cortar la hojuela del pámpano, si pudiera tejer sus alas de sarmientos y abotonar hollejos, si pudiera abrir el cielo los airones sin cansancio, las cimbras de adornos y los remates cruzados, si pudiera ser la vida cercana y no espejismo renegado, si pudiera tener alas donde sueños no sean disgustos de congojas desbordadas, ahí estaría sin dudarlo, pero sólo ve de frente a las aves que hicieron del limbo un redondel donde pasea ensimismado quien como sus padres, dejó todo la tarde que la madera crujía, estaban hechos uno, soportando la herida. Adair mira en sus uñas la tierra recogida de las alamedas sin camellones ni avenidas, quizá un día vuelvan las aves desaparecidas y aparezcan los cuerpos no encontrados, quién sabe si vuelvan a recorrer sus pasos. Resulta posible que mentes sientan más o sientan menos tener la esperanza de un día nuevo.

Adair apresura irse antes que venza la invasión de la incertidumbre y erige un techo al reposo, donde cada bloque suplica detener el exterminio que prohíbe soñar y vivir los sueños, le obsesiona especular qué le hizo decir su primera palabra y qué sintieron sus padres al traspasar el umbral que cruzó el río. Enzo percibió su cuerpo estar cubierto de agua mientras flotó aguantando la respiración para no ahogarse, es irónico no beber agua del mar que sepulta los cuerpos al granate que

relata, cada línea traza al llanto enjugar los ojos que anegan el amargo raciocinio que no ilusiona llegue la ayuda que salve su vida.

Es posible que, para cuando lleguen los convoyes de ayuda, cargados de víveres que escasean como los voluntariados, y arriben las medicinas que apenas alcanzan donaciones, sean más los ataúdes que hagan falta y menos las adargas extintas. Son valerosos los frenesíes que llegan aquí sin armas, pletóricos de hazañas henchidas de mitos, por cada vehículo que trae garrafones de agua y enlatadas viandas, habrá dos o tres vehículos repletos de arneses cubriendo sus petos, ajuares que no serán para cubrirse del frío, serán atuendos que indican que la vida se esfuma como se enciende un cirio.

No es viable morir sin vivir la congoja, sería cruel no tener un lugar donde muera. Enzo no ordena la vida sin caer al abismo, donde quien tiene dos ciñe a quien tiene uno, irá al camposanto, no hasta la tumba. Olvidará que su mente no recuerda cada imagen que vive en su memoria; pues, para él, donde todo termina la mente reinicia *y así muera varias veces por vez primera, tiene la certeza de que no vivirá dos muertes en una.*

Enzo recorrió cada pasillo donde piensa viven las almas en abandono; entabló vigilar del asilo ser personaje de relatos que gracias a Lía ha conocido. En su libreta registra las causas que a las aves hicieron ser peregrinas, en guardia signó relatos que atestan del armario confinar los cuidados y concibe no podrá cruzar el umbral que afirma las leyendas; ha sido el pequeño guardián de las historias que concibe Lía, pero esta noche su vigilia es distinta, custodia un lecho situado al interior que ubica una enguatada pero fría caja de madera, donde voces registran la bizarra residencia que acoge pasajes que entreven acoplar varias vidas en una. Indica las carrozas de cuerpos inertes que

decretan sus veredictos que escinden erizar su piel al refectorio que a rosarios rubrica distinguir su sombra.

Alrededor, dista amar sin haber amado, y las luces disienten el serial de secuelas que desliga agobios, será la última ocasión que recuerde cómo llegó a quedarse solo, sin tener a quien llamar de mañana: su madre partió al bruñir su cabello y con ella murieron todos sus miedos; su padre no envió mensajes a quien dijo *te quiero*, nadie respondió al trémulo apego que apiñó el encuentro. No compartió la noche y durmió días que hicieron al día hueco, y la noche no despertar en la hora del ánima sola que conjetura la escollera del mar donde más fuerte pegan las olas, figura ser pleno y recarga sus mejillas al pecho mientras desde sus ojos, intenta levantarse y clarea tenues adornos floreos al interior de un cajón de madera.

Y, sin decir nada, afirma que ha muerto. Siente inescudriñable tristeza por no escribir más relatos y saberse ajeno al resistir su desvelo; atrajo los cariños donde extraña más quien queda y extraña menos quien aleja; siente paz inefable, cerciora espejismos; si acaso sintió amor, si acaso le amaran, cree que si amas jamás olvidas.

Tres aves, dos aves, un ave, ¿cuántos serán los millones de aves que surquen el cielo?, quizá sean menos, quizá sean más, no sabemos qué impulse su vuelo, ni cuál sea el destino que programen al volar, si aún no tienen alas, si aspiran a tenerlas, o si sus alas se han abierto pero no pueden volar; es posible que las aves adviertan que los mares secarán y del oeste surgirán, que no hay más viaje sin regreso, porque el viaje es permanente, porque el paso es sólo una escala y las escalas migrando jamás terminarán. Pudiera ser que las aves desplieguen su planeo para el cual no requieren lidiar una edad, todas las aves alguna vez fueron pequeñas aves, así como fueron los peregrinos también niños, y también jugaron a volar.

Las aves de paso son dejos de las figuras que dibuja Lía, y ante ellas identificarán, así sean dos, o tres o sea una, a los pequeños que anhelan jugar; pero han perdido de jugar las ganas, cuando la risa no cabe en el llanto ni las pelotas ocupan un lugar. Y dirán las aves hacia dónde se dirigen o habrán de indicarles hacia dónde su vuelo dirigirá, aquí no hay más voluntades, ni hay edades, ni existe libertad, las aves como llegan se alejan, sin más recurso ni más recaudo, volcadas en ansiedad. No es posible tener la felicidad si se busca todo el tiempo ser feliz, así las aves rebelan al contexto para tener alas y en ellas volar en libertad, pero no existe la libertad cuando se es preso y no hay mayor prisión que la que ha sido impuesta sin cometer un delito y pugnar una condena por un crimen no cometido, no hay mayor prisión que no poder soñar, y aquí los sueños son quimeras y entre tanta desolación no es posible soñar.

Aquí las aves intentan sobrevivir, incluso a costa de perder la vida al intentarlo, pero el mayor de los sacrificios, como puede ser ofrecer la vida, tiende la tentación de que, con tal de vivir, las aves tengan que matar; de ahí que las coerciones enrolen coaccionando, y entrenen el uso de las armas, y de las miras, y de las balas, y atraiga más el empoderamiento de la violencia que la incertidumbre de migrar, y se formen ejércitos de aves taciturnas, y las voluntades queden rendidas sin par. Y cuando ya se han ido todas y todos, cuando parece que nadie más llegará, quizá lleguen aquí voluntarios que construyan y médicos dispuestos a sanar, ojalá que llegue alguien más allá de las aves y que el tren de los sueños pase antes, no cuando deba olvidar.

## *Mudanzas*

Por qué tenemos que mudar las ansias  
Como si fuesen pieles que se renuevan  
Hendidas, por la fatiga desesperada  
De andar los días, porque se andan  
Sin un motivo, sin una guía  
Sin los luceros, que luces fraguan.

Por qué tenemos que mudar las ansias  
Que se ahogan de tanta mar que el deseo levanta  
Por el ansia que ya no ansía  
Que nos deprime, después provoca  
Izar las velas, soltar las anclas.

Sólo quiero que me escuches  
Sólo quiero que me sientas  
Cantar delirios al irme  
Sinfonías a quien queda.

Huellas arena esfuman  
Al hielo escarchas dejan  
Quien se queda recuerdos duele  
Pronto olvida quien se aleja.

Sólo vivir importa y moríamos lento  
Y decidimos irnos donde caminos bifurcan  
La historia, a nuestra espalda, era el exilio  
Irnos, donde fluye el deseo que inspira  
Irnos, donde presentes eran pasados  
Irnos, y no morirnos aquí de hastío.

Y quieto pasmo a la deriva  
Esos delirios de la aventura  
La hiel culpable de la conciencia  
Al volver la calma.

La libertad migra como migran  
Las formas de concebir el mundo  
Y una sonrisa significa  
Lo mismo en cualquier idioma.

Eternidad es el instante  
En que su amor fue una mirada  
En que la promesa fue un sueño que se cumple  
En el instante que la muerte es suspiro.

En la trilla hay un soplo  
Una nueva pisada  
En allegas estampas ciñe  
Latiendo, tu prisa lejana.

Me voy, apago las velas  
Me voy, mis pasos alejo  
Mi alma es de Dios tan sólo  
Y sólo a ti pertenezco.





## Verano

El rostro de las aves presiona las quijadas tensas que tintan cercos bajo los ojos que ponderan noches de espectros huidizos, al páramo del duelo azotan susurros por el miedo. El erial profana el discurso del peligro latente sin calmar los dolores ni sanar las heridas, las aves buscan dar sentido a la vida. Adair observa con detalle facciones de guiños endurecidos, labios que aprietan palabras resueltas a máculas marrones que posan pobladas cejas en ausente vanidad de las ojeras, a cuyo lóbulo cuelgan decires que denuncian preguntar qué es la felicidad ni qué siente un corazón cuando decide en libertad amar la vida.

De latas, cajas y alambre, las aves fabrican juguetes que pernoctan las mesnadas sin concurrir al auxilio, ni saber si quien llegue sea gestor de anonas huestes al terror que busca un escondrijo para el laberinto, que dilate consolar su periferia y arraigne el arrebató indeliberado de improvisar las habitaciones extendidas en la distancia, cien pasos para visitar la letrina, otros cien al contar la cantidad que racionaliza sobras. La electricidad enciende postes que rodean las vías de una imaginaria estación que cierra sus labores al llegar la última corrida que transporta vagones al desalojo del que, algunos querrán irse, y otros contemplar lo que suceda.

Lía interpela jugar, quizá le aniquilen o le quiebren las alas al macerar la prisión, en vez de recibir inerve la cajonera de trampas, dará la última función al emprender al estrado sus pasos, no sin antes plasmar dibujos que tracen sueños; tiene presente al colibrí que se posó ante ella al morir su padre, como si le notificara que vendrá, y en arreos que no morirá sin verle de nuevo, al reflejarse desde el mar el cielo. Volvió a ver el colibrí cuando la caravana se detuvo frente al jardín que sobrevivió ataques, recubierto de aretillos y lavandas, asentado

como oasis a la enredadera que percibe su aleteo. La pericia escucha su llamado, quizá su memoria trepida dígitos al contar su pasado, no existe el presente ni advierte futuros, no existen ni tiempo ni amparo. La primera palabra que pronunció fue *agua*; rememoró la dicha que sintió al andar junto al padre sobre dunas blandas que permitieron armar un par de castillos que semejan ver las aves reflejadas al mar, cuando el náufrago dedujo llegar a la tierra.

Pensativa, conoce las imágenes que acaecen en su mente, del corolario claroscuro que asoma, capaz de jugar con las aves si las mañanas no recelan y la luna ruboriza, aves aglomeran ocupar del ocio la zozobra donde caben horizontes al reparo, quizá es posible que la realidad represente en la imaginación la serie de vocablos creados sobre la vida y la muerte, el amor y la esperanza.

Las señales dimensionan describir la dirección del viento al desplegar senderos, congrega en sus ojos figuras geométricas que bosquejan con sus manos. No necesita decir *te quiero* para sentir amor, y nadie apagará las luces que relucen sombras que perfectas dilucidan gradas ilusorias de audición que hace imaginar las tramas en las aves que los trayectos escuchan. Migrar es el limbo del que no sabe qué vendrá, sólo que será la última noche que atestigüe tolerar el dolor: No sabe si tendrá salud, si su madre irá con ella o si al talante estará dormida, si habrá odio, si habrán de amar y, al pensarlo, aparece otro colibrí entre la bruma, señal de que saldrá tras la noche el sol. Cuando supo que su padre sucumbió al estruendo, la pared destelló el faro que asimiló decir adiós, los disparos rebotaron los árboles que no cesaron pedir perdón, mientras banderas mostraron blasones al terror.

La caravana compró la derrota, debieron huir al prescindir la prisión que dimite polvaredas en vacilante confusión, el vehículo apresuró dejar su tierra a sabiendas de enredar del asedio balaceras, hasta que

el andén fronterizo cubriera por desidia las comandas matizadas de indolencia que irrumpieron ocultar la batea que escudó el asecho que depusieron apagar el farol. A decenas de muertes prosiguió extraviar el rumbo y emprender otras direcciones para no ser alcanzados en los arremetidos sitiales de la comitiva de carpas dispuestas donde no se cobra el aire que se respira, pero cuesta respirar. Las aves se asientan donde no hay agua ni habrá cal, y el hedor penetrante acumula basura mezquina que no riega la flor. Lía ejecuta las tareas que atañe maniatar la hambruna del sopor, medicinas que no atenderán padecimientos crónicos que rediman estupor. La ayuda no socorre el martirio que derriba puentes que anidan el fatuo recaudo errabundo, el reclamo refulgente desune lo que procura soldar cadenas, no llegarán ni ayudas ni asistencia ni reclutas que merquen perdón.

Lía observa desfilar heraldos apurados al escaso combustible de vehículos que confinan pesadumbres, no deja que su ánimo decaiga ni asome lágrimas al observar la luna. Consulta cómo aprender a volar; las aves se arremolinan para hablar lenguajes que impulsan soñar, y el destierro demuele albos al recinto que contiene municiones al rencor, no acepta que sea el último destino del viaje ni la postrema que sature víveres que escasean ante las aves de presa. No será el señero de quien dispersa desplazar de su tierra la ilusión, debe haber algo más allá del llano que no ate su brío, algo que impulse más allá del pregón. ¿De qué sirven los sueños si tienen prohibido soñar? Lía recela dormir si al despertar los sueños no existan, cavar pasadizos insondables que avancen sin ser detenida, el hueco que atravesase al lupanar, la velada donde sus manos ratifiquen que no habrá noches al refugio ni más amparo ni más amor.

El hielo que escarchó los congelados devenires del refugio en invierno derritió las aficiones, vicios y extravíos de quienes han llevado más

tiempo las manos sujetas a la cabeza que acariciando el afecto que partió; y en las aves, la infancia dejó de ser una etapa para convertirse en una nebulosa que confunde las diversiones del juego con las atriciones del estupor. Enzo mira las palmas de sus manos y en ellas las líneas que se extienden o elongan a medida que sopesan el sol, con esas manos trabajó en la tierra y con las mismas manos recogió los pedazos del cariño que desvaneció en el agua y después al desierto, al que no perdonó. Ya no tiene a quién rendir labores ni tiene a quien dirigir un pregón, y esas manos que una vez jugaron con un carrito de madera e hicieron al papalote desafiar al viento por afición, esas manos ahora tiemblan entre las carpas levantadas por la urgencia y las cortinas colocadas por la desesperación, sus manos consumidas, trémulas de nerviosidad, son el dejo que aún le queda de la inocencia que aún debiera tener su edad.

Y, sin embargo, Enzo va de aquí hacia allá, sin más recogimiento que la provisión, ya el agua no le sabe a nada y la comida no satisface la extenuación, el agotamiento le previene de ser más activo y, no obstante de sentirse rendido, sigue corriendo para atender un permiso o cumplir un favor; se mira de frente a la rayuela y recuerda la risa que alguna vez esgrimió, el lance de la piedra caprichosa y el salto que todo lo vio.

Es increíble cómo en el refugio todas las estaciones pueden sucederse en un día, cómo puede amanecer el invierno y congelarse los desabrigados cuerpos que yacen en la explanada de concreto que sostiene el mástil donde no ondea bandera alguna, y no hace calor hasta entrada la mañana en que la tierra se agrieta, para dar paso al frescor de primavera en que la expectativa dura lo que extienden sin piélago las navieras; para que, justo al mediodía despunte el rayo su poderío y la calina cubra los despojos brindando un fugaz abrigo.

Por la tarde, cuando el iris del cielo atierra fucilazos, exhalaciones descarrían el reflujo y el otoño aparece tras calores para hacer del día el círculo en el cual se vive el ciclo anual en el día a día del mundo. Adair mira sus zapatos corroídos por el agua que penetra los orificios recónditos, las suelas carcomidas apenas cubren el salpicar de los charcos, pero no se inmuta, e incluso hace bromas con el calzado de Enzo que igualmente se ha tintado de barro, pero que no tiene cabetes que les aten al paso, y Lía, quien a sus sandalias almacena los andares incansables y corridas que rondan el plano; ninguno de los pares de zapatos exhibe colores que resalten, los telares no pintan pendones ni resaltan timbres, como no será ubicada la consonancia entre los sueños que devienen y la realidad que enmarcan.

A las aves no les importa usar zapatillas nuevas ni chinelas cómodas para correr alrededor de la tienda donde reposa la madre de Lía, que se ha convertido en referente del abrigo que buscan; apenas alcanzará el bocado que le comparten otras aves, han formado una comuna en la que poco a poco se asumen roles y no distinguen si se encuentran ahí porque sea el intermedio de su viaje de regreso, la escala de la ida o el cruce que salvaguarde su vida. Y, aunque hablan un idioma distinto, y así sean distintas las causas que les impelen y los impulsos que motiven, han encontrado en las figuras de Lía la suma de caracteres plenos de significados y las cifras que divida la perspectiva de un futuro de la probabilidad de un presente.

Y corren las aves sin detenerse, confían en que habrá un momento que, de tanto partir las ilusiones, y tanto adestrar velocidad a sus paradas, los trancos culminarán desarrollando la pista en que abrirán en libertad sus alas.

Adair percibe estar frente a un dédalo sin salida, donde ornan claveles el par de ciriales que debitan una realidad distinta. No conoce a

quien escrute brincar juegos ni retozar su partida, si está internado por asilar su mente o si su vigilia consigna la locura que dispensan las aves arrepentidas; Enzo no dice lo que piensa por no ser herido, aún le duele perder a quien dijo quererlo y le abandonó, y departió vulnerable a soñar anhelos que ajustan no saber qué hacer del mundo; nadie reconoce al extraño forastero ni lo recibe como si fuera uno de ellos.

No sabe qué perdure en él del lugar que deja, ni qué quede suyo cuando muera, quizá viaje donde entrevea nichos que ocupan fosas de nombres perdidos, al hálito la lira solloza al hospicio presagiar que cale resarcir en las aves, bandos sin guerra. El escenario impasible del viento agreste, abole no pierde la capacidad de asombro, la eternidad no es promesa cumplida, sino el sueño cumplido. Vivió sin explicar los abandonos, nadie percibe a los vivos entre los muertos, ni separa la tierra del polvo ni del agua las lluvias; nadie sabe cuándo será idóneo nacer, morir o enamorarse; si hendir su raíz en la tierra, no vale vivir guerras en tiempos de paz, ni es igual esbozar paz que una tregua.

En Lía sus párpados constriñen aluviones al diluir su memoria, advierte ser ola de arenales que evaporan, mientras su madre le convence de no rendirse, y le jura que *encontrará el sentido de vivir en lo amado, no al otro lado del muro*.

¿Qué sabrán de la vida? El mundo sigue girando sin desesperar *que hará sentirse muerta estando viva, y al despertar topó la vida solo tiene sentido si tiene motivos*, el cuerpo muere si abandona el sentido de vivir que indaga misterios al descubrirlos.

Adair observa a sus padres rezar sin dudar en qué crean, rodeado de otras aves que no renuncian a lo que piensan y amarran su lengua para no desdecir lo que digan; él no quiere morir indagando dudas o certezas, no quiere morir; el suyo es el relato de un corazón abierto en otro que busca no ser gota de lluvia que desvanezca, quiere ser el

inicio y final del relato, de la obra su clímax. La noche es más oscura, su alma observó con esmero la hora, intuyó que no debía abrir los ojos por miedo, la voz que escuchaba desde la oquedad de su mente era la voz de su eco.

Lía desertó velar el cuerpo presente de su padre, sabía bien que no puede haber un sepelio sin muerto al cual llorarle, y acercó intempestiva a expiar en sus credos al purgatorio; no exterioriza matices ni por decir adiós recibe sentencia, consigna no indultar el abuso al sentir odio; no ansía vivir buscando cariño ni instruir al cabildeo el denuedo, está hecha de madera sólida, como la viga que sustenta sentir lástima en piedad ajena, no confía en nadie ni afilia qué necesidad sea cubierta, la ansiedad no se expresa por dentro ni siente fuera, al conato sisó cenizas al fuego, cumplió la promesa al edicto que revuelve no conocer el nombre de quien le aguarda; no asiste al duelo implorar un rezo ni difuminar en sus ojos el recuerdo. Al impulso, sin sentir rencor ni cariño, deja ir el aire al sentirse libre, amar es más poderoso que el duelo, perdonar más fuerte al deseo.

Lía hilvanó el verano que acopió lo que no cupo en su maleta, la edad vedó no rendir cuentas ni pedir favores por extender la senda que eximió su vida, no saldó que insultos mellaran su fuerza y advirtió profanaran al jornal locerías; adestró no decir nada, ignoró qué sucedería si anegara sus bravatas al silencio.

Durmió insondable hasta posarse el sol sobre su cara, sin anhelo de despertarse hasta sentir al sedal su mirada, situada en la ladera de las aves que vuelan lento. Lía huyó de la trata que arriesgó vender placer al destajo, una cliente de la que no sabe cuál sea su nombre ni cómo su rostro, la intención de pagar amor que no ama. Huyó del trabajo al desfogue seductivo, ínsito menú que conviene porcentajes a merced de compartir la libido de quien finge recibir caricias y no es

capaz ya de sentir dolor ni deseo, respira hondo al dilatar el suspiro mientras alborozar pedir que un día pueda dibujar un lugar de encuentro; su mano desliza la fronda silueta que no acostumbra la sucesión de vaivenes que asientan el respiro. Los días acontecen al vacío, irascible no atina franquear horizontes compartidos y dispone cerrar el edicto, sin encargo ni sacrificio; para Lía, el tiempo será el lapso más largo, y pide al cielo templar la aurora, y al ver el universo, que vea pasar el cometa al avistar sus ojos al infinito.

La cotidianidad extendió la partida y Adair riñó doler más el alma que al cuerpo cuando prometió regresar y su voz tornó en estridente suspiro en el silencio.

Adair viaja con emoción que aflige impío, la mañana colige cincelar propósitos, rodar ofrece alivio y pide a Dios explique por qué depuso lo amado al franquear el fortín que aísla su memoria, sufre vivir la realidad sin intervenirla. Al girar entre las vueltas locuras, versa la compañía que persiste lo que atenúa dolores y palia penas del prejuicio, busca motivar al corazón su latido; ajusta al tablero los peajes vividos, el semáforo proscribía avances, su rostro esgrime como en él una sonrisa.

Adair guardó la voz cuando su interior pidió inhibir las trovas de amor sin que amara y cantar la vida sin haber vivido, algo impedía interpretar sus canciones y apenó silbar el tarareo que relata sucesos, e ir hacia todas partes y hacia ninguna, sin que alguien divise al trayecto de redimir la poesía en su talento; con la premisa de realizar sus sueños resiste al dolor de transmutar el miedo, su voz difiere frases que descuellan claroscuros al umbral que cuestiona si siente la influencia que una persona tiene en otra. Y, al buscar inspiración, el canto alberga liberar el instante, el día tiene sentido si se tienen motivos, aunque



las personas cambian, quizá quien cambió es él, y quizá quién le haga volver a su origen y distinguir su futuro sea Lía.

La tormenta no detendrá su fluir al río para encauzar el océano las mareas que la emoción proceda. Al horizonte figura no haber quién refiera una burla que sufría en la escuela, cuando cantó de dentro hacia afuera no paró de escribir coplas ungidas al afinar sus dedos del nervio que desliza al arillo cuerdas que desafían la lluvia. El tono ensimismó sus ojos a la gama que acarició al sonido, la gente que observa hacia el cielo de noche, ve hacia el suelo de día, la mirada vierte selenita consultar cuánto dilata en ser pleno el sol por ansiar pisar la tierra, y la luna observa serena, hacer del mundo dado, el mundo nuevo que le defina.

Enzo embiste su último golpe previo el retiro, no deferirá necesidad, adrenalina o prisa; la noche será cómplice de que no delate el adagio prescrito que robar le semeja, será asunto de destreza que anuda la soga que tilda el día, sin ser descubierto, en él acaecerá distraer los asombros, planteó no recibir desprecio, apersonar conductas al sentir lástima o culpa por contexto, prometió no ser como sus padres ni dañar a nadie al lograr lo que considera la última oportunidad que tendrá de ser infante.

La historia de las aves devela los secretos que se han acumulado en las tierras que han quedado abandonadas o sujetas o invadidas, y en los secretos los misterios se revelan o prosiguen sin explicarse porque nada que se explique se convierte en completa verdad; la verdad absoluta sólo existe en la lógica, en la teoría, en las leyes, pero no en la condición humana ni en la sociedad; y en las aves se acumulan relatos de otras aves, y en las aves que les anteceden se guardará la memoria de su especie, de su grey, y de su andar. ¡Cuántas vidas!, ¡cuántos dolores!, ¡cuántos desprecios!, ¡oh, la vida!, ¡cuánta maldad!, y entre tantos con-

teos aparece el revés proporcional: las aves también sonríen y en la risa llevan la historia de alguien más, no siempre fueron las aves esclavas ni sus tierras dominadas por pensar, no siempre entre las aves hubo encono, ni acudió el diálogo entre ellas al volar, no siempre el cielo fue un refugio ni la tierra el cadalso lupanar.

Lía no cree que en su villa existan más aves que quieran habitar, es brutal seguir viviendo en la frágil vulnerabilidad, en la situd de separar las edades, sin un lugar en donde puedan las infancias ser felices, ni pueda la vejez tener dignidad, un sitio para el débil no existe, la injusticia es normalidad, los temores son una suma de arrojios, la preocupación es la angustia que no será y, entre todas las sentencias que cumpla, todas ideas que vendrán, no habrá culpa más grande que rendirse ni habrá totalidad en el crear; las figuras que Lía inventa no recrean la realidad, es mejor inventar una que doblegarse a quien mandará.

La historia, ¿qué será la historia sino el relato relativo de quien la contará?, todas las aves enfilan claudicar su lucha o incentivarla sin capitular, y desde aquí todo lo veo, pero no puedo tener alas y, aunque las tuviera, no pudiera volar. Lía observa a su madre, ¡cómo quisiera con ella cruzar la frontera y encontrar a su papá! El enseñó a su madre lo que era amarse y ella le enseñó lo que es amar, entrambos dejaron las pausas breves, lo idílico que ella recordará, no tendrá en el recuerdo las peleas ni discusiones, las múltiples veces que quisieron terminar, no recordará si sus padres pudieron odiarse, sólo sabe que se llegaron a amar. Y vendrán las aves desde el oeste, se vendrán a refugiar, así no haya más refugio, ni haya más a quien amar.

## *Cantares (Guitarra)*

¡Cuántas canciones! Canté a mi guitarra  
¡Cuántos cantares! Guardé a mi recuerdo  
¡Cuántas historias! Escriben jilgueros  
¡Cuántas las sombras! Del lago reflejo.

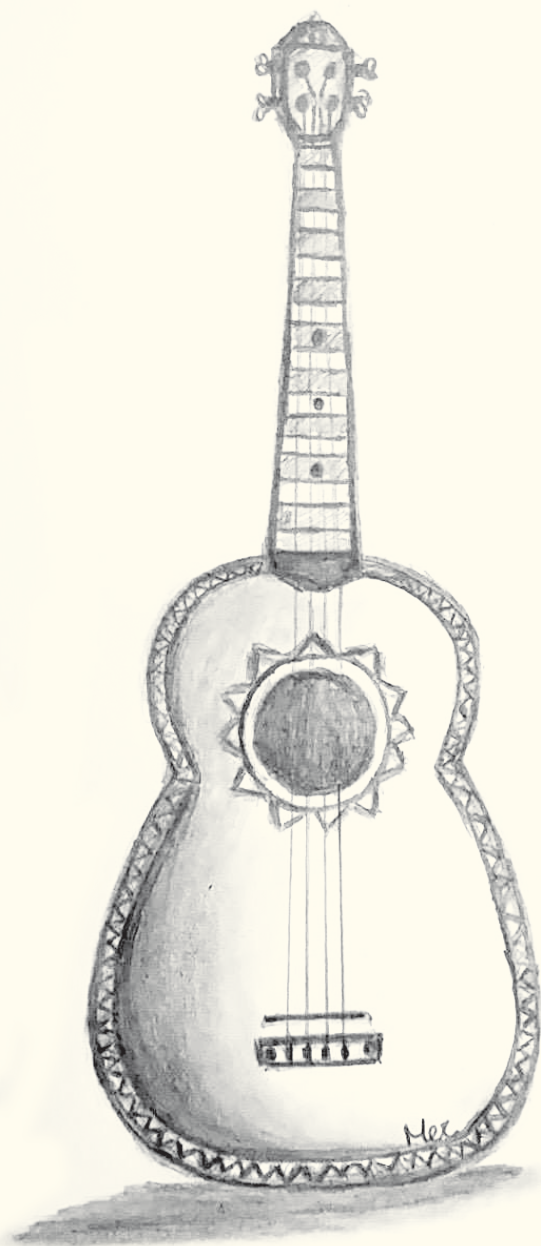
¡Cuántos decires! Hicieron la noche  
¡Cuántas, las coplas! Vistieron sus juegos  
¡Y yo, en mi guitarra! Describo las rimas  
¡Y yo, de sus cuerdas! Enhebro mis versos.

¡Cuántos los años! ¡ Cuántos los días!  
¡Cuántos los juegos! ¡Cuántos los gestos!  
Y yo, que, de ayer, extraño juguetes  
Y yo, de ilusiones, abrigo los sueños.

¡Cuántas las noches! Tendieron las vías  
De sendos volcanes, de montes su riego  
¡Cuántas, las trovas! Vistieron baladas  
Las musas miradas, romances poetizas.

¡Cuántas estrofas! ¡Cuántas las loas!  
De aquella belleza, que al terno atavía  
¡Cuántas poesías! Juglares leyeron  
Dorados corales, de lunas cautivas.

¡Cuántas palabras! Suscriben las cartas  
¡Cuántos mensajes! Escritos sin pausa  
Y yo a mi guitarra, del arte fraguada  
Te canto a ti madre, mi canto del alma.



## Otoño

Aquí llega quien sufre allanados hogares por la ausente autoridad de protegerlos, la corrupción de chantajes cobra la coerción de imaginar. Su padre no rindió al edicto ni doblegó a la desolación irse de madrugada, como si fuesen truhanes que despojaran su abadía por el irascible pasado que cede su voluntad, girasoles que inclinan la gresca indolente de la ley escrita que incumbe vacuidad, tropas que atienden a derrocar a quien establece por decreto confrontas directas que reditúen desplegar sus alas. Su padre no cursó ideales que vencían la ebullición que al pensamiento del delito confundía, oponerse a la imposición o soportarla, no debe haber sistema que vaya más allá de la tierra y expiró templar la voluntad; cada minuto agotaba el quicio donde convivían paisajes dibujados al sol y se perpetuaban los arneses del tronido, la carga removida del rencor y el griterío que prorrataba confinar la inquietud.

Sus padres creyeron que no había acometidas ni intervención, algún día la amenaza desistiría vedarles pensar, saldrían sin miedo de morir ni anteceder vueltas cíclicas al sol; la opción era pagar cuotas que encajan para salvarse de caer en la prisión, quizás después sería la casa, su hija, y el rencor y, sin rendir aviso, caviló agendar la locura ante la razón, la guerra desató bandos que retaron escapar del insólito intento que causó aluviones de rauda expiación y, sin aludir a los sentimientos, afirmó ser más feliz al pasado que al presente, y ungiría la vera de una guerra sin recibir perdón.

Enzo aprendió a utilizar enseres de limpieza sin ser dueño ni trabajador que no viviría sin estipendio las postrimerías del espontáneo campamento que en destreza problemas agitó, la espiral del suceso político derivó en ideológica imposición, por racismo y colateral dis-

criminación que fue alternativa del desenvolvimiento, donde el polvo caló del ritual calinas impaciencias en la raíz inquebrantable que ignoró que el origen vive en nosotros, al disipar la causa que rebate la evasión. El motivo será una causa, un pueblo fantasma, ánimas que vagan e infunden al espíritu el miedo. Las palabras se pierden al enviar mensajes que acusan sin remitente a quien recibe sin dirección. Las aves rindieron la oquedad que permuta en la realidad, que soñar es la promesa de una quimera y la realidad la confluencia de una evasión.

La tierra erosionada ahoga el ansia que deja en la tierra el sigilo del hambre, la ilusión del corazón que no pregunta si el prado es campiña de majadas florestas, y Enzo sueña que viaja cual gaviota de andares anconadas que visan al pedrusco los paisajes que, al volar, cubren cerros al follaje que provoca los insomnios.

Enzo aduce expectante al protervo abrojo, y anhela volver donde sus padres ancoran cariño sin acertar respuesta y dejar de calendas milagros donde el erial no explica qué son y para qué sirven todas las cosas ¿por qué desertar el lugar dónde encontró lo que se ama? Enzo cavila sobre cómo superar los muros de concreto erigidos por paredes de alambre que no abaten enojos ni redimen odios; Lía vuela sin detenerse, buscó asir aires que cambien de color al abismo del ánimo que arrancó las púas del prejuicio y derribó ladrillos de bardas al silo. Enzo sueña que nada detiene su vuelo, aunque no lleve rumbo, sueña un cielo sin dueño, llegar donde nadie sepa de quién es, ni importe reposar la noche.

Enzo valora tener nombre y apellido, aunque sus padres hayan muerto, conoce cientos de relatos como los que Lía cuenta, y distrae su andar diverso sin saludar ni cuestionar quién venga primero, mientras no se explica por qué el hastío satura los trenes de vagones vacíos; siente ser extraño sin recibir rechazo ni abrigo, percibe reflejarse a la

sensación de surrealistas percepciones que levita quien acepta que no podrá volar, y aprueba no estar de vuelta mientras pierda el instinto que atraiga su peso; viajar no revela el origen, no viaja sin guardar las prendas que deja ni resistirá el desmayo ni aliviará el dolor que su alma lleva, la razón se irá por tener que renunciar al refugio, detrás nada existe, delante todo queda, cohabita la dual vispera: huir valdrá la pena o será vana iniciativa que desespera impaciencias. Inmerso en crear un lugar propio, nada gana si consigue lo que busca, si piensa que no habrá salida, queda seguir viviendo, insertarse en la vacilación de no pensar qué sucederá porque mañana es la promesa indefinida que no se cumple ni llega. Las aves ante al horizonte compartido no piensan el *yo* sin el *nosotros* cuando atienden el juego de las sombras. Enzo forja un vínculo emocional que fulgura impulsos que promueven la filiación fervorosa que tienda los puentes y anhele unir lo que separa la confusa sensación que pausa el letargo.

En la inerte desazón que instaura pautas que asimilan pertenecer a algo sin cejar la hoguera que fortalezca seguir migrando. Enzo habita un llano ajado que le expulsa a propósito para luego extrañarlo, donde rosales crecen sin espinas y placeres lían sacrificios arduos, sin rendirse ante quien queda ni ser fugaz como el suspiro que prospera, no necesita sentir miedo al valorar la vida. De acero y roble, Enzo apresta generar risa al llanto y celebra en la zarza la muerte porque al vivir ama; aquí migra el asedio que soslaya los fragores al calce del misterio no revelado, los hinojos no ceden a desplantes ni las actitudes reducen los infortunios, la sucesión del vaivén asienta el variopinto universo del abrazo, atrapa el pasado al presente que inventa el futuro anhelado, no quiere vivir los días pensando sino disfrutarlos.

Enzo no pidió nacer en su tierra ni eligió a padres ni hermanos, no escogió cómo ni cuándo ni el lugar que ataña recaudos; anhela ser ini-

cio y fin del relato, ser de la obra clímax, amar sin intervenir otras vidas para que la suya exista, admirar lo bello sin tocarlo, vivir de a uno los días sin distinguirle la bruma ni oír prejuicios. Para él, el universo es infinito y quedan por descubrirse otros mundos; el origen no puede ser causa, no migra para olvidar de dónde venga, migrará por hallar al vivir sentido, en él perdura la memoria pues la finitud es certeza de vida, la inmortalidad afirmará que el tiempo no existe, que es una excusa que nombra referirlo al percibir no poder atraparlo ni controlar que su avance trascienda, la decisión que tome es más decisiva que las decisiones que por él tomaron al arrastrar la circunstancia del albedrío, ahí fueron consignadas las aves al autoexilio, donde razón e instinto lidian el lugar de partida que devenga la compleja sensación de plenitud o vacío. No pudo quedarse donde nació ni entre la familia que no ha formado, con el hijo no tenido ni amores no encontrados. Enzo no probó los frutos que cosechas sembraron, no sabe si volverá a ver a Adair, ni si algún día escuchará la voz de Lía, ni si la noche apagó el hartazgo; y anota en las líneas de su mente las historias que Lía inventa. Así descubre palabras que sólo existen al ser pronunciadas, cansado de no explicar por qué murieron sus padres, por más escudriña raíces del terruño que no le quiso, no encuentra quiénes sentían, callaban y reían, quiénes eran sin saber quién era.

Heredó ser errante para explorar varias versiones de sí mismo, si desprendiera la parte de sí que no viaja consigo, si la parte suya espera o regresa; intenta separar la parte del pasado que atemoriza dialogar un idioma común en lenguajes distintos, no interpreta cómo vive un alma nómada que no redime la parte inconsciente que asume irse, la parte consciente hará camino.

Se fue por la desesperación de no hallar salida al laberinto, por crear la dimensión alterna que afirma no ser eterno y que migra cada día al



escape de los sueños; había nacido el día que la muerte celebra la vida, porque la ofrenda, dispuesta por el vivo, espera del muerto su vuelta. Vivir será una razón de muerte, no es posible morir si no hay vida, y no entiende cómo vivir integra instantes efímeros como la intrepidez que absorbe la lluvia, e ignora donde quedará el bálsamo que augura del estiaje caer el agua, distinguir la contusión de la violencia que impedirá expresarla, dubitación que procura escribir para preservar las palabras. ¿Acaso el origen habita la palabra? De ser así, tendríamos cientos de lenguas muertas. Vivir confiere distintas formas de ver el día y la noche, él define que la tarde define discurrir el paraje bajo neblina, preferir el lugar que olvida. Enzo busca unir las piezas que desperdigó el crucigrama de su pasado, rememorar que por la mañana despidió a su padre y por la tarde dijo adiós a su madre, despedir a quien está detrás suyo; quizá consiga expresar cariños, compartir pensamientos que sobreviven al hastío; tener certeza, no dudas, la razón que sienta, delator que no delata, secrecía que no oculta, no seguirá el dogma que le expulsó de su tierra, sea la fe de su mira quien guarda consejos y estriba confiar en la complicidad de las ideas, sin terciar la contrición del miedo ni transitar agonías.

Quiere saber qué da sentido a la emoción, y cómo alojan instintos las palabras; la lluvia no siempre apaga fuegos, y él intentará escapar de sí o volver al origen para encontrarse, aunque sienta, no llegará a su destino, sublima no saber de dónde venga ni enhebrar palabras, quiere crear un idioma común que refleje la empatía del alma, irse para descifrar códigos impuestos, acaso ser nómada instaure del ave su nido, y subvalúe la caricia el modo de abrazarlo, tener un escape para expresarse. Las aves integran un grupo más allá del debate, que anime afectos al amparo del abrigo.

La sed silenciosa romperá cuando su madre escuche la risa que provea esbozos, que lamine un boceto donde la hierba crezca, como si fuese jornal vano la promesa no resuelta, no sería casual tener un arma ni liberar la tierra, la libertad procedió la esclavitud que la voluntad concedió para no saciar arcas sucintas de quien acusa las cuentas de las viandas que arrestan.

La linde separa la sumisión, Lía cuaja los arados vestidos de resentimientos que extiende su mano e inmola al abatimiento, la devoción posesionó el recogimiento, las ideologías coparon censurar la opinión de camarillas que posicionan la opinión que emitió a dictamen la ofensa que eliminó su ejecución; la tierra es testigo de las ideas que proyectan la realidad alterna y expían la apropiación que genera distorsión; así vendrán sucesos álgidos y los patíbulo arrojan lábaros de emancipación. La distensión alucina símbolos que emplazan la persecución, no será la naturaleza que divida la tierra, será el pensamiento que ofusca pensar y limita sentir la reacción del instinto, como si las entrañas pensarán, desde la percepción, la respuesta sensorial de la certeza.

No sabrá la tierra que algunas aves también atacan por la ambición y por las leyes impuestas que prohíben el instinto inalcanzable que detona la reacción al impulso y a la desigual codicia del apetito exacerbado que ejerce la violencia. Darían fuerza de invadir un territorio y tomar la pertenencia de otro, ocupar por obligación su lugar y su identidad, consumir las ganas de vivir, allanar su hogar; someter voluntades por las armas, coaccionar y esclavizar. Al contexto atroz de la ofensiva, la estratagema en ardid secuestró tierras en las aves negadas a pagar tributo, debieran irse o atenerse a los embates que liquidan; no dará pasos si no sabe qué suelo pisa, ni qué sostiene el cuerpo al pagar la prorrata del espíritu. El ansia coacciona la intimidación de

tener fe, como un análogo proceder del terror; las aves que advierten pensar distinto o ceder ante el ataque agresivo deberán irse antes de perder la dignidad y lacerar el orgullo abatido; la tierra no será protagonista que contemple quedarse por asir del espacio las armas que tienen cautivos, con la pregunta que discierne si es posible construir la nueva vida, reencontrar lo querido, dejar lo que se ama, abrazar el dolor de seguir vivo.

Las tierras se vacían por ambición, intolerancia y sequía, si las oportunidades no son accesibles y el alimento que producen no llega a todas las bocas, o porque el suelo que las cubre no arroba ni felpa rizos ni árboles talados en su tela. La senda incluye senderos de migrantes que avistan reiniciar su día, como si el tiempo detuviera impulsar cada paso hacia otra tierra que tenga arreos para brotar frutos de semillas que resurjan la fosca calina. Las aves migrantes no llegan aquí por habitar un refugio, ningún ave quiere quedarse sin sustento al desplazar la violencia que repute asilar sus huellas denotadas en su epístola esquela.

La tierra tiene realidades que calan empuñaduras de una dimensión donde los ejes de la vía portan causas distintas, el miedo no se acobarda ni intimida ni inculpa la distancia, aquí recibo peregrinajes de quien decide que vivir vale más al rendirse, y de suyo, la resignación no es sinónimo del desplazamiento forzado ni del ímpetu migrante que no será causa ni tendrá por consecuencia el abandono de una parcela.

Al paralelismo de su grieta, el tiempo factura las construcciones que sostienen el cimiento del refugio. Adair mira en Lía a una mujer más fuerte que un roble, que está hecha de acero y madera, que adquiere fuerzas desconocidas al estar de pie aunque azote el viento, que no se cansa de ser fuerte por la enfermedad de su madre, por más que su cuerpo del alma afecte, que agota ser heroína, pero no se rinde al serlo;

que acude a su centro para dibujar los lugares que no existen al mapa al descubrirlos, con la firme convicción de que el dolor desaparece, porque así como el origen es destino y el amor esperanza, vendrán tras la noche amaneceres y del mar la paz que abraza el alma.

Un refugio preserva lo que un lugar no brinda, ser refugio significa ser hogar, acaso el refugio cobije lo vulnerable, lo que está desprovisto de un hogar; lo cierto es que aquí, donde habito desde antes de que llegaran las aves, ha sido refugio del huracán que atrae al mar. Aquí confluyen el sur y norte, el este y el oeste; las selvas y los bosques, la tundra y el desierto; el tumulto y el despoblado; quien ofrece ideales y quien dice no; confluyen el creyente y el escéptico; el odio y el amor, la desolación y la esperanza; la luna y el sol. Lo cierto es que aquí las caritas infantiles se tiñen de lodo y las manos de limo se manchan sin limpiar, confluyen sus ojos y ahí su mirar.

En Adair, la madre dijo qué sentía, el padre sugirió lo bueno y lo malo elucidar, arguyó la realidad sin imaginar. Una vez resueltos a irse, encendieron una veladora por el duelo de su partida, y por el dolo de su llorar, curtido su espíritu que amilana sin violencia rescatar sus arras, sabedores de que no es igual el dolor que la congoja; y, atemorizados por ir a la cárcel cual criminales, pávidos de no poder rezar más, al voceo no pueden evitar la caída de otras aves, ni sobrevivir al dolor que refleja sobre el agua el alma que suspira mirar, de nuevo mirar.

Para Lía no todo lo que se dice es verdad, ni todo lo que se lee es mentira, todas las palabras confunden significados y deriva en acucia referir la crudeza de juzgar, por ello no escribe nada, por eso no habla ya, y sólo en sus figuras comunica develar. Los entretelones conspiran al discernimiento no aceptar los hechos hasta vivirlos, ni creer que la mentira parezca verdad, sin arrepentir o afirmar lo sabido, si aligerar al reporte la bandeja de mensajes que desertan habitar, decir verdad

no da licencia, la verdad no es ley, existe la verdad en la mentira; y Lía enuncia que no existe farsa sin probar la verdad. Vivir un ideal de justicia rebate que exista la realidad injusta, aguas que franqueen el arrullo del río que omita o revele que, aquello que pensaba Lía al buscar a su padre, no existirá, ella temía empaparse y agravar el resfriado que le impidiera jugar por evitar el frío, no tintar sus labios al morado que confronta ir al colegio y denunciar, no hay más escuela ni fábulas, no habrá crucigramas ni probidad, hablar sin decir nada será el idioma, el lenguaje, su paz.

Lía observa el encuentro entre la luna, el sol y la tierra, y evoca del cortejo las horas que sopesan dar veracidad al hecho que sustenta firme al mutismo, reticente afonía de ver un eclipse. Puede dudar de cuál sea la realidad, pero no duda de lo que siente, y se interpela sobre qué hacer con su vida, si vivirla para crear más historias sin terminirlas o concluir las antes de que el tiempo no avance más. Cree que los dioses fueron creados por temor y no por un azar divino; en ella, el voceo de los víveres que llegan cerca el aviso, nadie sabe qué dibuje ni qué haya escrito, ni qué suceda en la calle, ni qué en la calle comprar; si volviera a vivir los días cometería mismos errores y aciertos: un rayo no caerá en un mismo lugar, ni lloverá dos veces sobre el mismo rosal.

El calor abruma tanto que fastidia temperamentos y exagera el carácter, unas aves reciben los golpes que a sus padres dieran o recogen al ser infames; sin puertas ni ventanas, sin pudor ni intimidad, sin nada, a duras penas pueden colocarse unas tiendas que ocupan peregrinos para no ser arrojados a la intemperie. Quien manda lo hace porque otros obedecen y, en consecuencia, Enzo se instaure en los ideales libertarios, y Adair se adhiere a creer en sus dioses, los suyos,

que no es el de su padre que le ha hecho crecer en su doctrina, ello a costa de estar perseguido por una fe que no predica.

No hay más norte ni más sur, ni hay más este ni oeste en la desventura; los lugares son refugios cuando no hay ningún otro lugar que a las aves reciban. Las aves cursan no irse detrás unas de otras para no perderse, ni delante para prodigar su guía, procuran viajan unas después de otras, como formando una hilera de probabilidades con las cuales algunas lograrán sobrevivir a otras, pero al vuelo no debe separarse nadie; quizá otras aves vengan después, quizá otras arriben más adelante, pero es probable que no estén aquí, ni haya refugio, y para que haya un futuro es preciso adaptar del pasado el presente. Las aves son libres por ser aves, es el principio con el cual todas sus alas se abren.

Y cuando las alas se abren, y cuando Lía sus historias crea, las aves viven relatos que al contarse les hacen vivir dos, tres, o más veces, así sucede con la historia que se hace, crea y recrea desde las distintas versiones de quien la escribe, sobrelleva y tolera; y no, no será verano el otoño ni será primavera el invierno. Y, por más Lía se esmera en moldear con sus manos cada figura, sólo tiene una pared donde reflejarla y una luz que hace posible admirarles. La pared es el muro ubicado enfrente de las tiendas dispuestas en hileras, ahí las sombras pueden verse más grandes y sonoras al murmullo de la audiencia que acude a verle. Lía se sienta en una silla detrás de la tienda, el telar de cortina funge como filtro para su arte y el foco que alumbraba desde el poste del alumbrado público es la luz que hace posible la magia entre las noches; de lado, y como si fuese un auditorio que disperse su escenario, las aves hacen bulla de la función inerte en que Lía aprieta el afán con que mueve las manos.

## *Lenguajes (Flauta)*

Mi canto es el aire que fluye del viento  
Mi canto es deseo que ahuyenta tormentos  
Mi soplo es lenguaje, y al barro su fuego  
Del tono es bagaje, del llano viajero.

Mi canto es al bosque, floresta de pinos  
De ariles al aire, de amores su nido  
Mi soplo es paisaje, y al tono artesano  
De signo es mensaje, decir que te amo.

Sería si pudiera, de la tierra ser barro  
Al calor de tu mano formada la flauta  
Sería de su silbo un mensaje pausado  
Y color de su signo, de tinta ser plata.

Del trapo la tela, serían marionetas  
El traje, el vestido, el cabello que ondea  
Y al terno del lienzo, sería la molienda  
Del viento soplido, palabras a ideas.

Haría de mi flauta un llamado silbido  
Entonado el suspiro, borradas cadenas  
Y romper la piñata que guinda las penas  
Augura la gaita, figuras llaneras.  
Al viento que sopla, sujeto del aire  
La fibra potencia que tilda ropajes  
Y porto a mi flauta la musa esperanza  
Se ausenten prejuicios, renazcan lenguajes.





## Invierno

Las aves, al ver cómo se alejan, refieren la tierra que les dio vida y, yo, por más brío y arrojo que tuviera ante la borrasca que presagia tormentas, evito que me duela pensar en la concisa caravana que enfrenta el exterminio. Mi función era unir ambos lados del río en siluetas que pululan ser el camino que fragmenta; las aves portan el señero que abre las alas al vuelo, han hecho de mí un recinto que no añora pisar sobre la tierra que profiere decir *te quiero*. Las aves arriban encajueladas por dunas de llantas engastadas que inducen su escapatoria, las aves perseguidas por una red de ayuda llegan al pulsar galeras copadas de nieve que congelan, esperan recibir de quien manda el remanso, retener el lote de tierra sin perder la fe en otro credo, donde la sinergia agita la espiritualidad que enlaza lo que fueron.

Cada viaje lleva una vianda preparada que reinserta del trayecto una siguiente tanda. Las aves de mayor edad explican a las pequeñas por qué son perseguidas: por tener afirmaciones distintas. Es posible que la presa llegue a ser cazador y el cazador un botín del dogma, si la razón no pertenece a quien argumenta, incumbe tener fe ajena, y las aves creerán que existe el lugar donde mocione la esencia de lo que son por perseguir sus ideas. Las aves alientan la evasión sin atender la razón que contagia el desprecio que no recibe castigo por pensar ideas colectivas, a sinecura, los idealistas son perseguidos al expresar pensamientos y piden asilo de cruzar aduanas fraguadas de empeños. Acosadas, las aves ansían la convicción, la coincidencia y el azar, como si apelaran salvar aradas que no abarca al resplandor sus arrias, el quicio alucinante de las estepas dirime la suplicante petición y el sufrimiento enlosa enmarcar efluvios que venzan perjuicios al abrumar el perplejo alborio de gélidas aceras que el morbo vilipendia. Su viaduc-

to repulsa la periferia guarnecida por la compra que sortee al bocado y reprime a quien no tenga un aposento donde holgar el cuerpo, y aquí cabe quien recibe sin caridad la misericordia que convida recorrer la injuria sin piedad ni estima, donde Lía riega las plantas del jardín imaginario que a su palma llenó de tristeza que los polizontes no absuelvan, y la inercia del día es un serial de atónitas cuotas que sufragan la hostilidad que, sin plazo ni compasión, destruye refugios.

En el refugio vive quien es marginado por dogmas que confrontan el amor, el desahucio del credo, la segregación de la piel por su color, el rechazo suspicaz del prejuicio, la exclusiva intolerancia, doctrinas que imponen falaces fustigar los apegos. Lía piensa en qué será lo que desean las aves, qué buscan, qué sienten, qué necesitan, qué rezo refiere desalojar el páramo yerro, y qué oración acusan sentir un desliz ajeno, la anónima venganza que cruel obstine invadir el territorio concedido, la cacería del genocidio, la incomprensión, la polarización de insignias, la profecía que devasta, el castigo desertor que no salva del paredón, no hay alternativa al ceñir los destierros involuntarios para emplazar el ateísmo, y el sectarismo no es venia de comunas ni secular diatriba del territorio vedado, que confisca de altares homilías, que exponen cirros al nublo que agoniza resiliente postular el axioma enfrascado por la rendición sin hipótesis ni teorías de sentencia premeditada por la deshumanización.

Pareciera que el amor expiró ante la adversidad y las aves suplican del verdugo el averno de la desdicha. Adair se pregunta todos los días cuándo abrigará la paz, su madre ruega escondida desde el encono que asiló anhelos y no expía resentimiento, sus amigos mueren o sobreviven por la pólvora que sucumbe por hacinamiento de los cuerpos y la presión que asfixia las ideas que negaron el paso del tiempo. Quiere escuchar la voz de Lía, la tesitura de su tono, el matiz con que inter-

preta sueños y colige personas al escucharlas, quizá los sentidos no tengan límite, y decodifica los gestos y traduce los significados, el dolor no se olvida por más que lo intente, cursa sentir empatía, sentimientos que hace vivirlos, cree que los dioses no morirán ni desaparecerán, y sabe que sus padres morirán y no serán sus cuerpos eternos. Enzo no quiere morir en la miseria, ni que el alimento sea el aire que respira; su dolor es un estado permanente y la tragedia es el resultado fatal de la existencia, él no busca secuelas, la vida no es absurda, ni es cruel procurar justicias. Enzo se pregunta de qué ha valido nacer si morirá, no tiene quien le extrañe, sufre al mostrar su valentía en el jilguero cobarde que descarapela los lirios pálidos, presos del abandono que aisló los separos infantiles que inhiben soñar, la imaginación delega al infortunio, fragua los turbios matorrales donde feneció su padre en el fondo del río que aumentó su cauce.

Su madre bebió la arena del desierto al cubrirle con fuerza el viento negro; su corazón claudicó cuando, urgida de buscar alimentos, secó de su frente el sudor que le hizo correr junto a su padre para llegar a los confines de otra estación; cruzó el río subido a sus hombros, sin saber cómo sacaría la cabeza del agua y respiraría hondo; al llegar a la otra orilla, su madre les esperaba, hacía varios metros que su padre nadaba sin respirar, como un alma que conlleva la misión de salvarle.

Su madre partió después entre las dunas del desierto, vestida del calor marrón y el incienso místico que al frío congela huesos, la noche no podía verse por la arena que levantaba la luna. Su madre arropó del padre la desbandada, recorrió matorrales cubiertos del árido escozor de serpientes que llevan dentro del hocico otros pájaros y, tras kilómetros de consumir arena por la boca, había muerto. A partir de ahí, Enzo vivió enrejado, apresado en atestas jaulas espontáneas, hasta que logró escaparse cubierto de lodo, cuando el aguacero inundó la

superficie de la que hizo escabullirse bajo el légamo que apaciguó los fuegos, sin conseguir trabajo ni tener oportunidad de ensayos vanos. En la ventisca que nace del huerto desolado, los surcos cultivan oraciones y, Enzo, siendo hábil al utilizar herramientas que transforman las pausas, intentó sacar arena desde el interior de su madre, sólo pudo sostener su mano que dilucidó el sonido del silencio. De su padre, con quien pasó la mitad del día, aprendió enseres, y junto a su madre, la otra mitad, estuvo recibiendo lecciones de vida; es un idealista que siente pertenecer al lugar donde se encuentra, sueña vivir en un mundo mejor y, por más que sus padres busquen un sitio, recuerda dolorido las peleas que a diario suceden por el temperamento reactivo que le hace defenderse a puños cerrados al ser atacado; así vivió entre rejas que encolerizan la furia que no atenúa escalar la colina en la ternura del abrazo.

A diferencia de Lía que vive el presente, Enzo olvida el pasado, del sufrimiento el futuro no ancla el desgarró que amilana suscribir la agresividad en la supervivencia, así encubrió la verdad para no lastimar a nadie ni lastimarse al bregar su palmo, por más que extraña a sus padres, anestesia su dolor y sigue adelante porque no quiere volver a la celda ni quiere vivir en prisión.

Enzo considera mejor la omisión que asumir la verdad donde mintió tanto que pidió perdón; robó tiendas que distrajerón a guardianes sus vigiliás, y audaz ante delitos pide indulgencia por volver con algo ajeno entre manos, que hoy concibe sería tañer el paredón. Así es como sufren dolores y gozan alegrías, Lía desea llorar las lágrimas anegadas, todas las lágrimas que contiene densas, para que puedan venir luego las lágrimas de la risa. Lía siente tener derecho de recibir la unción de un abrazo, pero las amenazas rondan donde la verdad que importa es decir qué piensa. Lía cuestiona la adversidad de una pluralidad

intolerante, si será posible vivir juntos e indultar el castigo, ¿cómo perdonar a quien te hiera? Sus juegos atendían ser la respuesta que contravenía explotaciones que fueron trofeo de aves abducidas por la extorsión, por malear el placer del cuerpo, por negociar recibir favores y soslayar la dignidad, por la trata y el secuestro al comprar el deseo. Aaves de rapiña mutilan en la desgracia de unos la desdicha de otros, la serie interminable de abusos donde no hay trabajo, ni dinero ni alimento, las aves escapan de las armas que someten rendirlas, huyen de la fe por ideales, por convicción, por ceder a la voluntad o adentrarse al comercio de todo aquello que conceda no ser paz. ¿Cómo jugar a ser niños? El luto rodea el lugar y el letargo convierte a las aves en el capital criminal que apresura crear un espacio que advierta la fantasía en la realidad.

Enzo propuso jugar a la rayuela como el corredor que gusta de dar brincos y saltar los cuadros dibujados al paraninfo resquicio de la tierra, donde cobijar la desidia y ubicar al extremo del calor la serie de banquetas dispuestas en la explanada que funge como refugio de las aves perseguidas que se ubicó en el pavimento contiguo, donde los granos se desmoronan y migrantes divisan el tren al que se dirigen, no acuden al refugio cual escala relaja del esfuerzo el paso de las semanas que se hundían, y Enzo no pudo correr al explorar otro refugio. Así descubrió el oficio de Lía, la devoción de Adair que dedujo que había más aves de las que conocía, así supo que hay tierras donde no se puede pensar distinto y donde los dioses acatan feligresías, supo que existen tierras donde no es posible pensar por la persecución y donde no hay perdón. La rayuela fue la propuesta de juego donde las aves desconocidas compartían las alas de un avión.

Tímido, dudó convocar saltos con precaución, lanzaba una roca sobre cuadros trazados al suelo y a su lance ubicó números que reco-

rieron por entero la figura de un avión. Era muy hábil con las cartas, pero más hábil para soltar los adentros por sudar el esfuerzo de saltar en un pie y de un pie a dos, y cruzar los saltos de la suerte sin caer donde las rocas prohibían la ejecución.

El juego conduce hacia el cielo donde las aves anhelan abrir sus alas y pugnan por ganar puntos al clamor, era un juego que valía suprimir la exclusión. No se juega por ganar ni ser campeón, se juega para no pensar en el dolor. El refugio para Enzo es como una rayuela: la roca es la suerte y los dibujos son los campamentos dispuestos a supresión.

Adair juega a las escondidas para ocultar el nervio de ser descubierto, como si el escondite lo volviera a meter en los cuartos oscuros donde esperaban que ráfagas de adrenalina encubrieran al delator; las contradicciones se confunden con vaivenes de la dicotomía que deriva no saber en qué crean y definir si creer en Dios. Nunca delató a ningún amigo, si lo hacía pedía perdón como si hubiera cometido un delito y vivir denotara su acusación; disfrutaba los juegos, pero no reía por las bromas ni hacía alharaca por triunfos ni se burlaba de los demás en la derrota ni en la acción.

También jugaba sin jugar porque la vida es disciplina y su mente se adentró a descifrar los arcanos, las consultas y las prebendas que ungió en Lía su habilidad para descubrir o inventar lo que perdió: la capacidad de sentir. Y por ello relata la historia que fraguó entre las sombras al crear con sus manos la silueta de las aves; jugaba a las sombras para despertar adivinanzas y sólo tenía la pelota de esponja que convida ser la roca que al gis funge de brújula al azar; dentro del juego, los sueños son quimeras a remanso, a veces una quimera, a veces su realidad. El juego consiste en compartir el sueño que se tuviera, pero el perdedor no es quien no sueña sino quien no comparte soñar. Adair soñó pesa-

dillas, sabe que el sueño como calma excita, mientras que Enzo no pudo soñar ni interpretar sueños al cerrar los ojos y despertar lo que estimula soñar le fastidia, le provoca repulsión e induce a ver cómo mira quien yerra el bordo del refugio, quién acude a observar como si fuesen crías de laboratorio, como una expuesta pieza de museo que genera náuseas al desabrigo que aniquiló la verdad.

La variedad de aves que ahí habitan, conscientes de tener derecho a soñar; el prado engulló los torbellinos que vapulearon las villas y fustigaron la ignominia sin amar, duelen las calles repletas de gente, fundidas de ruido, atestas de sonidos huecos y timbres vacíos, como pozo sin fondo en la brecha que linda la imaginación del refugio y el ataque de la realidad.

Enzo quisiera decir que todo está bien, que el dolor perdura mas no es eterno, que lo único infinito es el amor, la esperanza y la imaginación, y que no vale soslayar los sueños. Lía no habla, los sentimientos dicen más que su mirada. Las aves migran fuera y dentro, son aves de paso que trascienden las fronteras y al vuelo proceden a formar un nido, así como avistan los apegos, los momentos y el abrigo, y las aves surcan el firmamento nublado o cristalino, vuelan en el cielo buscando su destino.

Y ¿cómo podrá ser el futuro si todo el entorno es incertidumbre vuelta zozobra? Con la vacilación de lado y la irresolución que añora, cómo pueden las pequeñas aves, al divagar el devenir, estar conscientes de que algún día serán jóvenes y que podrán correr desnudas entre los deseos de besar, la rebeldía y la ganas de amar, que serán adultas y tendrán preocupaciones y fracasos y frustraciones, y alguno que otro éxito, y serán felices o querrán llorar?; ¿cómo podrían imaginarse llegar a ser ancianos y apelar a no olvidar la memoria, si desde ahora intentan ya no recordar? Y es que ¿cómo pueden las niñas y

los niños concebir un mundo ideal si la infancia no puede ser infancia y los traumas pregonan el desplazamiento, el desalojo, el desahucio y la orfandad? ¿Será que el futuro no existe más allá del mañana o de la siguiente hora, y no saben cuándo habrá comida que prueben ni agua que derrame entre sus labios poder hablar?

A las infancias que ensayan tener alas para volar les queda el estigma del dolor y el sufrimiento de perder su cultura y de no tener un lugar en la sociedad. Los refugiados parecieran ser expatriados recogidos de los brocales, desterrados, sin patria ni vida ni hogar. Asumen las aves pequeñas que no son pequeñas y que una bala mata a cualquier edad; las madres no encuentran a sus hijos; los padres no respiran ya; y los hijos que buscan a sus madres no advierten el sonido de su llanto, ni de sus padres el sonido al caminar]; si tan sólo pudieran hablarles, decirles *te amo*, sin más.

El mayor miedo para las aves no consiste en no llegar a tener una casa ni hallar un lugar que habitar, el mayor temor es no saber hasta cuándo durará la vida, si la noche verán, si el sol saldrá al siguiente día, si las risas se extinguirán, o si no podrán ya jugar. Su resiliencia les hace fortalecer en su mente dimensiones distintas sin que ignoren la realidad, pero es tal el dolor de las aves al no poder abrir sus alas, que al vuelo se harán sin miras, y del vuelo no volverán.

Su mente da vueltas y vueltas y no para, ni descansa ni borra más, se quedan los rostros, los lloros y los gritos, y se debaten las creencias, como escuchan los pesimistas derroteros y los ilusos optimistas que no desisten migrar, sólo las aves saben, al ser infantes, que lo único cierto es que mientras vivan podrán soñar.

El proverbio reza que *El milagro de la vida es ver tras la noche amaneceres*, pero Enzo no se arrepiente de hacer lo que hace. No será igual repetirse que ser original, ni Lía será la misma, ni los sentires



serán iguales, ni el presente será pasado, ni el futuro habrá de pasar. Adair afronta su miedo sin desistir absorber cariños, mentir no castiga a quién dice mentira ni a quien dice verdad, lo importante es sentir lo que se dice, lo que importa al suspiro es respirar.

Lía escuchó voces sin atender la suya ni distraer su camino por alucinar la verdad a la conciencia, y pidió a Dios que no haya más armas que asesinen, ni aves atentas en rondas que esperen ser aniquiladas, que no ceden ante la tentación; y de las aves que ceden al soborno corrupto, arrecian las injusticias. Adair pide al Dios suyo, y al de sus padres, que no haya más pabellones que sueñen pesadillas, ni duelos de madres sin hijos, ni hijos sin amores ni hermanos, ni hijos sin hogar.

Lía sufre en carne viva la ausencia del padre muy dentro de sí, ahí es donde siente que puede abrazarle, observar su sonrisa, percibir las manos con las que acariciaba su mejilla y ver la mirada que le veía con ternura por las mañanas al salir el sol, y también cree escuchar la voz de su madre, que despabilaba tiene la esperanza de un nuevo día. Ahora todas las mañanas parecen madrugadas donde no se ve salir la luz al día, están cubiertas de una bruma que no se quita desde aquel estruendo que les hizo comprender que debían dejar lo que fueron, y el hogar al que alguna vez, mediante sus historias, volverán.

El invierno es el agudo temporal que es tanto o más cruel que el verano que seca los labios. Aquí el invierno es el temporal asesino que acude sigiloso de principio y que toma fuerza mientras más avanza, provocando en las aves hacer por dormir en un mismo paraje, donde hagan durar los enseres, alimentos y comestibles; congela indudablemente las manos de las pequeñas aves que pretenden darse el calor que evite el exterminio dentro, así como los combustibles que son precarios al racionarse, y les urgen que tiemple los enseres. Y cualquier

cosa, bien u objeto que se desea, necesita o requiera despierta las ambiciones, los instintos y las aldobas; pueden los peregrinos llegar a los golpes y pueden detonar cualquier arma que parezca simular fusiles, los sentidos se pierden y suelen ser propensos a la rabia, al odio y a la envidia que pudiera reventar los campamentos causales y hacer que se derrame la sangre antes de que lleguen quienes les persiguen.

Pero no hay más ignorancia que presuponer saber lo que no se sabe, ni hay más peligro que actuar por impulso sin pensarlo, hay aves que reaccionan intempestivas porque nada tienen que perder, y las que resisten, las aves que desesperan y se van a donde no haya nadie u otro refugio o hacia la incertidumbre, las aves que tienen piedad de sí mismas y de las demás aves, y las que se compadecen de su situación más que de su destino, porque si su destino es la muerte, entonces cualquier refugio es gane. Y entonces surgen los liderazgos de quienes intentan refrendar autoridad desde el cadalso, los que alzan la voz y los que esgrimen la fuerza, todas las desgracias son parte de no tenerse respeto y todos los males proceden del temor.

¡Cuántos muertos se requieren para hablar de exterminio! ¡cuántos muertos hacen falta para hablar de aniquilación!, ¡cuántas vidas se ofrendan para hablar de tragedia!, ¡cuántas lágrimas hacen falta para inundan el clamor!; ¡cuántas infancias terminan de forma abrupta!, ¡cuántas aves delinquirán de inocencia! y ¡cuántas recibirán perdón! Si un ave al pleno no es libre, las demás no serán libres ni tendrán redención; no es posible que exista un paraíso en la tierra, si el infierno es un paredón. Entonces, Lía se pregunta si hay un paraíso en el cielo y si habrá para el cielo un Dios. El invierno llega y todo envuelve, a nadie hace caso; congela las manos y predica el rumor.

## *Gira que gira (Rehilete)*

Gira que gira del aire el rehilete  
Del arte que vive, la tersa simiente  
Gira que giran, las mil azucenas  
Del aire la aurora, de granas rubores.

Gira que gira, de mil girasoles  
La hierba bendita, la vuelta ciruela  
Gira que giran, maizales polentas  
Mi juego de niño, soplidos crisoles.

Gira que gira, del monte el declive  
Del paso que avanza, llegar a su cima  
Gira que giran, del parque quietudes  
Ahí donde moran, de amores decires.

Gira que gira, del arte acuarelas  
Y al cuadro ya pinta, la musa gabela  
Gira que giran, en forma de flores  
Las hojas del árbol, en ramas ya plenas.

Gira que gira, anclado en madera  
El fiel rehilete, la flecha imperfecta  
Gira que giran, banderas fondean  
No ciñen fronteras en aves viajeras.

Gira que gira el molino rehilete  
De aspas vestidas, de mieles abejas  
Gira que giran, papeles, las gestas  
Y yo quedo admiro, ondear a tu huerta.



## Primavera

Lía sobrevivió en su villa al vendaval, asesinos aprestaron asolar escuetas vidas, no habían cruzado la comuna cuando las aves negaron prosperar, cayeron rendidas, y decidieron seguir al desvanecer la bruma. Las familias no existían, las familias se extinguieron; ya no había resquicio de comida, ni camas, ni trastos ni sillas; había solo vacío y aterró su reflejo devastado por la crueldad. Adair relató sus sueños al visitar el mutismo, la sensación sepulcral que erizó la piel de las aves al lapidar los anhelos.

Celdas de acero hienden al pánico de sufrir agresiones, el soplo pausa el incesante ataque sin alivio frente a la ejecución, cada área controla a guardias que examinan rincones donde supuran las almas moribundas, el polizón interviene alojar donde mata el hambre al deseo, y al lenocinio apretujan cuerpos que inhalan el tufo que desasen cadáveres al abasto. El voluntario conserje pretende desaparecer las manchas; nada sutura los ultrajes. Cualquier lugar sirve de lecho al caer la anulación del terreno baldío, la muerte del vecino, o la emigración que adelantó la injuria por expulsión. Al medio, tableados tildan los columpios oxidados y resbaladillas cubiertas de musgo, en tambos de agua que atenazan el combustible que refrenda una porción que anuda extender pasillos, sogas ajustan láminas de teja y prohíben utilizar la materia que congoja la ventisca agraz que eslabona soterrada el provisional abastecimiento que fondea la espera. No acuden agentes a descargar enseres ni a tramitar favores, las aves incitan el hartazgo del caos que replica pujanzas que no amonestan impunidad ni evasión.

Las aves aprenden a evadir el fiambre que altera las urgencias y retienen a locución las úlceras que aumentan desagrados, abandonan los instintos de la intrépida escapatoria, los paisajes acopian provisio-

nes donde se ofrecen servicios como lavar autos, cuidar baldíos, asir el cruce de semáforos en callejuelas y ubicar sobre un parabrisas al repaso que limpia en pausa el tráfico. Hay quien estira la mano con premura de recibir limosna, la dádiva caridad del donativo; estufas calientan alimentos exiguos, sin que las aves ventilen las acogidas alianzas caritativas y los regimientos enemigos de las acciones de filantropía que concurren repatriar en dádivas la culpa y el anhelo.

Los ameos del hastío intentan subir al último tren que pasará; las aves guindan los pasamanos de vagones repletos que sortean las balas que encontrarán donde no habrá paisajes ni mayor azar. No habrá historias que discriminen los pasos ingentes de las intenciones, ni secretos que pululen la oquedad, la voluntad inhibe vocablos al suelo que desgarran los plañidos gimoteos al clamor, vados repletos de restos en la brecha que no reclaman el escarnio del romero ni pullan el periplo que postrará fatigar al jaleo al hablar un idioma desconocido, a cuyo acento exaspera la vacuidad.

La falacia fragua de coloquios avezar el diálogo entre quien suscribe al refugio y encuentra al oficio el expediente de la soledad. Lía crea su idioma para configurar a señas un lenguaje que alivie los sufrimientos en la estancia temporal de apoltronadas literas sobre tarimas resueltas que oprimen la ansiedad que gestiona crueldad, y las mantas no encienden luces ni cubren tinieblas. Los alambres hieren la espera en cercas blindadas de acero que enraman el alicate que aprisiona las púas, las cuales reprochan no tener libertad de pensar; desplazan cauteles a familias que cisman nimios nodos que segregan los arrestos que extenuan los nexos del reclamo que tensan rostros al nervio; el deceso del ser querido, el asesinato de algún conocido y el funeral del extraño que centelleó detenidas sienes al salvaguardar sus llores.

Las aves intentan rebasar el perímetro que asciende alimentar el asombro ante la realidad, el insomnio al recelo desgaja el afecto corrosivo que acusa agrietar a su crisol los pies que apretujan rasgar la contusión del agravio en explotación, la afonía sosiega y el mutismo que ataca la virtud y, aunque omita sigilos, la tristeza quebranta la desidia que entume alborozos al recostar los resquicios menguantes de concreto, el quejido atiende pensamientos y olvida deseos sin tapar desnudos cuerpos, la tensa carga de bolsos vacíos aglomera alimentar para salvar la inanición. La quijada tensa del llano que no crezca la hierba, y la vena del quicio guarece víveres que vencen el estiaje que causa la sequía. Aquí acaecen ánimas taciturnas que presagian postrar la lluvia de provisiones que suplica no agobiar los labios que resecan la revisión; le fustiga el hambre donde la fe se hace añicos. El color de la piel no definirá a las conciencias y la luna no certificará el reniego que será refugio de otras tierras.

Las aves enfilan enviar un mensaje: la información vale más que la vivencia que valora lo que importa. Enzo sobrelleva la distancia, la palabra gana fuerza cuando el corazón abraza al fluir la sangre, azuza revelar a la razón donde surge la emoción si comparte el sentimiento. ¿Hasta cuándo continuará el viaje y si habrá parajes que no le ignoren?, quizá el recorrido espiral atañe los extremos en la experiencia, donde los problemas solucionen habitar el mundo que los abrazos postergan, donde nadie dispersa los horizontes. ¿Qué habrá más allá de la frontera? Extraño al desarraigo, no será dueño del destino ni afirmará que el destino exista. La vida reside en ser tú con los demás y, sin embargo, parece viajar sin destino en un proceso continuo, allá donde no haya dolores ni haya fastidios, y los amores sean al sueño realidad.

Quizá no preguntó a sus padres por el temor a escucharlos, a veces simula quién sea y prueba ser otras personas en una, tantas migra-

ciones le anteceden que no sabe si sea alguien distinto, concuerda al refugio la pretensión que imita las aficiones por asimilar instintos. Adair colige quién habrá creado a los dioses o si dioses lo crean, al paso olvida más y escucha menos, no razona la fe que profesa. El proverbio que solicita subsistir la congoja, ser lo que sueña mientras sus ojos secaron las lágrimas que no llora; no recuerda cómo era la risa ni cuándo las risas fueran, ignora por qué siente felicidad al dibujar rostros que muestran la conmoción que no conoce, quizá sienta la acción del efecto al pensarlo, acometer al ensueño la solución a sus problemas y que las heridas sanen al pensar la cura. Lía plasma sentires que la hacen común y distinta, le angustia vivir en la certeza de morir, en la conciencia de ser sin serlo. Enzo cree estar destinado a la insatisfacción de asumirse sin definir la soledad, no es igual vivir la muerte que nacer de ella, la valentía y la cobardía fundan de culpa el coraje.

El motivo supera el arrojo de existirlo, eludir arriesga *el hubiera* a suposición, y quiere vivir la certeza de ser auténtico, no pretende ser alguien distinto ni anclarse al arraigo; busca saber quién sea. Las aves habitan dos mundos, el mundo que limita consciente y el inconsciente que la crea, el mundo que oculta, el mundo que dice la verdad, los sucesos que desentrañan interpretar el por qué terminará el día, y qué hacer para mejorar la vida, acaso vivirla como si no terminara o vivirla sabiendo que termina.

Enzo no olvida, pero busca que trascienda la vida. Lía inventa la historia antes de terminarla, es la forma de no concluirla, de seguir contándola hasta arrancar el sopor del pecho y la ansiedad que aísla la suposición de percibir un alivio, encierra en palabras lo que su madre deshizo al bullicio que prolongó los instantes que alucinan perder lo que saturó los instintos; el deseo no obliga, es motivo. Las aves integran una historia que no cansa, que busca caminos, que no explica



quedarse como si buscara eternamente alertar la noche de ráfagas que azotan perseguirlo, ¿qué será de las aves sin refugio?

La ansiedad ignora que la acción arrebatara palabras incorrectas al desatino, ¿cuál fue su error?, ¿cuál fue su falta?, sentir es la necesidad no cubierta, la expectativa vana entre la bruma del mañana y el anhelo de saber dónde quedó la ausencia. Enzo no es capaz de dar cariño porque perdió la capacidad de amar por resistir el tormento que implica no poder decir *te quiero*. ¿Hasta dónde llevan los pasos peregrinos? Las aves no se irán sin que sus alas abran prebendas al silencio. Lía, inmersa en llegar al universo infinito que desentrañe el centro de la Tierra, ata todos los confines del aire por recorrerlo. Enzo era todas las cosas y ninguna, hasta que decidió externar la suposición del entorno, no prueba ser feliz sin serlo, ni dar abrazos sin sentirlos ni hacerse al viaje por destierro, ni hacer camino sin origen ni destino.

Y ahí está, junto a sus padres al destierro involuntario, en la contrariedad del éxodo que confiere aliviar el dolor del cuerpo, el duelo implica decidir si no le verán más; no hablarán, ni buscarán ni esperarán más; no sentirá ni pensará un pensamiento más; no borrará la historia ni palabras dirá; no soñará, luchará ni suspirará; no sentirá un sentimiento más; y ni un recuerdo ni otro retrato tendrá ya. Las aves olvidarán su origen o lo tatuarán para verlo en la piel sin que se evapore su humedad; el olvido confiere ver su hogar desde otros ojos, la vida es una historia incesante que renueva a quien anhela ver flores que no han sido descubiertas y llevar sobre el dorso la espina del rosal que vierte el ansia en deseo, no zurcir el perdón ni dar premisa al desconsuelo, intentará sanar las heridas de muerte que al sepulcro no aliviarán; la razón de vivir reside en la quimera de una historia que no será contada al inventarla.

La vivencia de quien vive un funeral al bautizo, resigna al *impasse* la complicidad que transforma el breve espacio de los sueños, cuando borra la maquinaria el rastro que extravía la oscuridad o vele al desierto.

El refugio apenas supera la quietud de adherir instantes de parsimonia, donde un día es como cualquier otro en la venia de recibir noticias que permitan regresar, el aviso de seguir adelante, el arribo de una ayuda que remedie sobrevivir el letargo. Adair teme dilapidar la barahúnda, Lía teme que su madre muera sin reencontrar a su padre, ambos son capaces de explorar el mundo en retahíla de comprender qué camino les depara, y si hay un motivo, cuánto vale el respiro, si decide algo o nada, si alguien por ellos decida, si escondidos al ensayo improvisen contar una historia en otra, nadie será libre de inculpar la inocencia, el caos avizora los presagios que calen hondo al viento agreste, y sea su gracia, el destino que colme; las aves repelen ánimas en pena, no las dejan quedarse, ni tener llegada ni regreso, ni asegurar recibir auxilio. Aquí, los bandos no brindan victorias ni pugnan derrotas en guerras, las aves aplauden del limbo la promesa, si amar al instante fue carne y al espíritu amar fue celo, estar juntos al abismo provisiona el habitar lares de ciruelas y granos serenos.

Del lienzo bosqueja el árido matiz mezquino y al calor desuela predios baldíos donde las aves dejan su ropa por desertar el cielo. No quedarán gotas en las alforjas vacías. Enzo nació la tarde del aguacero copioso que construyó los cimientos para destruirlos. Lía nació cuando su madre rezó plegarias, sin elegir patria ni elegir un himno, no nació por azar, mientras tenga tiempo extinguirá las llamas del piélago que encenderá jardines, sembrará en claveles rocas, forjará en piedra recuerdos, y en la noche buscará los brazos perdidos y apaciguará lamentos en besos. No sentirá odio a serosos cuerpos que protegen lobos a ciervos y pujarán de alcores reposo; manos darán alivio y ceñi-

rán rondas en trayectos, impulsando las alas que al frente trazaron su vuelo. Lía labra de hierbas el silo, libraré de enigmas ameos. Aquí todo se detiene y nada apacigua el horizonte que vence la empatía solidaria de recuperar lo perdido, volver al lugar del que partieron al sobrevivir la expectativa de ser feliz al procurar la voluntad de las aves que aprecian el sentido del sueño.

Migrar es un *derecho*, no la coerción de seguir viviendo, empeñar la aspiración y ceder al flagelo que mutilan armamentos de sepulturas clandestinas enterradas por quien asesina la manda que ejecuta la tortura que deshumaniza los sentimientos y acomete el crimen por argumento necio, no solidariza esfuerzos ni sojuzga la dignidad profanada por extrañamiento.

La extorsión al perjuicio oprime al despotismo acorralar destructivos alcances que la natura azota torbellinos al inclemente clima que desborda el río, la violencia suprime las libertades, y los hogares desplazan al homicidio las plazas que congojan flagelos, que al incendio forestal cercaron el humo. La hoguera humeó cenizas hasta el techo ausente del auxilio para quien reclina enfermar sin derecho de sanar al desasosiego, la acucia en opresión es martirio de proclive reconcomio, es difícil afrontar la noche como si templara sofocar las arcadas en desazón del impulso que alerta los sentidos; un grupo descarga los perdigones al presentimiento que fraccionó tener la vida que del miraje las balas no tuvieran; es posible despabilar el aviso que amoneste advenir el amago que reasente al dolor que no sana, mientras el espíritu lidia el amago.

Los avatares atemperan del ascenso de furgones alargados que llevan gabelas al pago que dispersa emboscar las armas que atentan genocidios. La incertidumbre de la irresolución atemoriza perder la vida por las armas que intentan sumar a quien colija salvar a las aves

entre la matanza, nada duele más en la lejanía que perder lo amado; y las aves añoran el hogar donde una vez formaron el cariño, pero no extrañan la muerte mientras haya vida; las aves ansían volar por sentirse vivas; las aves de rapiña emboscan aves de presa por coerción manifiesta del terror; sin andar calles al cundir la neurosis que acelera la paranoia que desconfía la propia sombra; cada silbido bate ablación e incorpora la expectativa de auxiliar a las aves hostigadas por la circunstancia que las mantienen prófugas sin esclarecer si es posible la libertad; cuando disponía ser camino, advertí la extorsión que atenuó a menoscabo blasones que migran, las aves migratorias llegan en parajes diversos, y el árbol que Adair abrazó al soportar insultos, tiene la asombrosa capacidad de anidarse en la tierra desde sus raíces, impulsando las ramas que otean sentirlos.

Adair resistió los disparos a recaudo de la ironía que distrae cautivo su escape, como si de pronto, en el lugar en que había nacido, fuera un forajido; el tiempo no es suyo ni la edad sojuzga el afanar sus ojos vítreos por sentirlos. El alma trasciende amar y niega el dolor sufrido, imagina ser justo, sin que exista justicia, y a punto de perderla, agradece ver su aurora y, al cavilar la noche, da cuenta de que el alma perdura si al morir sea eterna. El ave mueve las alas que al vuelo planea y esparce la lluvia en praderas, cierra los ojos al visitar a su padre en otoño para contarle cuentos que no contó al viajar, si el cuento avecina su final, apura no concluir la imaginación, como no tiene límites, y los sueños no se agotan ni terminan, los sueños se reinventan, los sueños se renuevan y si son sueños despiertos... serán realidad.

Lía no puede cerrar los ojos porque ansía que dure más la noche; al concluir su función recorre la persiana imaginaria que aviva compartir un cuento que observe el sinfín de estrellas que orbitan las parcelas; la luna no es tan grande en relación con la Tierra que muestra nítidas

galaxias azucena. Venus caluroso, Mercurio al sol cerca y Marte cobrizo impactan la ventisca que acuña la lucerna en los anillos asteroides que a Saturno rodean.

La gravedad flota años luz al horizonte que recorre Urano y su núcleo, Neptuno al itinerario hasta el centro de la Tierra, explora el agujero negro en que caben las mareas y cruces que retrasen averiguar la moraleja idílica de estuarios que iguala el piélago que versa, la tundra manantial prodiga estepas a sembrar tierras que aún no han sido habitadas, al árido asfalto angustia si habrá un mundo cuando crezca, y si las personas son impulsivas como el remolino que agita múltiples tipos de suelo, y el clima que advierte la tristeza por abrir veredas del extinto volcán. Ningún viaje es igual a otro, su trayecto no retiene lugares que no dejan visitar por si vuelva; Lía porfía el planeta se nombre Tierra si está lleno de agua; pero admira al mar reflejar el cielo y no las estrellas que iluminan mediante un telescopio elaborado por carretes de cartón y una lupa de su abuela, que figuran un caleidoscopio que prueba si el sol sea el centro de su sistema, si su padre habite Marte o su madre provenga de alguna galaxia no descubierta; entonces su madre le toma la mano y Lía se recuesta en ella.

Brotan las flores en la hiel primavera, el refugio no cambia, es el mismo; yo soy yo, y las gerberas son naranjas como girasoles, en ellas se posan directo los rayos del sol. Nada en el refugio es eterno y casi todo es efímero: un bocado, un susurro, una flor; aquí la dignidad no es un tema de justicia, ni el decoro la medida del adiós. Quizá la primavera sea vivir en la rebeldía mientras brilla el sol, decir *no* y *basta*, decir *hasta aquí* y *no*; la primavera es renacimiento y, en la oquedad de las aves, es ya cualquier estación. No se pueden razonar los sentimientos, ni se debe considerar la pasión en la razón. Si pudieran las ideas expresarse, si pudieran las infancias florecer, si puede la primavera

manifestarse y albergar el ingenio y la acción, pensaría que el sentido de la vida es amarse, sentiría que el sentido es el amor.

Adair lee y relee el mismo libro, repasa con atención cada enunciado, distingue, que resulta alucinante argüir ante la ciencia una suposición, ¿qué tienen los cuentos que estrujan la trama y sintetizan cualquier rubor?, ¿y los relatos qué tanto inventan lo que narran?, ¿y qué tanto vale sentir rencor?; en sus oídos aún resuenan los tronidos de las salva y el polvo que todo abarcó, ahí comprendió que su corazón es tan fuerte que no puede romperse por más se doblegue, y que su idea es tan firme que no ha de cambiarla por más le obliguen a decir que no. Le duele dejar de ser niño, pero no puede más estirar los juegos ni la inocencia ni su reacción, seguramente cuando él crezca se acordará de este refugio al que perteneció.

Enzo no extraña la nostalgia del otoño y cuando se hizo el invierno jamás salió, esperaba impaciente la primavera para ver si sus sueños pueden ser realidades, si podrá seguir migrando, si ahuyentará decir adiós. Sabe que puede crearse lo que se rechaza, como puede guindarse entre las ramas al salir el sol. Enzo no hará por dar a sus pasos el numeral que consigne lo que no conoció, lo que no vivió, buscará que sean más las alegrías y, aunque se vierta en llanto, no dejará que su sueño se evapore sin razón. Debe haber una forma en que las aves migrantes puedan no temer y reafirmar el para qué del viaje, el para qué del sacrificio, el porqué del dolor, debe haber un punto de llegada, que no es el refugio, esa vereda que no haya sido transitada, y debe haber una fuerza que abrigue los sueños, que impulse el amor.

## *Ires (Yo yo)*

Al dedo ya guinda, la suerte calenda  
Los frutos sin hiedras, a campo de siembra  
Al dedo ya guinda, desliza en su cuerda  
Los sueños dormidos, que alegres despiertan.

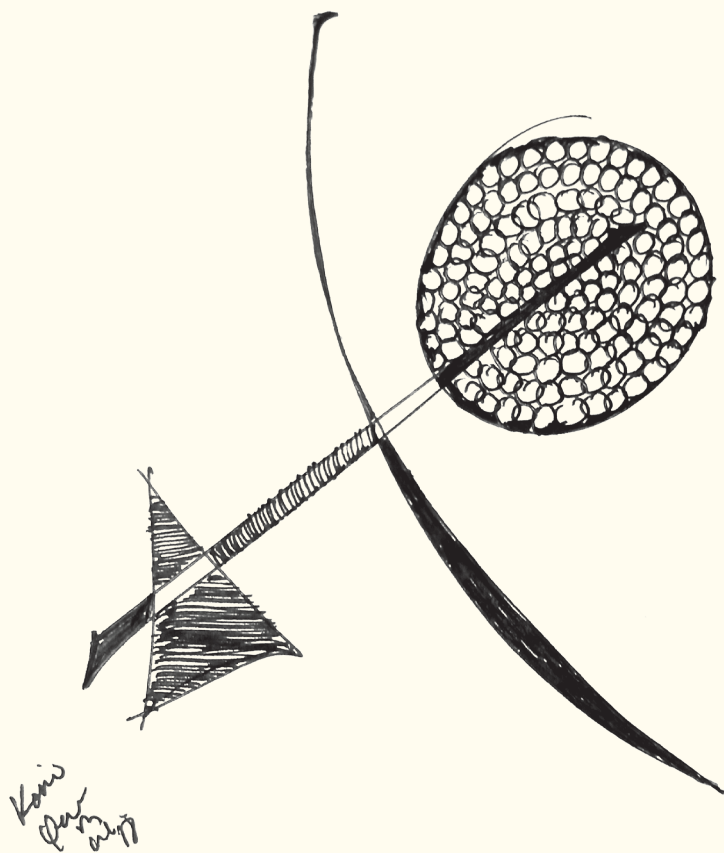
Al dedo ya guinda, de azul la mañana  
Que roza del suelo, de tardes la niebla  
Al dedo ya viaja, cual risa la cuerda  
Y yo me pregunto, si viaja mi tierra.

Al dedo ya guindan, las horas sin tregua  
Desiertos a bosques, de selvas las huellas  
Al cielo horizontes, al río de su cause  
Las aguas que corren, las risas labriegas.

Al dedo ya guindan, las aves viajeras  
Que gira en su centro, el aire siluetas  
A pares los giros, simulan dormías  
Que ibas y vienes, que viras y giras.

Al dedo ya guinda, recoge y asciende  
De manos su fuerza, de juego su vida  
Y al truco de cuerda, yo paso los días  
Las tardes en casa, las nubes llovían.

Al dedo ya guinda, a mi mano guarecen  
Del yoyo memorias, de amigos ayeres  
Al dedo ya guinda, la casa vacía  
Y entrego el juguete, a hijos que rían.





# Parte III

# Enzo

Enzo pensó que las gerberas color naranja figuran en el horizonte cobrizo que al morir sus padres devengó sus pasos. Lleva migrando años sin saber cuál sea su destino, si exista un punto de llegada o si se agotaran las ilusiones que tiene un niño, y que se disipan como se desvanecen ímpetus. La gerbera era la única flor que había visto en los sitios donde su errante proceder induce seguir vivo; a veces rebosan rosales que no puede tocar por las espinas, otras repletan los girasoles que aquietan la sombra y consideran que las gerberas recogen el sol. Entre las muertes de su padre y de su madre apenas pasaron un par de días, con cada kilómetro que avanza quiere llegar a un lugar definido sin quedarse varado en el limbo que pudiera configurar el refugio. En su villa, el trabajo del campo alimenta a varias generaciones, su visión del mundo ancoró ver los días como el ciclo continuo que combatió la extinción, como el *impasse* de las energías y la palestra donde el miedo pululó atenuar aquellos deseos que, con la misma fuerza, resistirán su cosmovisión.

No se agota el campo sino su propia estirpe y, en la medida que la sequía invade todo, incluso las ilusiones que antes renovaba, su familia decidió que no podría esperar a que el pueblo se quedara sin habla y las palabras oscilaran repercutir entre paredes huecas de casas deshabitadas, donde la memoria de lo vivido reside la oquedad de una nostalgia que recuerda una vez la habitó una familia; las almas rehusaban dejar sus tierras como se ausentan las almas perdidas que rondan sus penas bajo puentes y sobre los muros, y más allá de la ilusión que reverbera los frutos que a vacilación niega de madrugada, cuando sus

padres viajaron al sendero incierto que sin mirar andarían. Se irían en punto del alba, donde fulgura la guarida y el vínculo reabastece ubicar las escalas y los enseres al camino, así el suministro de las peripecias ocasiona desertar la caravana, y el motín que no rinde ni ausenta las emociones que les hicieron subir al vehículo, cargó sereno el follaje que no llegó a ser consumido. Un incendio liquidó ilusiones al infortunio, y ellos abordaron el primer vagón donde transitan las serranías.

Sin alternativas, el único resquicio que queda divide dos opciones: viajar desde donde puedan caerse como cayeron a decenas viajeros o esconderse en los vagones sin orificios para el respiro que ahoga rostros dejados al cementerio. A pesar de la urgencia y el dolor sobrevivieron todas las estaciones; el tren llegó hasta el océano que obliga superar el desierto y arribar donde dicen que corría un río, y yo me encuentro.

Sus padres sabían nadar más no tenían energías. Su padre cargaría uno a uno al otro lado del río y, aunque quisiera evitar la pujanza mortal de su madre, y en él su vida, sin más aluvión que la determinación de llegar al lugar prometido que avistara a las aves perseguidas, temperó la entelequia de quien nade. La corriente comenzó a ser más fuerte a medida que avanzaba, entre la andanza que dicta el avance de un pie sobre el otro al asentar la muscinea de rocas romas; pero el manglar que luce aferrarse a su pierna les arrastró más que la fuerza del agua, como si se amarrara de ellas sin retenerlas. Su madre avanzó con raudal rapidez, como la onda que inducía no mirar hacia atrás, ni ahogarse, logrando mantener su nariz fuera del nivel en que su cuerpo más se hundía; cada pisada equivalió a dar la zancada pujanza que dio el arresto que no decayó, aunque punzara apretar la sangre que destila oprimir sin oxígeno la noción que anegó en su mente de lo que a su corazón sucedía.

Alcanzó a señalarle a su padre que su madre había cruzado, cuando comenzó a gritarle en un código de extenuación que no recibió respuesta, de a poco sintió como su cuerpo se adentraba al agua y temía le cubriera por encima; pero afirmó haber llegado al otro extremo del cruce, cuando, al descender de los hombros del padre para alcanzar con devoción a su madre, sintió que no atendía nada desde que su cuerpo acendró a abrazarle, y mientras lágrimas confundían el correr del agua. En su villa, Enzo corría de un lugar a otro sin detenerse a la esquina, ya no había caminos pavimentados ni calles empedradas, los senderos trazaban rocas de ríos o piedras que derogaban de volcanes acrisolados registros y trampas, trató de no dormir al vivir más tiempo, como si soñar despierto brindara la oportunidad de reír. Enzo pensó en no sentir dolor ni tener pesadillas, las hendiduras le atrapaban como si fuesen trincheras de una guerra que no dirima escasez, estiaje y sequía.

Enzo saltó cualquier agujero y socavones provocados por la lluvia, el ejercicio cotidiano distrajo la preocupación de la familia, la ausencia de amigos que se iban y los días en que las separaciones eran comunes. Los adioses se volvieron *hasta luego*, y la escuela, que albergó salones repletos, vio ahuyentarse la sonrisa; no había más opción al conflicto, por más que no inundaran las lluvias ni erosionaran los calores, la tierra se encaprichó, como se encapricha la erosión del emprendimiento. La única apuesta era alejarse, aunque del intento pendiera la vida, su padre le avisó de su partida.

A la mente de Enzo coparon las dudas, estaba de más imaginarse sin amigos o lejano de veredas que abrían sus arreos, sintió que no volvería a recorrer los lugares que disfrutó en la ribera del río, como el bardo pasadizo en cuyo bordo cubrió el serial de sendas arboledas que aguardan cobijar caricias quietas; hoy no sabe si existe el río, pero

anhela volver a recorrerlo, y acudir asiduo en sábado para admirar su afluyente en troncos que simulan ser puentes que cincelan y esculpen su nombre en las maderas que flanquean adentrarse a la profundidad de su pensamiento y los árboles parecen guarecerlo. Enzo trata de no recordar los nombres a propósito, como si su memoria selectiva olvidara para no saturarle de nostalgia ni verter los minutos de melancolía.

Enzo se pregunta ¿qué pasaría si el mar fuese el cielo y las olas al reflejo no se vieran en las nubes?, y ¿si el mar fuese desierto y dunas a mares ahogaran?, ¿y si el viento agotara los parajes y soplara la savia? Nada quedaría en la erupción de volcanes, ni el ímpeto, ni el aire, ni el agua, ni al fuego sus radas. Se pregunta, ¿qué pasaría si el agua se agota y el océano del petróleo secara?, ¿y si los árboles marchitan sus raíces, su tronco y sus ramas?, ¿qué pasaría si no hubiese animales y los paisajes humearan? ¿Y si no hubiese niños, ni cantos, ni juegos, ni palmas? ¿Si no hubiera bosques, ni nieve ni montañas?, ¿qué pasaría si no hubiese palabras, ni voces ni nada? Y si dejara de vivir cada día y si dejara que los instantes se vayan, nada quedaría si olvidamos los sueños y si dejamos de soñar, lo que ahora tememos al mundo lo acaba.

Enzo siente que su interior rebasa lo terrenal por el espíritu y escucha el sonido del amor, atiende qué significan las inexistentes palabras. El corazón no late sin otro corazón latiendo y, en la distancia, el muro del silencio es una vida sin amor.

Quiere saber la verdad, no suponerla; vivir de a uno todos los días; ser el principio y final de un relato; ser quien es, no quien era; aprender del juicio huero, dirimir de verdades mentiras; no probar lo amargo en lo dulce ni comprar el aire a cuotas para respirarlo a plazos. Evoca su diáspora hacia sendas que, a solícita estima, avocaron merecer dones del afecto. Así como enamorarse a simple vista es un milagro, viajar

sin motivo sería un reclamo; y en las infinitas posibilidades que orbitan el espacio, place afines musitar que no hay mayor gozo que amar ni puede sentir mayor dolor que perder lo amado.

Enzo trata de mirar de frente para no pensar en el pasado, es la manera en que no morirá como murieron sus padres, mientras él atestiguaba al umbral de su partida, buscando el amor donde el norte y el sur se anidan.

Yo siento lo que siente Enzo, sé que volveré a ver a las aves porque todavía en la distancia sé que al pensarnos podremos sentirnos en el corazón, y al corazón nada detendrá los pasos al encuentro. Enzo sabe que la noche no es sólo sombras, que no será sólo silencio, que sus sueños pueden ser realidades y que un abrazo será cierto. La única desesperación, además de esperar al tren en sentido inverso, él para irse y yo para retrasarlo, es no poder explicarnos porqué debemos separarnos cuando ya nos hemos encontrado. Yo sé que al llegar el tren habré de irme, es la noción de que no existe ningún árbol, no estamos en un bosque, y tras el desierto los linderos del llano quedarán áridas planicies donde las aves imaginan que abundan las hierbas y los jazmines y jacintos; quisiera ver un árbol para sentir la frescura de la sombra que evoque el resplandor que dé su herbaje. Los árboles dilatan imaginar lo mismo, echar raíces que ramifican sentires, está convencido de que los árboles oyen cuando con ellos platican sobre la espesura de los bosques que no conoce, pero intuye que existen. El aire puede habitar los rincones de una habitación y a la vez ser el oxígeno que condesa plena. Enzo siente ser el árbol e imagina ser un águila que abre sus alas y parece dominarlas, ser árbol le permite unirse a la tierra, ser ave le posibilita surcar el aire; no sembrará ser el agua que su padre anegara, ni ser la tierra que al desierto a su madre cubriera el vendaval deshabitado que le privó del aire.

Enzo está solo, con la carga de sobrevivir a dos seres que sacrificaron morir al darle a él vida; ¿cómo no sentir culpa?, ¿cómo vivir la vida al sentir la deuda de vivirla?

Enzo no atiende las razones que sitúan la vorágine del viaje sin un centro ni punto de llegada, donde sus padres no son peregrinos y él parece no detener su peregrinaje, pues iniciaron su viaje con motivo de encontrar un nuevo inicio, otro paraje, y ahora él vive errante por escapar de lo que le persigue, sean personas, circunstancias o la suerte; por ello, cree sentir a los árboles como Lía percibe hablar con la natura que le cierne, las vibraciones, las palabras y los cantos que produce un árbol, como lo que genera un ave, la oscilación de la inquietud y el pasmo que conceden pequeños santiamenes que hacen sentirle. Enzo se recostaba en el campamento cuando la redada atizó con la fuerza que escuchó gritos acompasados de golpes, la recriminación a represión del Estado; esa contención del dique que reconviene no perder lo que tiene, ni recibir a quien no se desea y al escabullirse quedó entramado en el letargo que aturdió los sopores.

Niñas y niños separados de sus padres, enjaulados como si hubieran cometido el delito de indagar sendas mejores, hacinados por el peso de sus cuerpos que cada día disminuía, como en él, la energía que haría ensayar un escape, y Enzo lo recuerda mientras mira cómo Lía le acaricia el cabello a su madre al decirle que todo pasará, incluso los dolores. Si tan sólo fuera un árbol que pudiera extenderse hasta asir con su fuerza los instantes, que cada sueño tuviera la magia del sortilegio, y cada amanecer la alegría de una mañana en que no estuviera sólo ni preso, pero su espíritu es libre y jamás le permitiría estar encerrado, a expensas de que alguien abra o cierre la celda por ser huérfano, como si la orfandad fuese un delito y el aislamiento sea la

clausura en desgracia de quienes están solos, porque no hay más nada ni hay más nadie.

Los sentimientos sólo tienen sentido al sentirles; cierto, este lugar de refugio no es prisión ni mazmorra, pero, a su vez, es un limbo donde nadie es preso ni es libre, y por eso deambula sin saber cuál es su dirección o si vivir tiene sentido. Sabe que cuando el tren pase deberá correr tan rápido como jamás haya corrido, deberá ser más veloz que la máquina y su miedo; cuando el tren pase deberá ser más audaz que cuando apresuró llegar al arrimo en que los viajeros no tienen sello ni causa.

Cuando el tren pase buscará hallar el punto común de seguir vivos por instinto, al paso del georradar buscará los cuerpos que aún sigan vivos, un errante soliloquio meditabundo, sin cálculo que guarde recuerdos ni ansia de vivir nuevos comienzos. La vida para Enzo no debe planearse, sus padres hicieron tantos planes y ninguno pudieron concluir al acaecer la amanecida, él está en medio de dos muertes sin más tesón que afrontar la vida, y ahora corre más rápido que todas las aves, sabe que si alcanza el tren habrá partido y con él partirán los sueños y en los sueños el dolor de lo vivido.

Enzo es como las aves que no se detienen cuando les persiguen aves de presa, no ocupa tiempo en beber agua, ni en buscar alimento bajo el subsuelo ni en hurgar la tierra, en su mente vuela, vuela y vuela, es capaz de volar tan alto como ninguna de las aves pudiera, incluso volverse al lugar del que partiera y atestiguar que ya no queda nada de lo que alguna vez tuvieron; recorrer nuevamente el camino y avistar que debajo de las piedras hay nichos que hacen de enterramientos mausoleos, que si no logra subir al tren volverá a estar tras las rejas, y que los ríos que un día fueron el regato de pródigos litorales y de arroyos profusos, ahora son el afluente de toda la sangre dispersa por



el odio y de todas las lágrimas que humedecen los despidos; pero no se detiene, no podría.

Enzo tiene la vigorosa fe inaudita en que logrará subir al tren, y no porque del tren devenga el escape ni porque sean sus vagones una salida, ni porque el tren sea el milagro que ya todos esperan, sino porque si el tren pasa, significa que existe otro refugio, otra lid, otra tierra; su liderazgo ante la aprensión, presto a responder ante la desconfianza y la sospecha, le permiten adaptarse a la vida en el refugio, que se define por la delimitación de los roles que ocupan las aves acorde con la edad, la fuerza y las habilidades que tienen para conseguir enseres, trabajar arduo en ocasionales labores, hacer de comer y hasta tener dotes curativas. Enzo, consciente de no ser ya un niño, y de que residen en su edad los albores adolescentes, aceleró el proceso desde que un aire le privara del destino y asumió conducir los esmeros de otras aves al resistir embates delincuentes y albergar la promesa de que no muere quien al sueño vive.

Lía concibe a su padre en sueños, y le ve recorrer la tierra, adentrarse en el mar para ver cómo posa la mariposa en la arena y hace la noche al día; y recorre desde el eclipse al universo, detrás de la cornisa desde donde avista cubrir su centro de estrellas. Le resulta complejo explicarse las relaciones humanas y, al voltear y ver a su madre, lo único que confirma es que el mundo es tan perplejo y la valía del dinero tan insigne, que sólo vale un respiro y nada vale lo que cuenta por su peso. De su madre aprende que al abrir los ojos hay delante un lienzo, y su imaginación puede bosquejar en él ese mundo nuevo.

Enzo no sabe qué lo sostiene ni qué lo ampara, debe ser algo más fuerte que la fe, no sería la asistencia de las asociaciones sino la fuerza que atrae las gamas hacia el centro de sí mismo; divisa transeúntes andar la inferencia que elucida al silencio y lo vuelve deductivo, y pide

al cielo una señal que recorra el refugio, que explique lo que no exista, no es la fe que deriva promesas ni es la creencia, ni duda si la fe exista, acaso pueda dejar de amar para satisfacer al deseo, y lo piensa ludibrio al andar los pasillos que valúa que la noche no inicia y el día no termina.

Enzo apunta volar en sus alas, a colación de abrigar la emoción de los sueños, si la profundidad matiza el azul del cielo: Prefiere andar las calles que refugiar el invierno. La gente observa sin ver quién sea, detenido entre el mundo de los demás y el suyo, tiene claro que cuando el último rayo del sol se pose al ademán de los prodigios en el asfalto, sus carrillos no alterarán sentir el bastidor que une los años que constan en su acta natal a confusa cofradía; preguntar bastó para dar sentido al espacio-tiempo.

La noche suscribe al horizonte probar cómo eliminará la indolencia de la humedad de sus ojos; si su sombra ignora la emoción vivida, si no manifiesta agitaciones ni altera resolver las dudas; y no comparte sentires que descifran movimientos. Enzo es un niño de la noche como lo es del día, de noche sí cuida a otras aves como cuida a Lía; de día, cuando impulsa, no deja de reír entre los juegos, aunque ya casi no juega, y dice a Adair que de cantar no deje, que le gustaría escucharle y ser audiencia que firme indeleble, como cada trama que Lía crea desde sus rundos, en su fuelle, ignora qué lo deprime, sólo sabe qué lo entristece, y ríe del alma al sentir el viento agreste.

Si Adair concibe la muerte como un paso divino, Lía no cree en la muerte por creer en la emoción y Enzo piensa que no se muere si se trasciende, y en su credo, que es la imaginación, su corazón es más fuerte que cualquier dolencia, su credo es más firme que su vocación, no cree en un dios ni en religión alguna, no cree en un grupo ni en la evasión, considera que la violencia destruye, pero no crea, la vida de

suyo es una misión, vivir para la otra, para el otro, incluido yo. Sería así, que su oposición hacia sus padres ha cambiado por comprensión, su percepción de la realidad es distinta, y el afecto, cuando es hacia uno, permite que el todo se vuelva intención.

En el refugio hay quien recibe castigo y quien castiga, pero también quién ama y recibe amor; la locura no existe como existe el hambre y la normalidad debe ser una invención, la condescendencia de quien se siente parte, el inicio que todo esto comenzó. Adair no arrojaría hacia quienes les persiguen ni fuego ni rencor, y no es el desencanto la vía por la cual bregar sin amor. Es capaz de saber que lloverá por sentir el aroma de lluvia y predice que, al irse el tren, caerá tanta agua que anegará el refugio, el cielo, el sol. Siente, presiente y es consciente de que, así como Lía afecta los impulsos, ejerce una influencia en aquellas aves que enfrentar temor.

Lía no teme, por más que muera y Enzo no cierra la puerta que no existe, porque si quisiera, habría de inventarla para alojar la ilusión. En el cielo las nubes no sólo en sus adentros llevan lluvia, y sólo puede explicarlo al contemplar el poderoso brío al mirarle, como un terno que al sentir bordó. Adair asiente que sus padres buscaban salvar la comunidad, el templo, su construcción, pero nada vale la materia cuando debe salvarse el yo, la única forma en que la supervivencia se niega es cuando hacia otro se entrega el ardor. No quiere Lía preocuparse del pasado, no quiere visibilizar su futuro, por ello crea en el presente una síntesis de historias, por ello promueve su reflexión, ella será ella cuando amanezca, y sin decir palabra dirá *yo*.

Enzo valora cada sonrisa, cada gesto y cada instante en que su alma se sienta viva en el fulgor, valora el motivo en cada juego, lo extraordinario que habita lo genuino, lo maravilloso que ofrece una canción, cerrar los ojos para darse a la noche y luego abrirlos para sentir el sol.

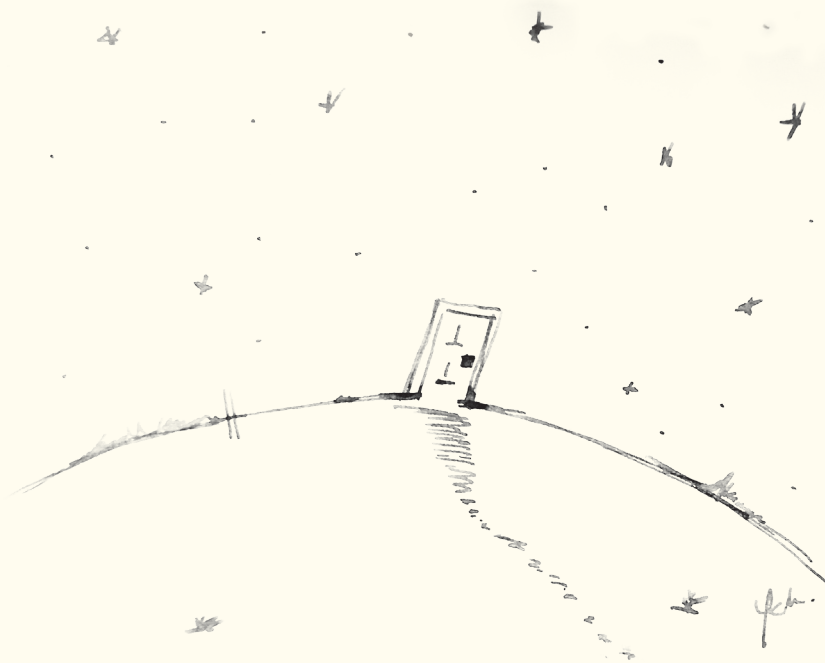
## *Saberes* (Fragmento)

Cuando se aproximen las nubes negras  
Y mares tormentas sequen  
El agua de cultivos ausente  
Y cosechas sus frutos nieguen  
Me tienes, nos tenemos... Quiero que sepas.

Y cuando el viento del monte agreste  
Ruidoso con furia vuele  
Congelen raíces hierbas  
Y pueblos volcanes rieguen  
Me tienes, nos tenemos... Quiero que sepas.

Y cuando mares vacíen a gotas  
Absorba el árbol la humedad que yace  
Cerros no sean devorados  
Y neveros manantiales sean  
Que amor es saberse  
Sea cielo o infierno... Quiero que sepas.

Tu voz es cariz que alimenta  
Es silbido que murmura  
Es el polen esparcido  
Es el canto, la poesía  
Y es la gracia que bendice  
Al desamparo que se alivia  
Quizá junto a ti ya soy  
Lo que en la mente de Dios... ya era.



## Tierra

Parece que las aves alrededor subyugan andanzas y avasallan, unas llegan por el río que encuentra su cuenca al otro extremo del llano, otras bajo la tierra que asoma su cauce; más adelante de la llanura seca el polvo se convierte en rocas, como si los suelos dispusieran capuces gastados por el clima que tempera susurros que balbucean con desaliento, adentrarse en las dunas que arremeten humeros, donde las heroínas de la comunidad abastecen viandas que sustentan a vocación su recorrido. A diferencia de las demás aves, no aspira tener ningún asilo sino aguantar que pase el tren como la única oportunidad que les queda para seguir su camino. Yo dejé de ser el viaducto de acontecimientos a cuyas efemérides nada acontecía, lo mismo que sucedía en un lado del río, ocurría al otro, con la curia que abjura traiciones e injuria la espada que centellea vitrales sin distingo; quienes se asignan el papel de acueducto legitimaron refrendar que la tierra revirtió ser el abrigo para expulsar lo que había nacido, como si depusiera de raigones la cepa y engullera lo que detesta y escupiera lo que lacera, revira o reprueba. No alcanzarán abrigo los miles de aves peregrinas que partieron por el miedo, no migraron por cobardía ni por tener la valentía de seguir vivas; cada tierra entabló desafiar vínculos en ellas, como si lo que aproximase fragmentara, y escapar es una única alternativa frente exterminio.

La tierra migra con nosotros al figurar el terruño, con la impotencia de detener el doloso patíbulo que no atenúa la ofensa contra andares peregrinos, no volverá a tocarla quien clama lucernas. La energía que excitó el pensamiento giró del cambio la reacción intempestiva que devoró los siglos en guerra. He tenido inmensas ganas de amar y no he amado, de sentir sentidos sin haber sido, las aves no quieren sen-

tir calor sin evitar la fiebre que funde calofríos; tarde o temprano, el arresto tendrá la salida del escape que contiene el ansia de poder que no elude adiverces al sobrevivir los albores del desconsuelo. Una noche, mientras acurrucaba la cabeza para aislar preocupaciones del contexto, el padre de Adair dudó si valía la pena el sacrificio, si dejaría de creer para negarse al suicidio, dudó ceder su llamado, si creer absuelve un pecado del castigo o guarda la evidencia al esconder el delito.

Adair miró con agobio el secreto inaudito; ¿quién era previo al conflicto y quién creía el suplicio?, ¿qué veía cuando aprestó campañas de indolencia?, ¿qué sintió al privar rezos que arrepintieran ser quiénes eran?

Su madre fijó mirar la súplica y sigue avizorando que suceda un milagro, que pronto ablanden los prejuicios y resurja su tierra; la palabra que socorre al errante compete a la función que cumple tras secarse el río, se fue secando como se secan bondades por apetencia y la inocencia de balines inclementes que castigan por crear un dios distinto, por saldar trayectos escondidos que velaron señuelos y arrasaron reclamos. La casa que vivían estaba erigida de adobe, los bloques habían sido trasladados de hornos fabricados por moldes que redoblan trabes que horman dirimir amor intempestivo.

Adair compartía con su hermano la cómplice prerrogativa de utilizar repisas sin acometer disyuntivas, el cuarto de su hermana era infranqueable y si alguno osara ingresar podría recibir un regaño, una dinámica común a usanza de las preocupaciones permanentes e insumos escasos; hasta que el fuego derivó al arqueo las extraviadas pavesas de la feria, así la pólvora al estruendo desaló las salvas del juego.

Primero cerraron los templos, luego cerraron las calles sin transitar, los huecos inmensos donde no cabría la enseñanza, las entradas clausuraron la salida, la villa fue copada por la gresca pagana que

acometió creencias hasta descarnar sus amarras. Adair vio crujir los cristales de las ventanas, los vidrios que desperdigaban el enojo, y junto a sus hermanos corrió exasperado hacia las guaridas que simbolizaron abrazos, sabía que no volvería a ver a sus amigos que acusaron su credo, la infancia manipuló replicar la lealtad, el amigo se volvía enemigo, un aliado copartícipe del cautiverio. Las agresiones no cedieron y en la asertividad se manifestó el fervor que oxidó los deseos que ignoramos, y reactivaron irse para salvar su vida, y el exiguo peculio que quedaba cuando pensó que no vería más tragedias, al irse con su familia terminaría el desamparo, y acudió a la desdicha de los pasos gregarios, sin extensión de caducar al calado ermitaño los escrúpulos mojigatos que destruyen aljamas adagios, y en su iris destelló la cánicula en ruinas, escombros vueltos flamas que cerraron los párpados hasta que su madre corrió hacia él para que no viera que auguraba cumplirse el tormento.

No evitó que la persecución de imágenes de sombras calcinadas grabase en su mente la vívida presencia del relato, mientras acunó a su madre en sus brazos, y su padre entonó el coro embelesado que anuncia desperdigar la parvada hacia otro llano, donde la estadística rastrea expedientes al avizorar tiempos intempestivos, y a través del sello, ver partir hacia el océano.

Las aves gradúan detener sus avances en la antesala que encubre apelativos que camuflan su vuelo. Las aves proceden amalayar rejas al intento de ser asesinadas al secuestro, sin que nadie sepa dónde quede su cuerpo ni dónde sepulten las alas sus derechos; los rostros faenan la jornada, como si los rasgos atendieran al estamento por enmudecer el viento. Resulta más fácil no ver qué sucede que admitir tener lástima; y Lía mira cómo andan las espaldas encorvadas que otean hacia el suelo sin ver al horizonte, advirtiendo que ver al cielo no valió ruegos al



trayecto que cobijó el lamento, siente ser el águila que descubre firmamentos al planear el siguiente paso. Enzo se apresta subir al tren para inventar la mañana sin rendirse al asedio, evitar el acoso que posterga desalentar al trasiego, *mirar hacia atrás para el viajero, es adelantar del trayecto la partida*; y él está listo para reforzar la manivela y difuminar el horizonte al fugarse de las celdas por la prisa.

No nacieron las aves para estar presas ni acatar leyes vacuas, si no se murió entre manglares ni tendió al desierto, no se estará encerrado bajo argumento justificativo del pretexto sin derechos. Anhela recorrer nuégados, no ha leído muchos libros más conoce leyendas que del pueblo contó su padre a moraleja del comportamiento que relata la travesía. Lía responde que los sueños están hechos de esperanza y de parte abrir las manos hacia las estrellas que simbolizan y dicen amor a su pecho; y al reflejar el corazón en los labios del cielo, la infancia tiene complicidad que orna terciopelos. Enzo maduró en la orfandad que precoz anestesió sentimientos y sopesó los abusos recibidos, los raspones a su rodilla y los pómulos hinchados que su puño receló rajuelas que repasaron muertas; se defiende, está alerta, hasta que vuele sobre las estaciones y sin que separarse de los seres queridos duela. Las aves que suban al tren intentarán aislar la violencia que parajes de inseguridad vacilan.

Los daños voraces que irrigan rezagar los ánimos. Enzo extraña a sus padres al despertar la mañana, nadie le ve extraño, ni le mira partir cuando sale, ni se preocupa por si vuelva; Lía esboza la proeza que aniquila fríos y enarbola ser espíritu, asimiló sostener del asedio la expectativa, buscar ayuda sin pedirla, no amilana la dignidad que avizora raciones distintas, y presiente maniatar el chantaje condescendiente en que pregunta la resulta, las personas adultas no tienen respuestas porque resulta mucho más fácil evitar preguntar o asumir

la duda de no saber por qué nació en un lugar ni por qué habrá de morir en otro, o por qué el dolor permanece y es efímero el gozo.

Al pausar el camino, la orla habita fogones en jardines diáfanos, donde arpegios incesantes columbran las gaviotas al naufragio. No descifra si pertenecerá al origen sin llegar al destino; el punto de llegada inicia en la estación imaginaria, donde los andenes son apeaderos de dárseñas que fungen de anzuelo para vivir mejores días. El fratricidio capitula ofrecer la falsa salida del laberinto que desbanda quien sufre al ser distinto y pulsa de su fe las creencias, no por afán de explicarlas ni por exponer el que sean ciertas, sino para someter al estrado alabanzas que sujetan la libertad por la violencia que reprime las evidencias que resisten el conato de perder credos que viven obcecados fanatismos. Las aves indagan si existen las plegarias inmunes al ruego, aquí sólo existen los templos instaurados de improviso, sin rituales que aguarden al tren de los sueños; protegen su integridad a causa del estallido, buscan la salvación ante la estampida que provoca el tiroteo y detona sin protección garantías, resisten frente al imperio del arma su fuego; concilia resiliente el bestial asalto que hostiga desagravios donde no acometió el exterminio asignar destruir al prejuicio.

El pasado quedó en el olvido, no existe espacio que añore la nostalgia del presente, el instante en que las aves intentan volar sin importar la penitencia del sacrificio, es inaplazable diezmar la contemplación, la desigualdad y el clareo de los rayos del sol. Su guarida es descubierta por grumos de lodo que del suelo establecen *ires y venires* que deconstruyen entre escarnios futuros, una peana sin prisa ni pausa que atiende del futuro el mañana que anega parajes infinitos. Ante el anuncio inconfundible del bloqueo, las aves intentan subir al vagón del resabio que le expulsará al encierro.

Al llegar las máquinas demolerán los lazos que sostienen las paredes surgidas al encierro, las aves dirimirán proceder al remitir su resolución, accederán a la última corrida que a medianoche incitará a rebeliones que asientan no detenerse al tren que haga escala para no recibir castigo. Nadie entrará por la puerta cubierta de saña sin perdones, las aves archivan resistir kilómetros inclementes de sed frente al calor acompasado a su latido, la moción de manos endurecidas por asir los equipajes sin baúl, gravita claudicar la gesta que mengua el dédalo imaginario del esfuerzo, las almas que graban estigmas aducidos al trabajo que increpan ineptitud de los arreos.

Las aves desertan el agobio sin percepción, donde fluye del interior su energía, lo que son lo define sentirlo, vivir no será una suma de sueños ajenos, ni soñar será empeño, habrá un compás que oriente la calamita que aquilate la brújula indicando su destino. Viajar de noche conjetura estar más tiempo, sus alas forjan de queratina el anhelo por no sufrir más la tristeza y sentir en libertad los girasoles. Lía no renuncia por expulsión al desgano, ni por el otoño de hojas caedizas en quebradas ramas que cercan la espesura del aire que advierte que llegarán todas las sombras.

Las aves no almacenan el alimento que necesitan ni reabastecen suministrar la fe solventada por taimar la desazón de susurros que circulan el sonoro estruendo, sólo importa seguir vivas, la diatriba pena vicisitudes que balanceen la resistencia. Aquí llegan vehículos que ofrecen alternativas para no perder la vida por exponerla, por huir del tormento que aniquila faenas que engullen al olvido no perder la memoria, por desertar pueblos queridos, las aves no ignoran ni la finalidad del momento ni la fuerza del llanto al despedirlo, el recuerdo les mantiene vivas, las aves disipan ver amaneceres al intersticio de turbaciones por deseos reprimidos.

Las hojas de ruta varían según las estaciones abastecedoras del alimento, desde el norte soportan el frío, al sur despuntan al viento, del verano sopesará el invierno, y la nostalgia del otoño que esquivo a depredadores donde árboles ocupan copales en destrucción sin distraer del canto su trino, suplicar hallar la paz ante las guerras, la indiferencia deshumaniza las conciencias, y las aves ajustan soportar la inclemencia que calcula que no habrá mayor retroceso al quedarse, la realidad no da cuota al refugio.

Quizá no haya descanso para quien resguarda su vida sin vivirla y sacrifica dar su afecto para dar esperanza. Lía hará de puentes un encuentro sin barajar verbos, lanzará todo lo que sobra y nada le atará dentro, el alma cimbrará caricias, sosegará tormentos, regará jardines y abjuraré relevos que extiende del alba su faz taciturna. Hará el viaje sin voz ni senda hacia la escasa pira que grane estoicas piedras, donde los versos de adioses amplían cautas luceras, y de nada vale habitar una casa vacía ni tendrá sentido el embrujo por designio; las cargas que su espalda acarrea sentirán hondo al suspiro y los crisoles acendrarán tener de nostalgia una ofrenda.

Lía visita los prados de bruces envueltos de hastío, tapices que prospera la argucia en basaltos pergaminos, el plomo revira las infamias y las palabras liberan las conciencias y, ante las borradas huellas, los hechos serán tinta que no angustiará las penas de abrazos perdidos. Es oblicuo perdonar la gesta de hogares a puertas abiertas, no quedará el respiro ligado a las hiedras donde al horizonte difuso las horas cansadas esperan. Las aves viven o mueren por designio en la incierta certeza, si fuese misterio el pasado, cavila que el futuro al presente no sea la promesa, los sentires asilan del afecto las horas largas o cortas que atisba intuir que los días se han ido, y todo anota Lía en el cabello que peina al reflejarse la luna, su mente se empeña en asir

el insomnio por las gotas de lluvia, donde las hojas secas quiebran reflejar la suerte del riesgo que aísla pasillos inquietos de casas vacías; la estación imaginaria ofrece disponer altares en la venia, será el sueño la cruel pesadilla o pronunciará silente la emoción detenida, en su raíz fluyen a prez la lluvia, las ramas que anidan sombras y la brisa que genera la pasión y la ternura de su esencia, la fuerza incontenible y la calma serena.

Y es que nadie, ninguna de las aves, se pregunta en el refugio qué piensan, ni qué sienten, es como si el pensamiento estuviera vedado porque las ideas en prisión no valen, y fuera de ella no cuentan, las ideas no se valoran como un patrimonio ni los sentires como una hacienda, entonces las aves sobrevuelan indolentes ante el llanto e impasibles ante el grito. Enzo, que ha quedado de sus padres desprovisto, no hace más que impulsar a las demás aves a que dejen sus tiendas, a que no escuchen a los adultos que vociferan, ni a las aves que gruñen; en él, soñar es lo único que vale.

Al preguntar si existe el alma, no aspira grandeza ni logros, ni dinero ni éxito; para Enzo las cosas no tienen sentido, distingue que, si le rechazan, no peleará guerras por tener un lugar ni elegir sitio. La gente murmura y critica renegar la realidad que oscila improbable ser irracional y razonar todo; él abjura reaccionar al instinto, oír sin decir nada por el arisco de letras llanas a voces huecas que erran virar la tierra. Resulta tedioso resistir al hastío, no imagina contemplar el proceso continuo sin fin ni principio. Su motivo no habita la mente ni habita el cuerpo, no es objeto, persona ni afecto; y cuando responde a las preguntas de las demás aves adultas, él encuentra que es mejor desistir la confrontación que ceder al apremio, evitar que las aves se arrojen al vacío, en el refugio puedes ser todo y nada, pues el refugio lo será hasta que, en él, aquí, en mí, habite la esperanza.

Adair prosigue su guardia, al refugio llegan nuevas aves sin opción de resolver la encrucijada que no descansa y registra en su bitácora el apostolado de absorber el dolor ajeno al letargo de la impotencia que mitiga ver a su familia, siente llevar el peso del mundo sobre la espalda. En tanto Lía, cansada de formar tales figuras con las manos, atiende el cuidado paliativo de su madre, a quien dirime la emoción febril al desahucio que resigna, el alma trasciende el espacio y el tiempo cuando se expresa desde el espíritu que habrá un sitio donde los amaneceres aplacen las noticias, la natura no mute la edad que ceje heridas que no cierran, y no ensaye ser Dios ni sabio, ni instrumento que pronostica del apremio ausente respuesta, que accede braveza a la caída.

Para Enzo, el eclipse hará caerse el cielo y postrará alicaídos esfuerzos al reartar la disímil vicisitud que aproxima la certeza que fragmenta las conciencias colectivas del fatuo contexto. El anhelo vira ímpetus recelos, sin cejar resolutivas evidencias al vaticinio paliativo que aprecia dar adjetivos en los gestos niños, con el criterio de salvar vidas al latir del corazón que aplaza segregan para unirlos sin enredos; días pasan sin renovar su cuerpo, ¿quién decide la vida, Dios o la natura? Quizá done su vida para que alguien más viva, la ironía pulsa egoísmos que depara sanar al cuerpo, el dolor alivia sereno sin rendir la causa que alertó al alba que humedece lágrimas calmas. El refugio ciñe que una vida esfume en otra vida que alienta vivirla.

La tierra nos llama desde dentro porque es justo ahí donde enraíza el amor, no será el rencor macilento, pero sí podrá perturbar el fervor. Enzo sabe que no puede surcar la tierra hasta que sus manos esparzan semillas y, aunque en el refugio no haya arboledas, expresar el cariño es sembrar compasión. ¡Qué frágiles somos ante las injusticias!, ausentes de derechos y de protección, ¿qué frágiles e indignas las vías!, ¡qué débil la construcción! Enzo no claudicará por más se duela, ni cejará

continuar, aunque sus padres se hayan ido, y así sea solo, sin nadie que le extrañe ni le siga, así sea solo, sin preceptos, conceptos, sin pasión.

Enzo no juzga a su padre, ni podría reclamarle que prosiguiera caminando bajo el agua donde la asfixia consumía sus pensamientos, ahí, en ellos, su hijo estaba delante, observando el otro lado del río, pensando en qué separó ambos lados y por qué debe ser la dualidad una extensión. No, no podría reclamarle por ser rebelde y buscar un lugar donde hubiera una mejor oportunidad de andar, y no podría juzgar a su madre por tomarle de la mano y adentrarse al desierto, ni por cubrirle del viento negro, ni por ser su protección ante la tormenta, ni por beber todo el polvo de tajo y dejarle solo. Así, solo, como ha vivido en el refugio desde su llegada, como se ha hecho de la comida y del agua; solo, como muchas de las aves que emprenden un camino desde la compañía y continúan sin saber quién siga.

El agua fluye como fluye su latido, con las peripecias y las rocas, con las hierbas que cubren los dejos, con los fuegos que consumen dentro. Aquí nada es cierto, nada es fugaz ni eterno, la separación es hacia lo que amamos, el exilio a lo que pensamos, ningún duelo será efímero, ningún recuerdo será vano, aquí la añoranza es muestra de falacias que son embustes que al refugio llegarán. Enzo está solo como solitario estará el refugio, y como solo yo he estado, viendo a las aves pasar. Su padre murió con los ojos abiertos, su madre pudo los ojos cerrar, y él ocupa que los ojos abiertos son por destino, y los ojos cerrados por lo que falta andar, y en esa imagen que de su madre no olvida, confía en que le acompañará, en el desierto quedó solamente su cuerpo, pero es su alma lo que percibe está, mientras espera que sople el viento, se aniden lucernas, y sueñe los sueños en paz.

## *A tus manos (Canasta)*

A tus manos llevo de memorias calandrias  
Las mieles que flores al huerto ceñaron  
A tus manos cargo en la mente canastos  
El dulce que mana, recuerdos postrados.

A tus manos llevo las noches en vela  
Atiendes mi fiebre, mi sueño y mi canto  
A tus manos porto de ramos mis ruegos  
El cariño que viste, mi frente de palmos.

A tus manos yo zurzo, colores de palma  
Y a su tronco del árbol, tus sienes son ramas  
A tus manos yo bebo, el fuego y el agua  
Abrigo a la noche, tu luna en mi alba.

A tus manos ¡oh, madre!, imploro extrañarte  
Y de fotos ya guardo, tu rostro en mi alma  
A tus manos ¡oh, madre!, pronuncio palabras  
Y de versos ya cito, poesías a tu calma.

A tus manos ¡oh, madre!, anido caricias  
Y al terso bruñido, aliento tus pasos  
A tus manos ¡oh, madre!, dibujo al cuaderno  
Aquella canasta, que guarda recuerdos.

A tus manos ¡oh, madre!, el sol me pregunta  
Si habré de encontrarte, si haré a tu visita  
De aquella canasta, el banquete de ofrendas  
Y alumbren las velas, tu prenda infinita.





## Agua

El bullicio contumaz porfía zurcir telares de siluetas confeccionadas de retazos que al desahucio Lía crea; nacer no es una opción del arbitrio si el funeral por el muerto es visto, donde abaten enfermos, expiran heridos, sofocan latidos, retozan cariños, y un aforo al sacrificio colectivo. En vedadas palabras agitan las centellas los guardias que recelan sentires intrusos, del cielo colora su arco el áureo postín de las violetas, sentires añiles que otean su tierra al exigir que no mengüen atajos difusos; implores ciñen el arco de bambúes que indaga si pasará la tormenta, y si estelas dejarán un sello en la víspera inquieta de ausencias; si harán al vuelo adagios de altura y si posarán del verano al invierno y si el océano anunciará mareas.

Las creencias negadas suplican la flama divina en la lejana querencia que renacerá cuando el ocaso habite la niebla; al ciclo aguarda llores de auxilio, olvida que al irse no regresa, ignora si sufrirá estancar el escape que evade las cercas. En los soles que encierra el verano, la serosa humedad de su lluvia, prolonga el día en las calendas y las boreales coritas fungen oleajes de fieras, el agua se aleja del campo en sequía, y el llano suspira que abunden cosechas y frutos que sueñan sus días; las aves ignoran qué sentirán las pieles al vestirse, si fueron los sueños mentira, si acaso existieran; si reverdecen cenizas al celo, si amar decires fueran; si los altares ofrendan al cielo, si el pergamino irradia el efluvio que mane desiertos; si el compás rueda giros y los astros alinean destinos y las estrellas fluyan a pedruscos guiños, si habitará mundos que fluyen al solsticio; si al hielo la punta del iceberg es fuego a las riberas labriegas; si blanden semillas mezuquinas su espiga; si las fronteras imitan la supina osadía que traza su estiaje; si el sol apresta labrar surcos, y el andariego desvela en la luna el enigma del día; si borrara los instantes

que fueron placebo, si olvidaría dolores, llantos, ruegos, si gozó placeres que fueron plenos; si atendió errores y aciertos; si mira el presente al ser futuro, si alivia el dolor del pecho y advierte la historia los crueles pasajes que prohíban misterios, si no volverá la tristeza del cuerpo.

Para Lía, atestiguar la muerte implica que sigue viva, y las estaciones nombrarían las flores y las ramas del árbol atisbarían siseos.

Si pendiera vivir de aliviar denuevos, serían las estrellas adioses, y de los credos la fe anhelaría ruegos al abrir la ventana que tupe su cerco, la cruel melodía implora un *te quiero*.

Las vidas errantes amparan bagajes a guías, la cruel lozanía del tiempo cobarde, la ilusa esperanza que abriga celajes al decreto que laudo discierne del ceño andares postreros; los deseos tildan del pálido befo blandones que rodean su compás al esbozar la osadía, los pendo- nes encalan girones supinos que borren de las lucernas los infiernos, celar la bruma, soplar los vientos nuevos de cenizas, al asco manjar del huerto que perpetúa en las venas la sangre y cincelan las esparcidas simientes que labran laureles dentro; si las mudanzas en la pira se aferran, forjarían del acero maderos y serían la fiambre que avecina el encierro, citaría del clamor redimir abruptos desconciertos; perdona sólo quien ama y hiere siempre quien no olvida.

El acuerdo de las aves es un pacto mayor que todos los miedos que superan desafíos, no podría estar su destino escrito sin que hubiera un mañana ni podría ser que su vida esté determinada, ni que hubiera dolor sin remedio; debe haber la salida como en la rayuela, donde los cuadros saltan para llegar al cielo, y en las escondidas descubren ocultos secretos. Las aves sueñan con tener alas que no resignan halar en vida sentido, el desafío consiste en hallar cómo hacerlo, la mejor forma de abatir el miedo reside en las figuras que Lía interpreta entre sueños, en las historias de las aves al refugio que no olvida ni han muerto, las

aves se ilusionan a pesar de la pesadilla que alberga soñar como recurso del suceso. Soñar se convirtió en un acontecimiento, la reunión de amistades tendrá lugar tres veces al día, temprano, cuando despunta del alma buscar alimento; de tarde, antes caer el sol, al esconder el claroscuro corolario del juego, y si la reunión de noche abrigó sueños, acuden a Lía por si hubiera algún indicio, lo que no deducían era que lo mismo sucedió un día que no termina porque la noche integrará completarle, del duelo vibran dentro de la tierra como si el grito retenido peleara con rigor las cuerdas vocales que al tenor sufre quien irrumpe con rabia al desconsuelo. Son tantas preguntas que no sabe cómo evitar el sufrimiento, Lía preserva la impresión que lacera, lo que viene de fuera, es al suspiro momentos.

La circunstancia del ambiente y el entorno de la historia permiten a las aves dirimir los afectos que consignan y protegen, que atacan y hieren en la derrota y en la victoria, un anhelo errante fuerza su esencia diluida y su convicción es puesta en duda por lo que encubre al seguir sin rumbo su paso. El pacto inscribe la noche sin salida, nada puede abatir lo que está erguido y en pausa abate al temor con rigor de su latido. Quien debe partir jamás olvida, no huyó por cobarde sino al seguir vivo, si algo tiene valentía resulta más valeroso que afrontar un arma sin armas cautivos; nada es desecho ni basura ni desperdicio, todo basta y nada sobra, cualquier objeto puede avivar la imaginación de sus alas.

Nada está de más ni de menos, y cuenta al amanecer si las aves están completas, por si una se hubiera ido o no respirara. Del árbol, cada rama extendida semeja ser la vía láctea, quien se queda enrejado divide la intención y separa el desvelo, los lugares enmarcan la coyuntura que no corresponde a un evento, concretados en la situación corresponsable del dominio condicional que no tendrá equilibrio ni

ecuanimidad ni la epiqueya, ni juramento que cumpla el augurio por decretar que nada quedará del ambiente, sólo el litigio que aspira eludir el asilo caduco, el presente es un instante fugaz que hace eterno al recordarle, las aves prometen jamás olvidarse; no cambió el ambiente al cundir la impunidad, donde un delito no castiga ni acusa reprimirlo, pensó que pudo alterar la calma, ver todo genera la tupición perpleja que alborota el caos que al fárrago no claudica. La memoria es también de ejercicio y, aunque los raptos arrebatan emociones, retengan impulsos y aislen despertarles, no desistirán las aves luchar por volar, transigirán fronteras por capitular un refugio donde exista de claridad otro resabio, un refugio es construido al unir latidos, y aguardan que llegue el tren con el miraje del aleo, para verlo al pringar la aurora como si fuera silbo que la gratuidad prolonga; su recuerdo suspira del viento la música hilarante al regodeo de la furia y la euforia del júbilo de saberse en paz.

Enzo duda que la promesa cumpla la voluntad, Adair omite blasfemar, Lía sabe que no les olvidará, bastantes fueron arengas al destino que inscribe a pergaminos el mito provincial, su madre habla menos y más le cuesta levantarse.

Adair no abre los ojos ni respira, y Enzo elude algaidas en médanos del yelmo sepulcral que no perderá su cariño. Enzo les soñará al pensar y Lía no los olvidará. El último acuerdo de su pacto reside en prometer no dejar de soñar; cuando vuelvan a verse, los sueños infames serán vestigios de la inocencia y no de prejuicio ni sospecha de esconderse al amar que profieran madrigueras.

Lía desea enraizarse como los árboles para luego hacer un nido y airear al volar, ser agua, ser fuego, ser tierra, ser paz, si tan sólo pudiera su espíritu ser indomable, si pudiera su alma ser invencible, y su aura inenarrables paisajes fraguar. Pero aquí toda rutina es sobre-

vivencia y el tiempo hace girar los rehiletes que confabulan la interioridad de una infancia que fue la esperanza del pueblo, el sueño de la infancia y la emoción un hogar.

El protocolo ritual tiende la faena de posarse en sueños que abrigan horizontes al reflejar que sus pies no calzan ni dilatan la intransigencia que la obcecación ataca en tozuda terquedad el movimiento que desplaza al destierro los afectos, así vengar su miedo al gestionar olvidarlo, y asumir retos sin rendirse jamás. Establecer otros refugios que dispongan en el hado improvisar un cielo, que atenúe padecimientos y las impacencias que confiere la urgencia criminal, errantes peregrinos no quieren ser víctimas, ni quieren sufrir una derrota más. Los sueños no tendrán edad.

Enzo valora su vida donde están los *te quiero* vestidos de negro, estarán justo a la salida donde verán las lindes del vuelo; por más que amenacen cortarle la lengua falaces hiedras y apresten dañar los delitos cautivos, no provocará traicionar de fe voluntades; por más que quiebre en él la confianza y pruebas infames inciten negar el sentimiento ante fusiles, no dejará la epopeya que el acto insigne ceda su voz, el loto refulgente que romperá el yugo: *Si una no es libre, no lo seremos todos.*

Al páramo inerte recuerda su nombre, ajustan las sienas emerger del hielo por dibujar sonrojos, aquí refugia la rambla del río, silvestres herbajes verdecen aristas que mitigan sigilos; por más que muden palabras y aferren versos, no olvida el amor la promesa de edificar un viso distinto, extrañar la pared que guarda los afectos, ni evadir el dolor de pensar, jamás olvidará la zozobra del instinto, el valor de abrazar.

Enzo piensa migrar donde le reciban, no encerrarse tras rejas de la ignominia; conocer otros paisajes, no dejar que lo consuma el letargo; su viaje temporal regresará a las instancias que habitaron su misiva en los capítulos de la historia que describan. Sentirá los pasos anegados

de su padre y verá la mirada desvanecida de su madre que recorrerán cada sitio que sitúe labranzas en la necesidad solícita del sacrificio que arriesgue respirar el humo; de no subir al tren, saltará cerros y atravesará ríos, buscará en la noche un mañana nuevo. Al águila vuelan trovas coplas inquietas, que alejan la miel de su colmena, y tiñen dagas de arcilla que erige ermitas viajeras de veredas tortuosas y serenos caminos, al páramo enigma eleva su vuelo y buscan ser nueva entre nidos. El devenir de los sueños dispersa promesas, Lía siente unirse a la tierra, no hay día que no esgrima su arena ni noche que impida andar sus piedras de piel canela.

Las palabras al cariz pululan posarse en coníferas que deseos cobijan, liturgias humedecen del adiós despedidas, vendrán golondrinas de zalemas y derramarán la semilla que florece terraplenes que avista al cenizontle su trino al agitar conciencias; Enzo surca nichos pleamares a su costa, donde huestes buscan los valles por designios, quien viajó de alunares rompió al ensueño cadenas.

El delirio condensa latidos al corazón que del suspiro hizo piedra. El día es lerdo y de noche abrupto, nadie roza en intervalos despeñaderos, donde idiomas ciñen lenguajes comunes al sentimiento, inventan comunicarse con otras aves en la explicación que sus manos sientan. Esta noche dejará de existir el refugio y Lía dejará de contar sus relatos y quedará en blanco el registro de las aves que mueren al inicio o al final. Las aves pretenden esparcirse al rebuscar otro rumbo sin permanecer varadas entre el predicamento del futuro, la provocación mira hacia otros lares por esperar una ayuda que nunca llegará. Esta noche, los sueños no mitigarán el hambre ni alejarán la melancolía que las risas extraviarán, los sueños mantendrán vivo el latido del corazón que se detendrá como no detendrá el trance de avanzar. Nadie se irá, todos llegarán; si alguien partió es porque varó el sacrificio al riesgo

de abatir la coacción de las armas que, ante el martirio, la estampida no computará.

Todo tiene un precio sin protección ni guarida, el peligro no da permiso ni licencia conflicto, no existe orden si el caos imperará. La cordura es un estado que a la locura permite a las aves seguir vivas entre tanto suplicio, y a través de las manos Lía sabe que pudiera crear una realidad alterna. Enzo exige no acatar los abusos, los maltratos, el pánico, y la variable constante que desde el ánimo no varía, el placebo que percibe tener ideas que no perezcan ante la lúgubre concurrencia que sitúa de sepelios andanadas en las dispuestas sepulturas que ocupan las fosas para quien no tiene camposanto ni tiene una tumba que a su cuerpo abriga. Las ánimas desisten los rituales de piedras sueltas por la incesante congoja, encienden velas a quien muera y ubican en altares veredictos, el dictamen laudo no sopesa proverbios ni remedia seguir vivo, del dolor fatiga la incontenible pasión al deseo; la pena hace al duelo eterno y al gozo efímero, las almas carcomen al cotejo lo vivido.

Cada día más será un día menos, dura poco el encuentro y la existencia relativa no atiende la percepción del tiempo ni puede existir amor al ultraje que destroza al ser querido, es efímera la vida como perpetua es la pena. Las aves asientan favores y mercan servicios, motines enajenan e impelen subastas, no saldan mejores días la noche sin sueño ni la inquietud fragua desenredos que implican la remota probidad de que un ave vuelva sin cadena. Subir al tren significa la impasible posibilidad de no haber muerto. Lía no explica cómo su madre logró alimentarle y trabajó sin saber que el agua torna en mareas la miseria, y que las amarras que no se dimensionan eternas, al repetirse, en cada muerte hay un nacimiento sin que el viaje incluya la prolongada escala. Enzo, incorregible; Adair, nostálgico; y Lía, empedernida, iluminan



su costa en la neblina, y de la niebla su plan descansa, quizá pueda haber paz entre la guerra, y vendrá siempre tras la noche el amanecer, a menos que la noche, como el cadalso, se apodere del mundo. Al ver sus ojos podría adentrarme a su reflejo como bregan cauces al río, adentrarme al torrente intempestivo de su cauce activo, si duerme, al despertar su brío, aviva las historias revueltas de recuerdos, son anécdotas capaces de traer de vuelta los años, alguna lágrima o la sonrisa revelada al recuerdo de sus ojos, una voz las comparte desde su brillo que recuerdan sin pena suspiros.

Este refugio no es excepcional porque hay muchos, no resultaría sorprendente porque hay varios más, pero ¿qué tendrá que no puede igualarse?, ¿que dará que no se puede replicar en ningún otro prado del mundo?; debe ser que su propósito era unir los dos lados de la tierra y formar un camino, debe ser que su designio era permitir que en ambos lados del río fluyeran las aguas en un cauce y que, sobre su base, pudiera tenderse un puente que permitiera el cruce y la estación imaginaria, en la que unos rieles alojarán la vía por la que un tren habrá de pasar esta noche para llevarse todo el vestigio de que habría.

Ahí está Adair, sentado en una silla, viendo pasar la tarde sin que agobie alejarse de su tierra, o suscriba que practicar un ritual no debe ser causa de muerte, ni que encaminar una creencia sea razón para matarse, que tener una idea no es causa de censura, y que no tenerla no es una excusa para rendirse. Medita lento y pausado la reacción que tendrán sus padres a la ventisca, cuando el tren pase y no quieran a él subirse, es factible que ni siquiera se inmuten cuando avise su bocina que ha llegado y ni se muevan ni avancen; ellos no querrán irse, su fe es inquebrantable, pero en él se sacuden los deseos por seguir a Enzo, ¿qué le queda a un niño que ha perdido todo si no son sus ilusiones?, ¿qué le queda a un niño que no ha tenido nada, sino

es la risa?, ¿qué le queda a un niño sino hay más campos ni huertos ni jardines?, ¿qué les queda a la niña y al niño, sino son sus colores?

A lo lejos se divisa el pie de una montaña, y todo alcanzo a ver como si estuviera en ella y acomodara mis pasos en las veredas llanas, hasta allá se escuchan las voces de las dolientes tapias que me sostienen y los bisbiseos disimulados en las tiendas que planean o sucumben esconderse; uno no debiera tener pena por salvarse de la lluvia al mojarse ni por cobijarse del frío que congela, un refugio no es un acicate ni es el estímulo ni es una espuela que apriete al andarle, es el espacio improvisado en que la suerte, el albur y el azar, sortean la eventualidad de afrontar la vida o de aislarse de la muerte, es el lugar en que rehui-mos a estar solos, en que el viaje semeja no ser perpetuo aunque lo sea y el regreso convida ser eterno; y yo, que llevo aquí los años en que el mundo no quiere rendirse, sé que mientras haya agua, habré de fluir.

El agua que fluyó al correr del río es la misma que anegó el llano, las aves que juegan sin reglas ni signos intercambian los juegos con la misma sagacidad que del día se resguardan, saben bien que un sólo latir es suficiente para cambiar su mundo, y que la fuerza más poderosa de las almas, no está en el forjar del cuerpo, sino en la liberación de la voluntad. Enzo concibe que no ha sido correcto buscar el camino a la liberación, la liberación es el camino en sí mismo y el refugio es su motor; aquí la paz es posible, como asequible es el amar. Y es amor lo que piden las aves, entre el dolor, la codicia y la ambición, y es amor lo que piden las aves, pues no habría más daño, si vivir es el amor.

Y desde aquí oteo claro lo que los nubarrones impidan clarear, allá se observan aproximar los fusiles con gresca mortandad. Pudieran ser grupos extraños los que reclutan, exterminan u ofrecen trabajar, quizá serán del gobierno sus huestes, quienes no tienen autoridad, ninguno de los gobiernos aquí ejerce, ninguno de los grupos desiste ya; y al evi-

tar el encuentro de las percepciones, reviso muros, pistas y trabes, y aquellos rincones en que todavía se pueden resguardar. Enzo no había visto tanta muerte desde que dejó su hogar, ahí está, sentado frente a la pared de Lía, como pensando ¿qué fue de las flores? y ¿qué será de las piedras?, y ¿qué será del fuego? y ¿qué será del mar?

Siente que su padre le pide que no le olvide al sentir, y su madre le prodiga pensar, que ambos viajan con él en la recia intemperie que resguarda del viento que vendrá, ¿cómo puede la mente del niño, la violencia olvidar?, ¿cómo puede la mente de un niño borrar las imágenes de muerte y pensar que la vida triunfará?, ¿cómo puede la mente de un niño, no sentir las presiones, embates, la intensidad? Sólo Enzo lo sabe, como Lía dirá: espera que su maleta no sea tan robusta, que le haga desvelar. ¿Y qué serán los ayeres si un pasado?, las aves que se duelen no quieren recordar, pero hay aves que surcan los océanos, que esquivan los peñones y que atienden escuchar. Adair les pide un momento de oraciones, no importa si crean, el sentido es rezar, rezar por la noche que se avecina, por las muertes, por los niños que habrán de llorar, rezar por la indolencia, por los estragos, por tener una ilusión que despierte ya.

## *De viaje (Papalote)*

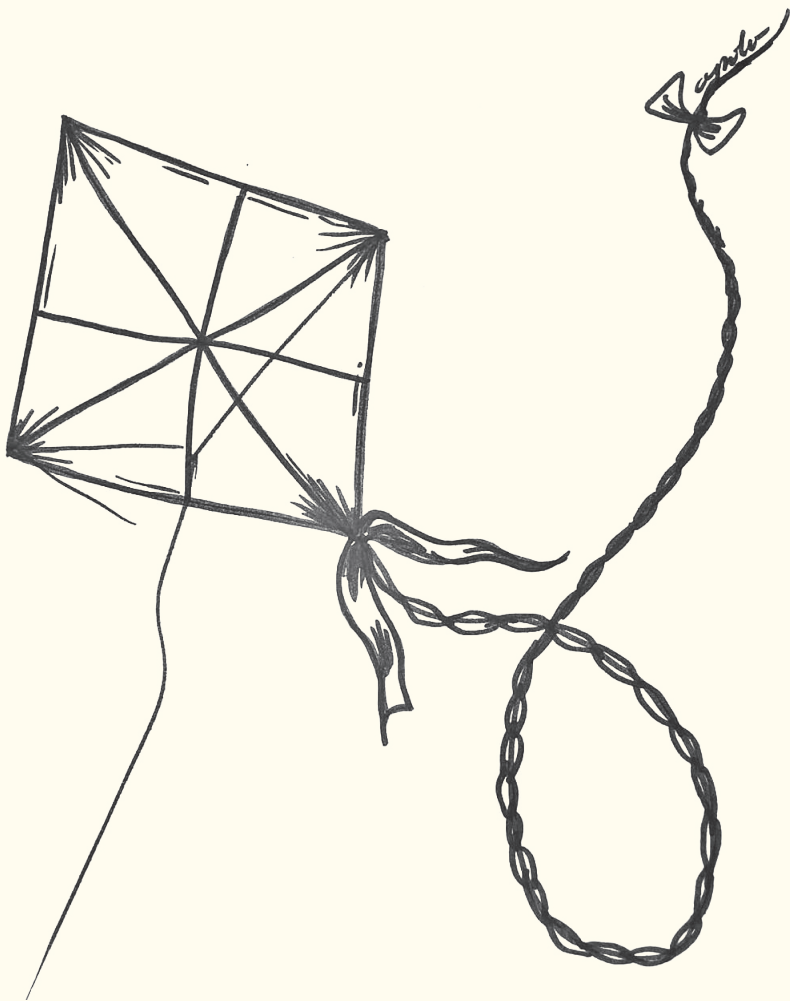
Viaja lejos, muy lejos papalote  
Cruza el cielo y sin lluvia por su sino  
Viaja lejos, tan lejos como nubes  
En alas de papeles no haces brisa.

Viaja lejos, muy lejos papalote  
A tierras lejanas, a mundos ya nuevos  
Viaja lejos, tan lejos como puedas  
Al cielo de asteroides, no existen los confines.

Viaja lejos, muy lejos papalote  
Viaja lejos, tan lejos como puedas  
Viaja lejos como el ave de sus alas  
Brilla todo, como rayos de mil soles.  
Viaja lejos, muy lejos papalote  
No dudes, no temas, sé sol frente al frío  
Viaja lejos, tan lejos como puedas  
Jugar entre sombras, del claro sombrío.

Viaja lejos, muy lejos papalote  
Viaja lejos, tan lejos como puedas  
Que al viento volverá el ave al nido  
Y yo al tiempo sólo sueño ser un niño.

Viaja lejos, muy lejos papalote  
Viaja lejos, tan lejos como puedas  
Que al aire no detengas tus mañanas  
Y tu vuelo se acompañe al vuelo mío.



## Fuego

Así como la fe terminaría la guerra al bruñir de paz el cielo, el llanto dibuja sonrisas en los rostros apesadumbrados por la barbarie que genera confusión y escarmiento, la señal ineludible que no soñará pesadillas para siempre ni será dolor perpetuo si la espera permanece más fuerte; aunque divida los anhelos, la aspiración comparte al exilio fortalecer lazos y confeccionar nexos a pesquisas que les hacen sentir que no están solas. La soledad puede sentirse, las almas sectarias se necesitan, las aves no migran solas al hacer nido, las bandadas templan afrentas aunque mueran, vendrán amaneceres que inclinan el destino de la parvada; la veracidad abastece cimientos, a cada milímetro de asbesto que sostiene vigas que separan peatones que merodean la robusta espesura del valle en puntos ajustados por una línea; la faena no amplía la distancia que resguarda nodos establecidos al viaducto de pasarelas que desfilan las ánimas en pena.

Una cancilla guarece los agobios para que la sombra del árbol sea regazo; ante los rayos solares activa del futuro al presente y libera su pasado, el sentido de vivir aquí espera morir por ira o venganza, cuando el sentido de la vida sería vivirla. Aquí Lía dibuja los sueños que ampara, no continuará su labranza, apagará las luces para que otros muros prevalezcan la emboscada por más juegos duren si la tarde avanza. Enzo no tiene a quien reclamar su estancia, están él y el universo por las mañanas, donde Lía dijo que luceros son estrellas, y Adair inquiere si su Dios sería el mismo, ¿quién creó la tierra? Quizá los dioses vivan en cada uno. Adair curiosear referencias que sus padres digan, Lía observa estelas que confirman ser el cometa que lo mismo pasa rápido que lento, que prodiga llegar a galaxias de amor infinito; siempre quiso conocer a su abuelo que emigró joven y nadie

volvió a verlo, debió detestar su lugar de origen o quizá lo quiso tanto que no escatimó buscarlo. Enzo mira hacia el cielo, es la primera vez que siente que su padre ha muerto. Lía no sabe si el suyo llegó al lugar que busca o si abandonó la marcha, ¿cómo saberlo si viaja para encontrarlo?, si acaso muriera o quisiera entender ¿cómo no volvió del cruce al intentarlo? Su madre no responde, quizá su padre está preso, quizá vivo, quizá haya muerto.

Será mejor argüir que perdió el impulso, la esperanza vive y, en él, los pasos que avanza no cansan, tan fuerte es su fe que al creer renueva las pisadas. Quizá su padre al trayecto soportó recibir las ráfagas que instigan arrebatos en los remolques de la fragata que deberán subir al tren para escapar del cadalso donde priva del corazón sus latidos. Las aves irán donde el agotamiento enjuto por el estrés apretar las quijadas; mujeres y niños abordan los primeros vagones, los hombres al segundo y, justo por iniciar el escape, rodó acercar la acometida, cuando el primer vagón fue abatido por la pesquisa, mientras el segundo escapó llevándose a su padre. Lía se quedó junto a su madre entre los arbustos de la herida que no cicatriza.

El grupo garlado sobrevino afanoso por resabios, rastreando la caravana donde su padre desapareció sin rumbo. Adair audita el credo de sus padres que resistieron embestirlo y desertaron su terruño; su madre dice que el pueblo viaja con ellos, el pueblo no es la tierra que a nadie pertenece, donde nadie reza por temor de derribar la esencia de su villa, y no perdona no haber sido más fuerte al resistir la violencia.

Lía saldó no estar al ataque final que los dejará esposados, quizá duren más sus afirmaciones, el lugar al que sienta pertenezca, quedan los escasos recuerdos en su tierra. Enzo no volverá a las tumbas sin lugar ni nombre, los lugares quedan vacíos por el bastión asesino que impide a las aves tener alas y ver al cielo, para él las personas inven-

tan lo que necesitan, lo que crean lo inventa Dios. Ve su cuerpo ante el amplio reflejo de cristales rotos, Adair cree en un ser superior, no cuestiona la fe que mira sin atisbar al cautiverio, la desconocida fuerza que inyecta el revulsivo sobre el río, donde flotan cuerpos que guindan amarradas rocas de quienes arrepintieron haber ido; desconoce si Dios es vengativo, si reclame su derecho, si reciba un correctivo, si su padre estará sumergido hasta el fondo del río o si flotará en la cascada afluyente que acarree posar las olas al piélago. Enzo contiene resignar la mente, su madre fue sepultada sin el crucifijo que cubriera el asedio del viento negro, los duelos se llevan dentro, y cree que volverán a encontrarse, no se irían sin despedirse, una despedida es *hasta luego*. Adair degusta la naranja que recogió al fundirse el tráfico, el prólogo ignora cuándo acaba el suplicio para volver a ser quienes fueron.

Lía cree llegar al lugar distinto para iniciar su vida o tener una, quizá encuentre a su padre como milagro, sin vulnerar su alma entumecida por nervios; al amanecer no habrá refugio, las aves intentarán abrir sus alas al vuelo, ahí estará quien ofrezca milagros por dispersar la miseria de consumir la explosión del desierto.

Aquí las vidas errantes al confín del oxígeno estrujan atajos que celan cuerpos sin hacer ruido, incluso el estornudo causa muerte al ser descubierto, el viento no brisó el ciclón panero que no controla lo que intempestivo e ingobernable pretenda, de la enviación reticente congelar las manos o alimentar el fuego que incendia pueblos que aleccionan conocer el ave fénix que nace de las cenizas por causa del fuego que fustiga ajeno. Lía fluye como el agua al quehacer sereno que precipita desde el cielo, urgió su madre mientras su padre hundió al temperamento; el agua es milagrosa, pero no da vida ni tempera ser la cura.



La tierra es el lienzo donde las historias dibujan contextos y marchitan rostros que revelan testigos que a nadie pertenecieron, pues nadie pertenece a la tierra, aunque lo pretenda. Caprichosa e inquieta, Lía hace quererla al desafiar el sinuoso páramo que aloja imperante el sedimento que descifró afrentas, no se obligó creer en algo que no existía, prefirió callarse y asintió que quien persigue por el color de la piel o por pensar distinto, por ideas que aniquilan la razón en la voluntad y el posicionamiento de la idea sin sentido, no debería herirle pensar, en los sentidos no hay colores sino ideas y la discriminación deshumaniza los sentidos. Adair complace a sus padres al creer, aunque no crea, más no subirá al tren por más que no vuelva donde rechazan su credo, su viaje asila la travesía de una promesa, no irá a estancarse al refugio que no le pertenece; y Enzo, quien no huye de la pobreza sino el hastío, busca ahuyentar el letargo de jornadas amargas que llegan cuando la noche termina.

Lía ve el tren al dibujar historias sobresuelo, su madre está agotada, cubierta en fiebre que remuerde esperar al médico, con la cara proyectada en la sombra de un muro inexistente al que asemeja planicies lejanas, cierra sus manos al figurar rayos del sol que asoman, luego las abre al divisar el compás que sus alas despliegan sobre el monstruo que no atrapa ni mora.

Y, sin promover abrazos que semejan la bandada que los sueños demoran. No queda nada de la pista ni resta nada del relato, sólo resiste la escoria cuando odia, las pavesas que instruyen sobrevivir el fuego al bregar el agua. Enzo debió entrar al río que fluía la vertiente al quedarse en la orilla, intentar el cruce por la aspiración, donde Enzo jugó a tener alas como Lía, fue la tierra que atrincheró cruzar el río sin saber nadar, mientras aprendió a lanzar su frenesí extendiendo sus brazos. Aquí los días se miran en claroscuros y los milagros se miran

coloridos, así como la palabra cuando se pronuncia y al escucharse provoca el eco.

De su padre, Enzo aprendió aguantar la respiración, al componer bajo el agua una máquina sumergida por la crecida, se hundía y emergía una y otra vez pidiendo herramientas que él asombrado le proveía, fue tan veloz en la hazaña que no podría llevarles la corriente, aunque llevara la borrasca; el agua era abundancia, significa la fuente inagotable que reordenó vínculos. El mayor temor del padre era quedarse al desierto, esa fue la pesadilla que le contó a su madre, quien atenta escuchó al despertar la madrugada, y fingir que seguía dormido, no dedujo que la intimidad es de uno, y el agua lo mismo limpia que destruye y como encauza también inunda.

La decisión consensuada llevó a dejar la villa fantasma donde no cabía nadie ni nada, en desazón, las aves peregrinas viajan por asunto de una búsqueda afilada por la ribera en que migraron la vez primera, manteniendo el paso por la orilla, no había nada que esconder, todo lo que tenían cabía en la maleta guindada al cuello. El plan investía rebasar la frontera donde trabajo tuviera, no había dilema ni elección si el río secaba, su sequía extendía la encrucijada que empalmó perder los hálitos, luego vendría la duna del desierto. La ironía puso en antesala los arenales guarnecidos de altozanos terrosos que al padre hubieran impactado, y no viviría para volver a sufrir la pesadilla de quedarse a medio desierto, sería su hijo quien viviría para superarlo.

Las aves se desplazan formando grupúsculos que confunden lábaros y distraen vigilancias, rehúye la inclemencia pugnar la braveza de sus atlas, cargando la villa en su espalda, llevando sobre su hombro las ilusiones que pesan más que las fontanas; pero al desierto el agua escasea, no brota, y las lágrimas son húmedas, no colmenas.

No sería puente que une ambos lados del río ni sería un camino que dé sentido, a tal fastidio los desplazamientos forzaron destinos, la única magia que queda ante los años es ser refugio; así aprendí a ser regazo en el que las aves reposan sin afligir su pasado, comencé a recibir la variedad de aves que acudían a los *porqués* distintos, todo el bagaje encumbró la madurez de la mirada que alentó cubrir la humedad que cubrió paredes y las llenó de hastío; es que las aves migrantes cruzan más fronteras que límites, al ser desplazadas ocultan más abandonos que lamentos. Yo, que fui más vendaval que todas las tormentas juntas, habré debilitado como aminora la vista que no alcanza a ver más llanto; quizá me quede solo, tal como Enzo llegó la tarde al abrir la boca para decir algo.

Había llegado sin su padre al otro lado del río, a la siguiente migración su madre había partido, estuvo encerrado en el laberinto corral donde guardan infancias como si hubieran delinquido, en barrotes traspuestos de estaño, cuyo candado no alisó la escapatoria; llegó aquí con los ojos rojos de polvo, hendididos al espanto de gritos que permutan sus oídos, ojeaba hacia todas partes escudriñando porqué huían las aves, y cómo sus voces resuenan el eco del silencio postrado.

Enzo se pregunta si huyen por abandono, si anhela soñar o escapa de la sombra que hostiga formar quicios; expelen en su mente gritos ensordecedores de infantes separados al ser adscritos al falso pero cruel orfanato, arrancados por fuerza de los brazos al ser deportados al calabozo fragoso que la frontera ergástula atiborrada de aspiraciones malogradas y pericias que orientan celdas al perjuicio, sosteniendo sus piernas con las manos, colocan su cabeza en las rodillas, sin estirar resabios. Enzo es uno de los varios infantes que integran las interminables hileras dilatadas por la edad, no será vano el hundimiento de su padre al llevarle sobre los hombros cuando rebasaron apocamiento,

ni será pueril la ingesta ahuera de la arena que a su madre asfixiara; no es vana su existencia, debe seguir porque algo no asolea la inclemencia, no puede amanecer sin sentir el día del sol sus rayos, ni en su mano acaecer la lluvia desde las nubes ni que la noche escuche grillos que notifiquen salir la aurora. No sé de dónde vienen las aves peregrinas ni dónde lleguen anhelos migrantes que vivan.

Más puedo escuchar sus historias e imaginar los relatos que Lía interpreta, no sé si tenga nombre su villa, ni si tenga o no un nombre, si lo hayan olvidado, perdido o ignoren que lo tienen para volver a nombrarlos.

No sé qué sientan, no puedo saberlo si no siento, aunque conozca las emociones humanas a través del anhelo por tener alas; puedo testificar que, por más amargura les acose, estar juntas atenúa sus juegos del pasado desde el presente que inventan. El aire fue el único recurso que no pudo secar como el agua, ni extinguirse al fuego, ni alejarse como la tierra, puedo no beber ante la sed, aislarme del fuego y mudarme de la tierra, más no puedo volar, aunque las aves lo intentan como única salida que subsista del respiro al corazón su latido.

El aire habita el cielo sin espacio ni tiempo, da vida y la quita, interactúan tercios explosivos al movimiento del hálito vital que oxida desapegos y crea un aire nuevo. El aire es oportunidad y perspectiva, la levedad de soñar el ritual existencial anuncia que el aire vital trasciende, cambia y transforma, y en la posibilidad del aire el respiro que no agota ni renueva. Las aves ansían abrir sus alas en esta u otra tierra, y yo, frente a su llegada, no aspiro ser puente ni camino ni galera. Los años menguan mi servicio y las funciones que delega la vitrina de productos caducan al archivo de documentos que almacenan consultas; las bases sostenían las vías donde transitaban trenes de este a oeste, las que dieron cauce al cruzar el río de sur a norte, y desquebrajaron el

acero y las hendeduras que asoma la madera en remaches que no giran laderas que la humedad encierran, no rompieron guiñapos, ni acumularon harapos olvidados ni recibieron la donación de los andrajos que colocan cuerpos hacinados.

El fuego consumió todo lo que las aves tuvieron, todos los rencores, los amores, los tiempos, y crujieron las trabes de madera y los escarnios de quienes persiguen los ideales, fundieron el acero y los metales y los fierros y todo chirrió en los ardores. Y pudo entonces Lía intuir que nada tiene más valor que los sentires, y que incluso las palabras pueden desaparecer como desaparecen las voces, pero no los sentimientos, esos permanecen por más que nos encierran a confinamientos o internen en prisiones. Y Lía siente muy dentro, que seguirá viviendo, mientras no deje de sentir.

Lía vive inserta dentro del insalubre entorno sin medicina, vacunas ni cuidado, perecen la parsimonia sin oposición ni recurso, su madre le tomó la mano al mirar el mundo, necesitaba sacar fuerzas del corazón y no de la mente al no preferir morir al sufrimiento perpetuo, quien corre persigue algo o por alguien es perseguido, si la solución del problema genera otro, nada corregirá los comportamientos ni fundará su alternativa existencia.

La sobrevivencia indica que algunas aves buscarán esconderse, otras ansiarán que las busque el olvido. Los sueños impulsan el crisol donde infancias sueñan con animales, plantas o el universo, con vibrar actos de magia, fantasías o ensueños que cual pesadilla adiestran al terror que amaestra el desprecio que no resigna soñar ni deserta su sueño. La sensación de cohabitar la realidad infunde soñar con la galaxia infinita donde al abrir sus alas explore planetas pletóricos de parajes que difumina el pasado que alinea cansar el futuro del presente incierto; al correr atenúa la pisada que avance a medida que

desvanece el miedo, el juego de las sombras no dista de quien refugie ser distinto ni sea migrante, al vuelo sus alas escapan del paraíso al infierno, sobrevive no sitiar el suelo prometido por escapar del cadalso. Las aves advierten aproximar el ruido que no enciende las luces que relucen los infrarrojos movimientos de profilina exasperada del proyectil que, al denotar inclemencias, controla nervios, el brutal rigor de la fuerza que rastra irónica la puya que insta aradas que arriesgan.

Las aves llevan el mazo y la metralla con la ley ilusoria bajo el brazo, aquí no se cumplen los derechos que existen ni se puede conocer la cargada balanza que tiñe por cerrazón las tinieblas; el polvo levantado densa la neblina y arroja el dolor que les tiene cautivos, todo es más oscuro que la noche sin estrellas, la luna cohibe emerger inquieta, refrena en timidez alcanzar el veredicto. Lía soltó las manos de su madre al iniciar el relato, y partió cuando volvió a pronunciar palabras para decirle *te amo*; en su mano guinda la pulsera que recogió de su famélico brazo, tejida por hilos que quitó de su blusa mientras el tren avanza. Adair decide quedarse con sus padres sin importar lo que suceda; Lía jura que habrán de verse al pasar el suplicio, a sabiendas de que no habrá más juegos ni más abrazos.

No permitió su cuerpo que el fuego todo lo copara, no lo permitió el deseo que el fuego se posara, no lo permitió la mente que el juego terminara, que las aves se fueran, que el amor olvidara; bastó para que fuera su alma, esa que en Enzo todo le impulsa, aquello que ama. Debe ser la vacilación de la incertidumbre, pero no quepo en el mismo lugar del que no me he movido nunca, y aquí me afianzo a los cimientos para seguir viendo que pronto dejaré de ser. En cada prisionero hay una condena y en cada refugiado su sentencia, en cada tramo hay una señal que confunde o avala, y en cada escala un preludio de su llegada.

Y entre las aves que integran el ínclito grupo, Lía consciente que no existe nada malo en dormir, más aún si sucede el milagro de soñar, lo único que lamentaría con desazón profunda sería despertar. Y para qué despierta quién sueña, por qué habrá de desertar quien combate, todo podría estar a nuestro alcance, pero parece que me hundo a suelo del absurdo profundo, donde todos se desplazan sin orden ni edad, uno debe desapegarse de las cosas, y las aves comienzan a desprenderse de lo que habrán de amar. Los sueños pueden parecer mágicos, irredentos y inalcanzables, sí, pero también pueden ser tan vívidos que ha valido la pena por sólo soñarlos.

El refugio es un paraíso, es un limbo, es un hado, y yo me siento más feliz cuando las aves me abandonan que cuando llegan buscando abrigo. Toda nuestra vida está en la memoria, en la que recuerda en la nostalgia, la que recuerda en la piel, y en la que recuerda porque la viva. Lo único que tenemos como presea es el amor que nos encontremos, y lo único que nos pertenece, no es aquello que vivimos, sino todo lo que aún queda por vivirlo. Lía no desea venganza, no tendría una niña con qué ser del tormento el azote, no lo tendría por la fuerza, pero sí lo tendría en las palabras.

¿Qué dará fuerza al despertar de las aves?, yo creo que no existe la infancia en las aves que han sufrido tanto, que aún anhelan tener sus alas, no porque no lo amerita sino porque no volarán cuando el cielo caiga. Ahí estarán todas las obsesiones de los que escapan, todas las pesadillas de los que sueñan, y estarán las aves que al vivir olvidan y las aves que, al vivir, recuerdan. Creo que he sido muchas cosas en los años que pasaron, en los años que se viven, y en el futuro de años que no existan.

## *De arillos (Aretes)*

Haz de volar alhelí mariposa  
Al bañado crisol del silencio murmullo  
Haz de anidar al susurro las hojas  
Y al cielo de estrellas, bregar los capullos.

Haz de jurar que no me abandonas  
Que no habrás de irte, que al irte regresas  
Al páramo herido, de elixir hay hiedras  
Al campo trazado, del cerro a sus piedras.  
Haz de escuchar, una a una mis letras  
De aquellas palabras, vestirse de seda  
Acerca en penumbra tu voz a quimera  
Y dice a su grana, que luzca su prenda.

Así fuese un regalo, la joya artesana  
Labrada en tu mano, de aretes las perlas  
Han sido forjados, de apegos cariños  
Y atiendo al oído, tu voz plata fresca.  
Si fuese de azahares, si fuese de piedras  
Las mil y una estrellas, que alumbran tu senda  
Forjados aretes, te entrego a ti abuela  
En ellos la palma, la plata y la veta.

Ha sido del alba testigo el sereno  
La fiel mariposa, al plano posada  
Aguarda del día despunten sus noches  
E irradien los soles, a rayos sus hadas.





## Aire

Esta tierra copada no pertenece a nadie ni su fruto se reclama, aquello que fue al plan desprecio ruinoso de otras manos se utilizó sin probar al dictamen raciocinio, y yo, que fui torrente intempestivo, ahora asumo ser el refugio que unió los pasajes que fluyeron al río; fui puente, un camino, pero sólo tuve vida cuando a mis muros atisbó el refugio en que las aves hicieron su nido.

Cuando Lía llegó junto a su madre portó avenencias que apaleó extorsiones; en disconformidad, la huida gremial ahuyentó a la familia de Adair por la misma razón que Enzo presentó su corbeta. Lía debió irse sin planes ni avisos, debió hacerlo lento pero súbito ante la eventual amenaza recibida, hasta levantar los casquillos sujetadores que al padre impelería, guardó silencio sin expresar más nada, como si las palabras fueran cuchillos que cortan el viento y vulneran expresar los sentires del alma.

La voz es un arma vigorosa que no combate escopetas uniformadas que coluden a sujeción su aldaba, más fuerte que conspiraciones y más enérgica que monopolios que acaparan bodegas de alimento, graneros, combustibles, y sonrojos y pasiones, que optan respirar a cambio del gravamen que dispone entregar la dignidad que les queda. La falta del aire confirma el exceso de preocupaciones que sofoca, más para Lía, que el aire representa la libertad que sería si su voz expresa volver a ver a su madre sonreír al alba, y dibujar imágenes que relaten historias. Agotada del trayecto, había descargado su energía al contener el llanto y cuando quiso llorar porque su padre subió al vehículo insignia, con plena confianza de reencontrarse, no pudo volver a verlo y dirimió la incertidumbre que olvidaba comer cuando llegó algún alimento, sacó fuerzas dentro para prometerle que lo buscarían

hasta encontrarlo, profesó su promesa, uno no debe prometer algo si no habrá de cumplirlo. Y su madre juró que, aunque sea lo último que haga, estarían de nuevo juntos; pero la salud no indulta ni condona peregrinos, y en la ringlera de cuerpos recostados que desfallecen por sed, hambre o cansancio, no evitó contagiarse del virus que rondó menguar su cuerpo. La fiebre agotó las últimas reservas que tenían, y así como las plantas marchitan por avejentar su tallo, la falta de agua vulnera como ausenta el cariño.

Enzo se abalanza para subirse al tren antes de que arriben las tropas, nada quedará de su orfandad, sólo las celdas que aceleran correr junto a la multitud que se arremolina andar más rápido. Debe subir al vagón donde cabe la carga que lleva a sus hombros, así como a él lo cargó, su padre cuando cruzó el último río que fluyó al llano, Enzo le pide que salte tan lejos como pueda, hasta que otras manos ayuden a subirla, ahí la espera en verjas la bruma, que la verá empequeñecer cual hormiga que despliega la bandana que deja la estación imaginaria para seguir los sueños que acercan el alma, verá a su padre para abrazar sus alas. Por la noche todo habrá concluido, no estarán los muros que reflejan sus aras; al amanecer quedará la búsqueda del amparo para sus días. Adair canta coplas mientras mira, su voz llena de imágenes algaradas, su canto entona plegarias; Enzo deja en sus hombros los sueños de Lía para detenerse sin más impulso a la orilla de las vías, y ver cómo ella se aleja hacia el horizonte de sombras reflejadas. En Adair, norte y sur confinan rezos a su día; en Lía, este y oeste darán igual, porque cuando un corazón abraza a otro, la esperanza habita.

La luz perpetúa los consejos que su madre le diera: como no dejar de quererse al pensar la tristeza, de sentir los momentos que vive de alegría, ni buscar el amor sin ser amada; amar y dejar que la amaran; dijo que la pregunta proviene de dudas y puede conocerse a sí misma;

que no dejara de soñar, y le pidió liberar sus palabras al sentirlas. Enzo ignora si odia más tener pesadillas que a quienes le despiertan por conminar soñarlas, si no tiene sueños debe inventarlos como los sentimientos, pero al ser exclusivos como la felicidad, no sabe si volverán al lugar donde partieron, no lo harán sin aliviar los dolores que por no amar vivieran, en la resistencia de seguir queriendo, en la urgencia de respirar. Las aves volverán al punto que une a la tierra con el mar. Debe haber un lugar donde Adair corra sin detenerse, donde no tenga tos persistente ni tenga asma ni necesite comer lo que no exista, donde tenga valor de exponer lo que sienta; debe haber un lugar, donde no sea para él un problema la timidez, ni la ansiedad ni el temple, ni sea prudente sin provocar las voces al ser escuchadas, sin que acallen la pena y la piedad. Debe haber un lugar donde tenga libertad, quizá la naturaleza, la bondad.

Debe haber un lugar donde los libros liberen y no se quemem en las calles, donde caiga la lluvia sin desbordar, donde la sangre no derrame al pensar, donde las ideas no sean amenazas ni la causa para herir ni matar; un lugar donde las aves no sean enjauladas ni las aten, donde avive el ansia de abrir sus alas y la esperanza les haga volar. Si ese lugar existiera podrían volverse a encontrar, no habría fronteras de odio, ni cercas cortantes de filo ni sirenas que anuncien ingentes condenas incrustadas en piernas ensangrentadas que mandan plegarias hacia el sitio donde su madre no tenga fiebre ni atenúen espejismos, donde no tiemble ni sufra, donde pueda volver a reír, volver a llorar; lo piensa varias veces mientras le toma la mano y dispone la última función que la noche despida. Su madre, como otras aves, no estará al despertar, sólo quien pretenda pedir asilo, una venia, regresar; mientras Lía figura soñar, su madre suelta la mano al acariciar su rostro para decirle: *mamá*.

Ya no verá las figuras que envuelvan la noche que Lía dispone unir desde la luna, en la historia que reúna los avances y retrocesos de quien no tienen hogar. No habrá más aroma ni más miedo ni hambruna, sólo quedará soñar. Enzo aguarda decir algo al pie del lecho en el colchón levantado por la esquina, al dejo de atenuar el refugio que al pecho prevalezca la herencia de utensilios que sirven a las aves que cayeron al abismo esfumar la vacuidad.

Alrededor caen los cuerpos sin nombre que al rostro han dejado gravadas las huellas del dolor de quien los busca, de quien les reclamará mientras recorren los pasillos circundados por embolsadas camillas cubiertas por los desvaríos al delirio de una sociedad egoísta que atropella del berretín la arbitrariedad; Lía corrobora que, al soltar la mano de su madre, no aparecerá a su lado ni acompañará el abismo del que juró llegar, hay lugares a los que uno llega, y regresa y donde no se quedará.

Este refugio fue resguardo del limbo a cuyo andar no llegará donde sueños sean realidad, no será zona de dicha ni plaza de felicidad, sería demasiado pedir el sentir algo que no ha sentido, soñar el reencuentro con su papá. Si algo le gustaría conocer, además de otras versiones del mar, sería proveer la ceiba en la selva, la humedad del bosque vuelta estepa, la nevisca y el palmar.

Lía quiere con sus luces iluminar los lugares aledaños al juicio sin martirio, está segura de que la vida no estará resuelta sin vivirla, los sueños no estarán definidos, y cada parte de sí donde muere un ser querido, sobrevivirá. Sólo quedará el ímpetu de Enzo y la sombra que indica que nada quedará de sí cuando haya muerto, y jamás renunciará buscar un lugar distinto para no volver a las celdas ni ceñir cadenas que apresuren estar solo.

Habrá de trabajar, no jugar  más, aprender  oficios, ocupar  encargos, más no aceptará ser sicario ni que en su riesgo exponga la vida, no entregará a las armas sus ganas de soñar; no cree que haya un Dios ni haya otra vida, y al dejar de respirar priorizará el latido de su padre bajo el agua, su cuerpo identificar  la inmolación de su madre en la otredad, más si augura pensarles, al pensar el latido que nombra, sentir  que la ausencia no es suya y la presencia pende la voluntad, no hay resistencia ni calma resiliente ni más bondad, ahí están sus brazos abiertos, dispuestos para abrazar. Hoy comprendió que el mundo es mundo, y no habrá un mundo más, irse obliga a marchar donde los sentimientos no estancan y el movimiento sólo paraliza si su mente clausura imaginar; más allá de la fe, de la creencia o de la costumbre, más allá del ritual. Más allá de las gestas debe haber una realidad, el valor que ostenta Adair, el ansia de L a por soñar, el obstáculo que acude al medio, al final no será.

Debe haber una fontana que sea venero, el regato que fluya de fario, la aventura acogerá en la saga circular un manantial; las aves observan el riel que desprende la r a que apresta chirriar. L a concluye sus relatos, Adair la mira despegar, no est  su madre al lado, la despedida pos  en su sueño, el entrecejo del gesto por impotencia enfadado, avisa concluir una historia que continúa en el horizonte y reencuentra ahí... más allá. Adair, instigado por los dolores, comienza a cantar la canción que vierte el sueño que san ; L a no estará triste ni estará sola, y regala su muñeca a la pequeña que silenciosa se acerca a su lado, le mira a los ojos, es ella misma que llora al callar, y vuelve a decir *mamá*, y ríe al decir: *libertad*. En segundos, alrededor, desesperó de impaciencia la turba, al escape se aproximan a llegar las hordas que ultimen las noches sin niebla tras rendijas, resquicios que darán cabida al agujero de fisuras en la mira.

Las armas acercan la maquinaria y Lía dispone a levantarse al coincidir con Enzo, tratando de subirse al tren sin más límites, no habrá otra corrida por abrir estaciones, ni habrá más linde ni salidas, ni habrá más sol ni más luna que saldrá en otra noche distinta, y el sol alumbrará un refugio que no tendrá ni luces ni sombras; allende, ve al horizonte, allende el dolor, y habrán de encontrarse a la aurora, allende el amor.

Las aves volverán al origen desde el vuelo que reacciona la extraña fascinación del misterio que revela ensayar, los milagros son brisa que sosiega no saber amar, el amor se siente, pero, entre tanto dolor, no saben cómo amar, y el sentimiento que encubre detrás del follaje no se coloca en la cima de la montaña ni al fondo del mar, son suyos los sueños, nadie prohíbe soñar. Lía hará de la palabra la forma de contar sus historias, abrir sus alas, volver a hablar, descubrir el sentimiento, no asentar el vuelo imaginario que no conoce si el suelo sea roca o hierba, y no evadirá pensar ni sucumbir al hastío sin conceder la capacidad de asombro en la efímera realidad.

Tiene la certeza de que despedirá a destiempo tocar el cielo al azar; no sobrevive al resignar el miedo, sabrá navegar sin remos el mar y su luz no provendrá del fuego ni sus pasos se cansarán; es posible volar ante el miedo, es posible dejar de soñar, pero Lía interpretará acertijos de conceptos entre la suerte que prediga creer en la energía que ahuyenta el sufrimiento que motiva despertar. Enzo reconocerá los rostros que percibe en la mirada, pero jamás olvidará la sensación del juego compartido al azar.

Aquí no existe el reclamo y los escondites ungen aliviar la enfermedad, el rezo de Adair medita sus creencias y en Enzo la existencia resulta insuficiente al respirar, los deseos no cumplirán anhelos individuales que no compartirán. Lía no sabe qué anuncia la nube pasajera

ni qué avisa la tormenta que descuelga lamentar, agitará de gotas el agua que no conoce si cae del cielo o si fluiría; ignora dónde se dirijan las aves ni dónde las espigas brotarán, quizá la promesa del reencuentro sea la vanidad que defina si, al deducir los años, las aberturas sobren o hagan falta los pasajes que al tiempo puedan el dolor evitar; no sabe si volverán sus pasos y eximan quemar las naves al naufragar en la isla o al arribar a costas la soledad, ahí erigirán derribar un muro, y al vuelo sentir el aire en su rostro y cómo abren sus alas al crear la realidad.

Los sentimientos semejan entre sí el sufrimiento, pero jamás lo podrán igualar, buscarán liberar a las aves que refugiaron su destino y aves que reprimieron expresar la voluntad, abrazará los sentimientos que le harán soñar.

Las aves no quisieran haber conocido el dolor para sentir su amistad, pero tras conocerse soñaron con compartir la ilusión de crear el nuevo entorno que sería posible ceñir en la esperanza de soñar, donde tuvieran amigos, la noche fraternal, el limbo donde juegan rayuela y arrecia la sombra el letargo de un contexto que no pierda voluntad. Encontrarse brinda nuevos bríos, creer que soñar no agota, sino que renueva el sueño individual, soñar los horizontes compartidos e imaginar que no extingue ni desaparece la creatividad que anhela volar.

Lía sube al tren en la estación imaginaria para dirigirse hacia otra rada, detrás quedan las despedidas, los dolores y las palabras, delante quedará la promesa de palpar el cielo dibujando en sus caricias el fulgor del alma que Adair observará, al ver cómo se alejan de las vías los vagones que apresuran el paso para llegar al lado contrario del cual ya su viaje avista. Mientras, Enzo, pudo correr más rápido que el sonido de la máquina que aproximó esfuerzos que no alcanzaron por más que su ritmo apresuró, y no le dieron las fuerzas para unirse al camino,



pero ideará cómo no confinarse y cómo hacer del refugio una isla que al desierto sin oasis respuestas brindará.

Y, sin iniciativas, al dar vueltas, haciendo de líneas círculos y hablando con las aves solitarias, sin más destino; rodeadas del inmenso valle donde no pueden volar.

Existen lugares donde hablar cercena los labios y pensar condena la vida, donde creer devenga deberes y la fe subyuga ejercicios; ahí está, en la isla llamada *Refugio*, donde puentes no unen caminos ni senderos conducen a nada, a la espera del milagro que permita seguir hacia delante o volver al punto de partida, este limbo sin infierno ni paraíso, donde las aves no tienen edad ni alas que permitan volar, sin deseos ni ansias de ejercer su atrevimiento por amar en libertad. Al devenir del alba, las aves son la esencia del momento, la historia del suceso, la fugacidad del instante que al evocarse se vuelve eterno, no saben ni qué depare el devenir, *quizá el inicio del viaje es como volver al inicio, así como la palabra, cuando se pronuncia en el silencio.*

En las aves el alma es viajera, el espíritu es guerrero y la esencia evocadora. Las aves no debieran despedirse porque duelen más las despedidas cuando no existen, y no hay momento en que no se extrañen ni miren. Las niñas y los niños ahí deambulan y aquí juegan, esperando lo que haya el destino depararles; han formado la comuna de una cofradía, donde aquello que sienta una, todas la sienten. La madre de Lía ha muerto, los padres de Enzo partieron y los padres de Adair resisten; ¿qué habrá sido de sus historias?, ¿qué habrán pensado en el camino migrante?, ¿qué habrán sentido en la odisea de hallarles?

Lía cierra los ojos, abandona la densidad del aire al sereno levitar del cuerpo. Siente cómo llegan el murmullo del mar, el susurro del viento, y cómo sobre sus pies posa la espuma del agua mientras recorre descalza el oleaje, vaivén del tiempo. Siente cómo la abraza la

pasión del océano y la ternura matinal del sosiego, sobre su piel posa el sol sus rayos calmos, y avista a la luna en los sueños despiertos; camina sin prisa los laberintos del dolor que se alejan, bañada en la quietud que acaricia sus adentros.

Se hace al viaje profundo a través de sus sueños, su interioridad arroba cada uno de sus cariños, pasiones, anhelos..., siente tal paz que aviva abrir los ojos a la plenitud que se ha hecho... no hay más dolor... incertidumbre... ni más miedo.

Acaricia del mar sus cabellos y su mirar se posa al horizonte avistando el cielo, al vestir en sus alas, versos de sueños al vuelo. Viaja cada nota acompañada de sucesos, su sonrisa es la epifanía musical de sus aveos, la magia evocadora en la nostalgia de su recuerdo.

Su ser enraíza en la tierra su fuego, su luna refleja en sus aras aliento, y su sol, reflejado en su ternura mirada, azuza entre las dunas el reflejo maná que saciase desiertos. Sus letras peregrinas avistan liberar pasajes eternos, y su voz, ceñida al cometa invencible de su centro, ilumina las sombras del alma, ciñe de sombras luceros.

Entonces, abre cual mariposa las enhiestas auroras de sus ojos, y al colibrí canto del alba respira de nuevo... y, al despertar luminosa, serena poesía, descubre al viaje los infinitos confines de su universo.

Lía anhela que su luz ilumine al espíritu y su energía impulse al corazón y que sus abrazos acaricien el alma de las demás aves que, como ella, buscan sobrevivir, no al migrar sin rumbo ni en la escala del refugio, sino en la vivencia que le recuerde que nada detendrá su vuelo al presente y el futuro será el milagro que podrá sus alas libertar.

Adair sigue de pie, todo alrededor suyo es un caos indescriptible, no atiende los alaridos ni los disparos ni los tronidos, la noche parecerá interminable, y en él sólo quedan los rezos que siguen alentando sus padres. El tren ya se ha ido y no se irán en él sus anhelos, tiene con-

fianza en que su credo divino le abrirá las puertas de otro horizonte, donde no juzguen ser fuego, ser aire, ser viento.

Enzo ha detenido su paso, le tiemblan las piernas mientras ve alejarse al tren, y se consuela al saber que alguien más pudo irse; tiene escasos minutos para planear su escape, cuando lleguen las sirenas podrán reclutarle por la fuerza, deportarle por las leyes o encerrarle tras las rejas. El refugio no podrá más serlo, caerá consumido, como yo me consumo tratando de ver entre el humo cómo es el color del cielo y en sus ojos cuál es el verdadero color del sol; él está convencido que lo peor que puede pasar es que deje de latir su corazón y, si eso sucede, significará que habrá de reencontrarse con sus padres y habrá de sentir amor.

Lía sabe que debe pronunciar una palabra, las figuras no serán ya más su lenguaje ni serán las sombras un idioma, las miradas le reciben como sabiendo lo que por dentro llora, no quiere cerrar los ojos pero se le cierran, su madre no pudo subir donde ella sube, y deberá encontrar el paisaje donde no haya barrancos impenetrables ni haya sólo caridad en ramblas hondonadas, ahí le recibirá su padre a brazos abiertos, con la sonrisa franca, y yo estaré contento de llegar. He visto pasar los años y deshacer cimientos que sostienen mi paso, fui puente que unió el camino cuando secó el río, y hoy dejaré de ser refugio, para ser del abandono abrigo. Somos aves de paso que profesan nidos, y que, al abrir sus alas, abrazan amar al vuelo infinito.

## *Juguete*

Recuerdo cómo me sostenías con tus manos  
Cómo me enseñaste las primeras palabras  
Del arte la poesía, los primeros pasos  
Del arte melodía, los primeros versos.

Recuerdo cómo me enseñaste a jugar las cartas  
A tildar el tablero, sobre suelo su cancha  
Era un trompo, pirinola, matatenas  
Y al juguete ya los saltos de la cuerda.

Recuerdo cómo desvelabas mis pesadillas  
En tus noches las horas eran señas  
Hacían araucarias vestirse de soles  
De juguetes la ilusión vuelta madera.

Nacía de la tierra, la rama del árbol  
El yoyo, el balero, girar la pelota  
Mira ya inquieta, la suerte del faro  
Y al pico de montes, arenas labriegas.

Corrimos detrás y debajo el cometa  
Los miles de coros, a rondas del juego  
Mirado al cristal el bruñido colegio  
Los fieles amigos que han sido recuerdos.

Habré de sentir a mis manos la lluvia  
Que al rostro dibujan, neblinas a gotas  
Al sauco canales, abiertas palmeras  
Devienes tu río, montañas de selva.

Del mar yo me amparo, borrascas inciertas  
Bregar a tu viento, la cruz sin madera  
Del mar yo navego, fluir los *te amos*  
Habiten regazos, amores sin tregua.

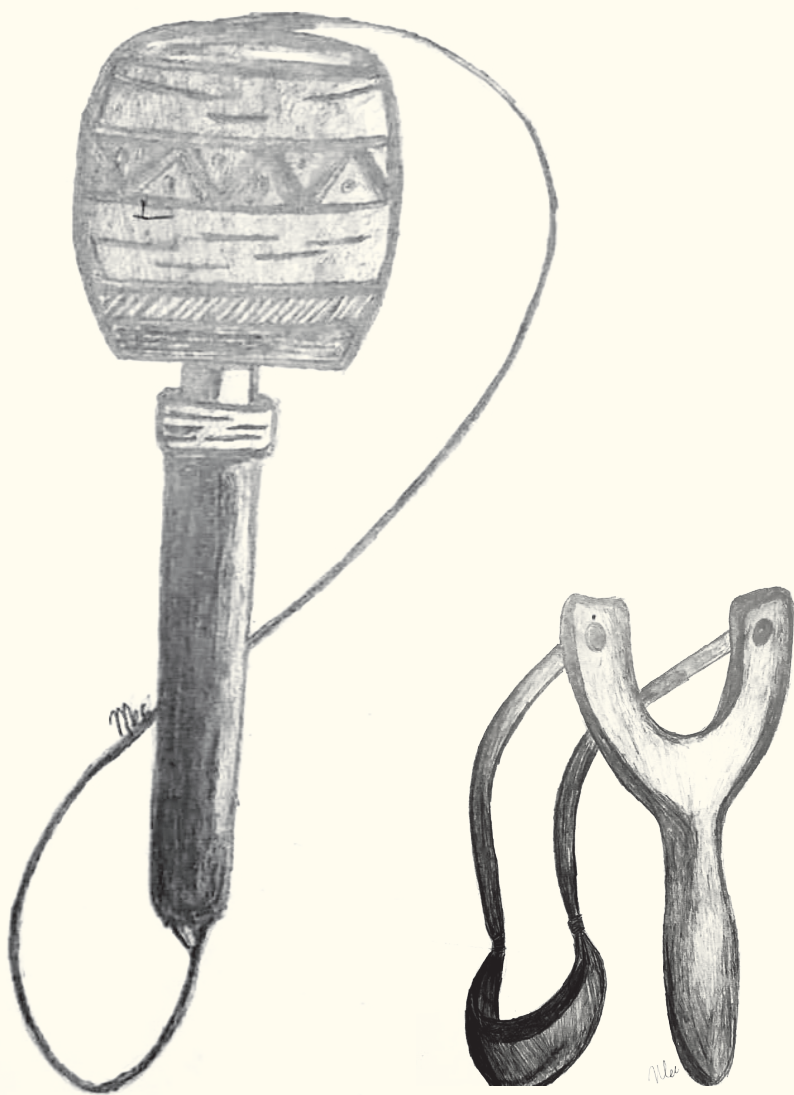
Recuerdo cómo reías auroras tempranas  
Y hacías del minuto ventura en tinieblas  
Recuerdo cómo mecías del viento el columpio  
La vista del prado, las amplias luceras.

Recuerdo cómo guardaste en canasta las lirás  
Canciones, los cuentos, historias de vida  
E hiciste de mitos, mi madre leyendas  
Amar desde el alma, cariños a esperas.

Recuerdo de ti, solitario el abrazo  
De niña ilusiones, sueños vistiera  
Recuerdo cómo sembrabas, de luces tus letras  
Y ahora en tus nietos, calendas tú riegas.

Recuerdo en ti, madre, volar mariposas  
Vestir en ti aretes, belleza de gemas  
Hundiste a temores, andar sobre piedras  
Valuaste al impulso tus manos benditas.

Recuerdo en ti, madre, tu franca mirada  
En tus ojos el cielo, de labios el beso  
Recuerdo en ti madre, decirme *te amo*  
Y hacerme a tu pecho, respiro anhelado.



# Epílogo

Se han ido ya las aves migrantes, se han ido ya los senderos peregrinos, se han ido las ansias matutinas y las noches que anhelo postrarme. He sido el refugio que anhelaron las aves, el espacio donde caben certezas y dubitaciones, he sido ese sueño de bregar constante, el cuerpo inconsciente, el alma que yace; he sido muro y he sido puente, la brecha que divide y el camino que une. Las aves han partido del instante, han subido al tren de la estación imaginaria para llegar a alguna parte, y se han hecho a la espera de nuevas ayudas, de otras caridades, se han hecho a la resiliencia de quien todo sabe.

Las aves de paso cumplirán los años que el entorno depare, se alejarán de quien ofrece por el placer del cuerpo una cuota y de quienes entregan armas en cambio de protecciones; se alejarán de quien persigue los anhelos migrantes y de quienes ya no saben cuál es su origen ni dónde pertenecen. Han perdido la inocencia desde el momento en que sus oídos no volvieron a escuchar más claro, y es que el estruendo del gatillo es más fuerte que los versos olvidados. Ningún ave será sumisa, ningún ave pedirá perdón. Ya no habrá quien obligue pagar tributo, ni sentencie por coerción, las aves hicieron de mi espacio un refugio y he sido testigo de cada encuentro y de cada emoción, de cada sueño de las aves sin descanso que vierte en realidad e imaginación la vigilia de cada día, la súplica por ayuda, la empatía solidaria, la humanitaria atención.

Y sin más patrimonio que las ideas y el latir urgente del corazón, las aves sienten lo que su alma siente, no hay más dolores ni más temor, ¡qué daría porque llegaran al lugar donde no existen llanto ni ruego!

donde pensar es un valor y sentir es gratuidad, donde morir no es sólo la muerte y vivir es amar en libertad. Las aves esperan llegar su mañana, se verán cuando el viento lleve trinos y sus alas desplieguen los blasones que integran su veredicto, urge que haya más refugios, hace falta la compasión, pero más hace falta reflejarnos en la otra, en el otro, y que las aves no cedan la infancia, que las aves reciban amor; no seré más un refugio, habrá una explanada, me habré ido yo, llegarán las aves donde el mundo sea mundo y habite la utopía de un mundo mejor.



## *De viaje*

Viaje necesario el del viajero  
Mensajes del ayer son hoy comandas  
No se aleja a la llegada el viaje  
El viaje se cumple en el intento.

Busca el viajero descifrar el origen  
Hallar los porqués de la andanza  
Al viajar construye historias de otros  
Enviando postales destinos.

Al irnos dejamos lo que somos  
Los mitos registran laberintos  
Enlazan límites contextos  
Obligan definir los caminos.

El viaje ordena, El caos y desordena  
Acuda la premura del prejuicio  
Memoria sensitiva que conserva  
Descifrar de mapas, Los dibujos.

Captura la imagen, Travesías  
Pasajes de lodo, Laberintos.  
Escritos de agonías pergaminos  
A mapas consignan los registros.

Dejar al presente, Dibujar los reencuentros  
Dejar al viajero, Encontrar su destino.



## Iván Uriel Atanacio Medellín

### Semblanza

Iván Uriel Atanacio Medellín es un escritor, politólogo y cineasta mexicano, considerado un referente de la reflexión literaria, la literatura testimonial y la prosa poética hispana. Es autor de las novelas migrantes *El Surco*, *El Ítamo* y *El Muro*, que integran el proyecto Apología del encuentro, el cual explora las relaciones humanas desde la migración universal. Su obra, traducida a varios idiomas, es considerada como baluarte de la reflexión social latinoamericana. Es autor de la novela *Días de aliento* y de los poemarios *Navegar sin remos* y *Puntos Cardinales*. Politólogo por la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, México, y maestro en Letras Hispanoamericanas por la Universidad de Barcelona, España.

Pionero del presupuesto participativo en México, diseñó metodologías de diagnóstico situacional; coordinó y diseñó los diplomados en Desarrollo Social, Desarrollo Vecinal y Liderazgo Comunitario de la Universidad Iberoamericana (Ibero), donde fundó el programa Certificación, profesionalización y asesoría para funcionarios e instituciones del sector público y realizó el diagnóstico social de 1 500 municipios en México. Es coautor de los libros de planeación, desarrollo regional y urbanismo *PIUS, Programas e Iniciativas Urbano Sociales* (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla /Universidad Ibero) y *Hacia Ciudades más Seguras* (Universidad Nacional Autónoma de México).

Produjo el documental *Tú ciudad, tus derechos* para la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México y dirigió las cintas documentales *La voz humana*, sobre teatro mexicano; *Día de descanso*, *De sueño y lucha*, y *Memoria*, sobre la lucha de las trabajadoras del hogar por sus derechos humanos laborales. Es director editorial de Filmmakersmovie, sitio ganador del Premio a Mejor Página de Internet en México de la Asociación Mexicana de Internet, A. C.

Su obra se ha presentado en 43 países de los cinco continentes, y por su trabajo comunitario, académico y cultural ha recibido, entre otros, el Premio Nacional Aportación a las Letras Mexicanas, el Premio Cruz Forjada, el Premio Nacional de Gestión Cultural, el Premio Bienal de la Academia Literaria de la Ciudad de México y los premios a la trayectoria de la Academia Literaria de la Ciudad de México, así como del Maratón Nacional de Lectura llevado a cabo en la Biblioteca Carlos Fuentes. Es miembro honorario de la Sociedad de Escritores de Chile y del Hispanic Writers de Norteamérica.

*Aves de Paso*

se terminó de editar en agosto de 2025.

Para su composición se utilizó el tipo ITC Bookman Std.

Comprometida con la ecología y el cuidado del planeta,  
la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México  
edita este material en versión electrónica para reducir  
el consumo de recursos naturales, la generación de residuos  
y los problemas de contaminación.

